MARC BLOCH

APOLOGÍA DE LA HISTORIA O EL OFICIO DE HISTORIADOR

PRÓLOGO DE **ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA**

CATARATA

MARC BLOCH

APOLOGÍA DE LA HISTORIA O EL OFICIO DE HISTORIADOR

PRÓLOGO DE **ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA**

CATARATA

MARC BLOCH

APOLOGÍA DE LA HISTORIA O EL OFICIO DE HISTORIADOR

PRÓLOGO DE **ELENA HERNÁNDEZ SANDOICA**

CATARATA

Marc Bloch (1886–1944)

Fue un historiador francés especializado en historia medieval. Junto con Lucien Febvre, fundó y editó la revista Annales d'histoire économique et sociale, que determinaría para siempre la disciplina e inauguraría la célebre Escuela de los Annales. Durante la ocupación alemana de la Segunda Guerra Mundial, tuvo que abandonar la revista y logró una de las pocas excepciones para mantenerse en el oficio público pese a su origen judío. Más tarde se unió a la Resistencia francesa, donde ocupó un destacado puesto, sin dejar nunca de escribir e investigar, pese a los recursos limitados de los que disponía. Fue finalmente apresado, torturado y fusilado por la Gestapo en junio de 1944, poco después del desembarco aliado en Normandía. Hoy en día es reconocido como uno de los intelectuales franceses más influyentes de la primera mitad del siglo XX, con obras tan relevantes como Los reyes taumaturgos, Los caracteres originales de la historia rural francesa, La sociedad feudal y La extraña derrota.

Marc Bloch

Apología de la historia
o el oficio de historiador

Prólogo de Elena Hernández Sandoica

Traducción de Carmen Pérez Sangiao

SERIE ESTUDIOS SOCIOCULTURALES

DIRIGIDA POR JUAN SISINIO PÉREZ GARZÓN

Diseño de cubierta: Estudio Joaquín Gallego

TÍTULO ORIGINAL: APOLOGIE POUR L'HISTOIRE OU MÉTIER D'HISTORIEN, CAHIERS DES ANNALES, 3, LIBRAIRIE ARMAND COLIN, PARÍS, 1949

© De la traducción, Carmen Pérez Sangiao, 2022

© Los libros de la Catarata, 2022

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Apología de la historia o el oficio de historiador

isbne: 978-84-1352-512-9

ISBN: 978-84-1352-464-1

DEPÓSITO LEGAL: M-11.343-2022

thema: NHA/NHAH/NHAP

impreso por artes gráficas coyve

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

Prólogo

Elena Hernández Sandoica

Al comenzar los estudios de Historia en las universidades españolas de los años setenta del siglo XX, quienes nos habíamos inclinado por ellos —todavía en el marco generalista de una carrera de Filosofía y Letras— afrontábamos la lectura de un libro singular. Un libro que a duras penas entendíamos —conviene sincerarse—, pero que destacaba entre los otros de una manera muy particular, inquietante más que tranquilizadora seguramente. De su autor, Marc Bloch (1886-1944), se nos comunicaba poco más que el hecho trágico de que había muerto a manos de los nazis después de haber luchado en la Resistencia francesa, y acaso también se añadiría el dato de que, por su extraordinaria obra de historiador, recibía el nombre de padre fundador de la Escuela de los Annales.

Todo ello era verdad, pero lo cierto es que ahí terminaba el contexto, dejando por delante quizá —como sería mi caso— una tarea hercúlea intelectualmente para quien nada relevante sabía de escuelas ni de maneras "distintas" de escribir la historia: el encargo escolar de escribir un comentario sobre un texto tan complejo como estimulante. Intentar salir airosa de ese empeño, aunque se trataba de un librito pequeño con un título engañoso (Introducción a la historia) no era tarea fácil… Lo que se llamara en origen Apologie pour l'histoire ou métier d'historien (1949) tuvo su primera versión en castellano en México en 1952, traducido por Pablo González Casanova y Max Aub, y desde entonces vería muchas reimpresiones y ediciones. Treinta años después de haber sido escrito por Marc Bloch, en 1970, nosotros, aprendices de historia, nos enfrentaríamos a una obra emblemática de aquel autor notorio del que por lo general nada sabíamos, y poco más íbamos a saber después hasta muy avanzados los estudios, o —con un poco de suerte— al estudiar a mediados de la carrera algo de historia medieval.

Más tarde aquel librito, redactado en plena guerra mundial y en la

clandestinidad, entre 1941 y 1943, se nos revelaría como extraordinario. Solo mucho después, al contrastar su alegato emocionado con otras sugerencias de método acerca del oficio de historiador —las del marxismo, en mi generación, principalmente— seríamos conscientes de que no solo por haber sido redactado en las durísimas condiciones de la ocupación alemana bajo el régimen de Vichy para un judío —Marc Bloch lo era por nacimiento, aunque no fuera practicante: él mismo dice que solo invocaba su adscripción cuando se hallaba frente a un antisemita—, aquella pequeña Introducción, equívocamente situada al principio de nuestra formación profesional, iba a ser decisiva en nuestras azarosas derivas particulares.

Los practicantes de la historia apenas cultivamos nuestros clásicos, los leemos muy poco en realidad. Esto sigue siendo así todavía, a pesar de que, entre aquellas fechas de apertura intelectual en España a que me he referido —las de la Transición— y los tiempos más recientes, ha habido muchos (quizá no siempre útiles) cambios y evoluciones en los planes de estudio en las facultades de Historia, cambios que han tratado de introducir, con mejor o peor fortuna, experimentos y tanteos para paliar esa carencia. Sigue siendo visible, a pesar de ello, un déficit de conocimiento en nuestra profesión del general acervo disciplinar, y acaso lo sea con más intensidad en el caso de las historiografías españolas, sectorializadas o regionalizadas de manera acusada, y volcadas muchas veces a cubrir necesidades identitarias o de promoción, más atentas a novedades y reelaboraciones recientes en el campo de la historiografía que a la reflexión sobre sus bases.

Es por eso probable que las generaciones de historiadores e historiadoras más jóvenes lleven tiempo sin leer al historiador Bloch, no solo en reflexiones metodológicas como es esta, sino también en las obras magníficas que abrieron un cauce nuevo —que iba a ser muy potente— en el medievalismo francés, donde trazaría caminos, bajo la inspiración de su maestro el belga Henri Pirenne, a una historia económica y social que, al contrario de lo que muchos iban a creer después, no dejaba fuera tampoco los sentimientos, los silencios y las esperanzas del sujeto histórico. Un sujeto, eso sí, que Bloch vería siempre a la luz colectiva y comparativista que le llegaba entonces (años veinte a cuarenta del siglo XX) desde el foco

atrayente de las ciencias sociales.

Pero, como todo maestro de la historia —como todo talento innovador—, Marc Bloch es importante hoy todavía porque muestra a las claras, en su obra completa, la trama del oficio de historiador; porque enseña al lector, al tiempo que va construyendo su relato, cómo se ha ido produciendo en la cabeza del autor del texto ese modo de pensar que traslada al papel, y cómo es ese procedimiento intelectual por el que va cruzando los datos —los "vestigios", dice Bloch, las huellas—, y rellenando los huecos entre ellos con interpretaciones. Porque muestra, en fin, cómo las evidencias le van llevando a resolver las preguntas (siempre preguntas, siempre un problema que resolver…) en una u otra dirección. Con todo, esto que hoy nos parece tan claro, y que cuenta con varias décadas de reflexión sobre como trasfondo (aun expresado ahora por mí misma de manera somera, pues no es preciso, creo, entrar en los debates), cuando Bloch quiso (y pudo) escribir este libro, era en cambio un asunto candente en la pugna de métodos entre las disciplinas humanas y sociales. Algo que a él le preocupaba enormemente, y que había sido objeto, al menos durante dos décadas —el periodo entre las dos guerras mundiales—, de intercambios y discusiones fervorosas y constantes con un pequeño grupo de colegas con los que compartía la docencia en Estrasburgo, y en especial el también historiador Lucien Febvre (1878-1956).

Reflexionar sobre la operación intelectual en que consiste escribir historia —ahora le llamamos más propiamente historiografía—, mostrar la maquinaria o herramientas que se hallan en el taller del historiador y cómo estas funcionan, es de hecho el objeto de estas páginas de Marc Bloch que ahora se presentan de nuevo. Hacer esa tarea con la mayor eficacia posible de cara a "convencer" a otros colegas, llevarían a su autor a escribir estas notas (mayéuticas y no propedéuticas), útiles para él mismo también, para seguir viviendo y explorando esa pasión que él ponía en la escritura de historia. En una carta a su hijo Étienne en 1942, diciéndole que cada tarde podía trabajar en el texto después de las tareas de organización política de la mañana, y dudaba sobre el título: "Oficio de historiador", le escribía Bloch el 13 de septiembre, me parece mejor título que Apología de la historia…". Quería mostrar con fuerza y claridad el modo de operar que él creía que debe definir nuestro

ejercicio intelectual propio, en su propia experiencia indefectiblemente atento a las preocupaciones del presente. Con pasión y razón al mismo tiempo, Marc Bloch aspiraba a asentar la legitimación del discurso histórico, en un contexto de aproximación —pero también de defensa y diferenciación— de las ciencias sociales.

Expuesto brevemente, el contexto de esa "justificación" del valor de la historia era el siguiente. Desde finales del siglo XIX, en el marco de los debates epistemológicos complejos que acompañaron a la formalización positiva de las ciencias, se habían definido en Europa central dos grandes grupos de saberes, que, simplificando mucho, organizaban las ciencias naturales por un lado (sujetas a leyes o reglas fijas, a reiteraciones o constantes), y por otro dejaban fuera de ese marco (y de esas regularidades) a las llamadas "ciencias del espíritu". La disciplina de la historia ciertamente era encuadrada ahí, en este último grupo. Los historiadores franceses consagrados en su país como organizadores de ese marco de configuración académica —Charles Victor Langlois y Charles Seignobos—, influidos seriamente por el peso aplastante de la filosofía de Auguste Comte, trazarían un marco normativo que pretendía acomodar los acontecimientos históricos a regularidades y normas de escritura de especial entidad. Y lo hicieron con tanta fortuna, que una parte importante de la comunidad historiográfica aceptó como buenas esas reglas de método que, ensayadas con éxito desde finales del siglo XIX en la Sorbona, pronto se plasmarían en un manual, obligado desde 1901 para los neófitos (Introducción a los estudios históricos). Reglas de oficio que, como código formal de procedimiento, deberían blindar la disciplina histórica en su posición culminante de la corona de las ciencias humanas, amenazada entonces por el creciente peso de la sociología de Durkheim. De su escuela procedía, en efecto, una desvalorización de esa historia compuesta siguiendo esos principios, pues quedaba como ciencia auxiliar de una sociología histórica que —se suponía — iba a saber aprovechar mejor —de un modo más explicativo y comprensivo— su inmensidad de datos y de fuentes.

Bloch y Febvre creyeron que habría alternativas para responder a ese peligro. Poniéndolas en marcha, sería así en Francia donde se alzara uno de los bastiones más resistentes al positivismo

historiográfico, dando origen a una corriente propia de historia social ya a principios de la década de 1920. Con fuerza y energía, a través de publicaciones y debates —a partir de 1929 contaron con una revista rigurosa y cuidada, que entonces se llamó Annales d'Histoire Économique et Sociale—, fue una opción constantemente abierta a formularse nuevas preguntas y, con limitaciones, a ensayar lo interdisciplinar. Una opción múltiple y variada, a la que sin embargo se lograría imprimir un sello propio, y que ganaría la partida en unos cuantos años a base de construir un andamiaje inteligente para la ampliación potencial de la profesión superando las carencias cognitivas de la historia con la mirada puesta en las disciplinas cercanas (economía, estadística, psicología y sociología sobre todo), además de lanzar algún guiño feliz a las teorías del arte y la literatura, en plena efervescencia en el periodo de entreguerras. Los annalistas fueron muy conscientes del valor añadido que entrañaba el tomar en consideración sus métodos y conceptos, su terminología. De Durkheim, por ejemplo, tomaría Bloch su idea de la "representación colectiva" o la "cohesión social". El acercamiento de Bloch a ciertas metodologías comparatistas que había asimilado primero en Alemania y luego en los países nórdicos, aseguraba la ampliación del marco del análisis y mejoraba las estrategias de investigación.

Siguiendo a otro maestro, Henri Berr, la historia que proponían y practicaban Bloch y Febvre visaba así a convertirse en una síntesis de todo aquello que, en las otras materias, supusiera un reto o un problema, sin olvidar la especificidad de lo histórico —la duración o temporalidad—, y aspiraría en fin a una aproximación global de los fenómenos proyectando una visión hacia adelante y hacia atrás de los procesos —no de los acontecimientos—, doble ejercicio que pronto se pretenderá historia total. En el lapso de un par de décadas, cuando en muchas historiografías nacionales, ya en la posguerra, se decretó la inviabilidad del historicismo como opción conveniente, el éxito de los Annales iba a ser tal que hubo países, como por ejemplo el Brasil, en el que apenas cabría considerar, por mucho tiempo, la posibilidad de otra corriente u opción historiográficas. En cualquier caso, su dominio en las especialidades de historia medieval y moderna ha marcado durante mucho tiempo las líneas de trabajo en las escuelas nacionales influidas por la historiografía francesa, bajo distintas variables y temáticas que van

desde las aproximaciones seriales y cuantitativas a las más recientes, tentadas de distintas maneras a su vez por la reaparición de la subjetividad.

Tras muchas décadas de discusiones historiográficas y cruces entre inspiraciones y escuelas diferentes, no es fácil aceptar ya sin reparos aquella ambición totalizadora que se definiría en los orígenes de la escuela francesa y que se mantendría por mucho tiempo, y asimismo, limitaciones diversas han sido desveladas en los desarrollos de la escuela que pusieron en marcha Febvre y Bloch. Pero esto no va a impedir ahora a los lectores de esta Apología en pro de la historia, ni muchísimo menos, disfrutar de este libro muy especial, que es ante todo una defensa —y más aún si se quiere, apurando la traducción del término—, un enaltecimiento y hasta un elogio de la pujante autonomía de la historia como tarea propia del historiador. De la historia como un oficio apasionante, particular y diferenciado de otros cercanos de índole intelectual, del todo legitimado para interaccionar con ellos por hallarse basado en procedimientos racionales y sistemáticos. Pero dotado de recursos que, sin hacerle perder al relato histórico su notación "científica", dejan a salvo la poesía que contiene, su capacidad de producir a la vez gozo y diversión —tanto a quien lo escribe como a quien lo lee —, y ello porque su construcción —y su disfrute— mantienen viva y actualizada la imaginación interpretativa del historiador. La historia formula preguntas a los "vestigios", afirmó Bloch de manera entonces novedosa, interroga a todo tipo de huellas —voluntarias o involuntarias— que nos restan, y es competencia del historiador el descifrarlas. La vocación, puede leerse en este mismo libro, consiste en encontrar esa "ciencia" que a cada uno le estimula, le apasiona y encaja con su modo de ser, y una vez hallada esa materia, intentar consagrarse a ella. Marc Bloch traslada con entusiasmo en este pequeño libro el potencial de esa vocación.

Esta Apología de la historia vio la luz cuando Marc Bloch no vivía ya. No pudo así recoger su eco, ni argumentar de nuevo en torno al libro, pulir sus contenidos y sostener polémica en torno a él. Fusilado en las inmediaciones de Lyon a mediados de junio de 1944, las notas que había tratado de concluir en su casa de Fougères, en clandestinidad, constituyen una reflexión inacabada, que sería interrumpida por la violencia más terrible tras su

detención, tortura y asesinato. Del proceso de elaboración de esta obra seminal se ha ocupado el historiador italiano Massimo Mastrogregori, que reconstruye sus interrupciones a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, la ocupación alemana y la movilización para el frente, una participación activa en la Resistencia que Bloch —republicano y patriota— no eludió aunque hubiera podido hacerlo, como padre que era de seis hijos. Pidió la incorporación de modo voluntario, y ni la guerra ni el libro vería terminar; moriría poco antes de cumplir los 58 años. “Somos los vencidos provisionales de un destino injusto”, le había escrito en la dedicatoria al colega Lucien Febvre, esperando una conversación sobre la historia que ya nunca podrían reanudar. Pero quedó la obra. Una obra de pensamiento histórico y de enseñanza con cuyo ejercicio Bloch se apasionó, dejando un legado que no pierde brillo a pesar del tiempo.

Algunas palabras todavía, para definir un poco más al autor: Marc Bloch había nacido en Lyon el 6 de julio de 1886. Después de cursar Historia en la Sorbona, en 1909 estudiaría en Berlín y Leipzig, pero ya antes había superado el examen de agregación en Historia y Geografía para la Escuela Normal de París. Interesado por las lenguas, clásicas y modernas, conocer las derivas de las ciencias experimentales le interesó también profundamente, en especial la nueva física, cuyas teorías recientes entendió con razón que revolucionaban el campo epistemológico, también el de las disciplinas humanistas. Años después compartió con Febvre, así como con otros especialistas de disciplinas limítrofes, el estimulante ambiente académico del Estrasburgo de la década de los veinte, y allí trató de poner en marcha los círculos de intercambio en investigación que tomaría de la práctica alemana del “seminario”.

La formación del joven Bloch, como muestran sus trabajos primeros —que hemos conocido solo a finales del siglo XX—, nos presenta un temprano acercamiento a la fenomenología y, en consecuencia, la incorporación del concepto de experiencia al taller historiográfico y la connotación historicista que conserva parte de su modo de entender la historia. De ahí su inclinación primera por evitar trazar una frontera del todo nítida entre la explicación y la interpretación. Todo ello lo sabemos porque el segundo de sus hijos, Étienne (1921-2009), que fue quien entregó a Febvre el manuscrito en 1944

para su publicación, se dedicó al final de su vida, desde 1997 en adelante, a sistematizar y completar con textos o fragmentos inéditos la obra de su padre publicada en vida, promoviendo la edición crítica de los escritos todos de Marc Bloch y fomentando la investigación en torno a ellos. Ya antes, en 1993, Étienne Bloch hubo de reeditar la Apologie en la editorial parisina Armand Colin, incorporándole un segundo manuscrito contenido en un borrador previo. En el prólogo a esa nueva edición, el historiador de las mentalidades medievalista Jacques Le Goff, a propósito de la metodología sobre la que Marc Bloch pensó una vez tras otra en estas notas —borrando y tachando, rehaciendo—, resaltaba ese punto que resulta central para los desarrollos posteriores de la escritura histórica: que la historia se construye tanto a partir de lo que falta como de lo que nos llega y se nos hace presente.

Insistiré aún en que el primer borrador de este texto llevaba el rótulo "Cómo y por qué trabaja un historiador". Su vocación docente, que Bloch soñó con poder reanudar tras la guerra, le había llevado ya, en ocasiones anteriores, a imaginar profundas reformas en la educación. Pero escribir y enseñar historia era para él "un trabajo" que —como también diría Pirenne— conllevaba, y hacía inseparable, el interesarse por la vida… Por eso también preocupó a Bloch, combatiente en las dos guerras europeas, la falsificación del relato, la circulación de falsas noticias especialmente en los periodos bélicos, y su incidencia en el trabajo del historiador. No rechazó, en sí misma, la historia política, pero quiso dotarla de un contenido que, por más humano, habría de resultar más real. Ya en 1921 se había ocupado de la vertiente psicológica del relato de guerra, y en 1940, volviendo sobre ello, escribiría varios textos que finalmente verían la luz como libro —igualmente póstumo— en 1946, L'Étrange Défaite. La incógnita de esa "extraña" derrota de un país como Francia, ocupada entonces por los nazis, frente a una Alemania invasora, enlazaba ya, en su decantación por el historiador, con las preguntas que abren también las páginas de su Apología: "¿Para qué sirve la historia?" y "¿en qué nos hemos equivocado…?".

Preguntas permanentemente pendientes sobre nuestras cabezas, y un amargo interrogante irresuelto dirigido al corazón mismo de nuestra responsabilidad cívica y humanitaria. Preguntas que alguien

como Marc Bloch, que “amó con pasión la historia” —como recordaba Georges Altman al prologar La extraña derrota—, nos obliga a seguir formulando y, si no hemos perdido la conciencia de presente, tratar de responder.

Nota bibliográfica

Atsma,

Harmut y

Burguière,

André (eds.) (1990): Marc Bloch, aujourd’hui, París, Éditions de l’ÉHSS.

Becker,

Annette y

Bloch,

Étienne (2006): L’Histoire, la Guerre, la Résistance, París, Gallimard.

Bloch,

Étienne (1997): Marc Bloch. Une biographie impossible, Limousin, Culture et Patrimoine.

— (2003): Marc Bloch. El historiador en su laboratorio, Villahermosa, Universidad Autónoma de Tabasco.

Bloch,

Marc (1995): Histoire et Historiens, París, Armand Colin.

— (2019): Réflexions d’un historien sur les fausses nouvelles de la guerre, París, Allia.

Fink,

Carole (2004): Marc Bloch: una vida para la historia, Valencia, PUV.

Hernández Sandoica,

Elena (2004): Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy, Madrid, Akal.

Mastrogregori,

Massimo (1998): El manuscrito interrumpido de Marc Bloch, México, Fondo de Cultura Económica.

APOLOGÍA DE LA HISTORIA

O EL OFICIO DE HISTORIADOR

(1949)

In memoriam matris amicae

A Lucien Febvre

A manera de dedicatoria

Si este libro llega a publicarse algún día; si, de simple antídoto al que hoy pido, entre los peores dolores y las peores angustias, tanto personales como colectivas, un cierto equilibrio del alma, se convierte algún día en un verdadero libro, ofrecido para ser leído, un nombre distinto al suyo, querido amigo, aparecerá escrito en la primera página. Lo sabe, tenía que ser ese nombre, en ese lugar: único recuerdo permitido a una ternura demasiado profunda y demasiado sagrada para poder incluso expresarse. Sin embargo, también usted, ¿cómo me resignaría a verle solo aparecer al azar de algunas referencias? Durante mucho tiempo hemos combatido juntos por una historia más amplia y más humana. La tarea común, mientras escribo, sufre muchas amenazas. No por nuestra culpa. Somos los vencidos provisionales de un destino injusto. Llegará el tiempo, estoy seguro, en el que nuestra colaboración podrá de verdad reanudarse, pública como en el pasado y, como en el pasado, libre. Mientras tanto, es en estas páginas, tan llenas de su presencia que, por mi lado, proseguirá. Mantendrá el ritmo, que siempre ha sido el suyo, de un acuerdo fundamental, vivificado, en la superficie, por el provechoso juego de nuestras afectuosas discusiones. Entre las ideas que me propongo sostener, más de una sin duda me viene directamente de usted. De otras muchas no podría decidir, con plena conciencia, si son suyas, mías o de ambos. Me halaga pensar que muchas veces me dará su aprobación. Me reprobará en otras ocasiones. Y todo eso creará entre nosotros un vínculo más.

Fougères (Creuse)

10 de mayo de 1941

Introducción

“Papá, explícame entonces para qué sirve la historia”. Así, un muchacho que me toca de cerca preguntaba, hace pocos años, a un padre historiador. Del libro que vamos a leer, me gustaría poder decir que es mi respuesta. Porque no imagino un elogio más bello para un escritor que el de saber hablar, con un mismo tono, a los doctos y a los legos. Pero una sencillez tan elevada es el privilegio de unos pocos elegidos. Al menos esta pregunta de un niño —cuya sed de conocimiento tal vez no logré satisfacer del todo en su momento— con sumo gusto la retendré aquí como un epígrafe. Algunos juzgarán, sin duda, ingenua la formulación; por el contrario, me parece completamente pertinente[1]. El problema que plantea, con la embarazosa rectitud de esta edad implacable, es nada menos que el de la legitimidad de la historia.

He aquí pues el historiador llamado a rendir cuentas. Se aventurará a ello no sin un ligero estremecimiento interior: ¿qué artesano, envejecido en el oficio, no se ha preguntado nunca, sin una punzada en el pecho, si ha hecho un sabio uso de su vida? Pero el debate sobrepasa, con mucho, los pequeños escrúpulos de una moral corporativa. Concierne a toda nuestra civilización occidental, ya que, a diferencia de otros tipos de cultura, ella siempre ha esperado mucho de su memoria. Todo le llevaba a ello: tanto la herencia cristiana como la herencia antigua. Los griegos y los latinos, nuestros primeros maestros, eran pueblos historiográficos. El cristianismo es una religión de historiadores. Otros sistemas religiosos han podido fundar sus creencias y sus ritos sobre una mitología más o menos externa al tiempo humano. Como libros sagrados, los cristianos tienen libros de historia, y sus liturgias conmemoran, con los episodios de la vida terrestre de un dios, los fastos de la Iglesia y de los santos. Pero el cristianismo es histórico aún de otra manera, quizás más profunda: situado entre la Caída y el Juicio, el destino de la humanidad simboliza, a sus ojos, una larga aventura, de la que cada destino, cada “peregrinaje” individual es, a su vez, el reflejo: es en la duración, en la historia,

que se desarrolla, como eje central de toda la meditación cristiana, el gran drama del Pecado y la Redención. Nuestro arte, nuestros monumentos literarios, están llenos de ecos del pasado; nuestros hombres de acción evocan constantemente sus lecciones, reales o imaginarias. Sin duda convendría hacer, entre las psicologías de grupos, más de una matización. Cournot lo observó hace mucho tiempo; eternamente inclinados a reconstruir el mundo según las líneas de la razón, los franceses, en su conjunto, viven sus recuerdos colectivos mucho menos intensamente que los alemanes, por ejemplo[2]. También, claro está, las civilizaciones pueden cambiar. No es en sí inconcebible que la nuestra se aparte de la historia. Los historiadores harían bien en reflexionar sobre ello. La historia mal entendida muy bien podría, si no estamos atentos, arrastrar en su descrédito a la historia mejor comprendida. Pero si llegamos a tal punto, será al precio de una profunda ruptura con nuestras tradiciones intelectuales más constantes.

Por el momento, en esta cuestión aún estamos en el estadio del examen de conciencia. Cada vez que nuestras estrictas sociedades, en una perpetua crisis de crecimiento, se ponen a dudar de ellas mismas, las vemos preguntarse si han tenido razón al interrogar su pasado o si lo han interrogado bien. Lean lo que se escribía antes de la guerra, lo que todavía puede escribirse hoy: entre las difusas inquietudes de la época presente, oirán, casi inevitablemente, esta inquietud mezclar su voz con las otras. En pleno drama, he podido percibir su eco totalmente espontáneo. Era junio de 1940, el día mismo, si mal no recuerdo, de la entrada de los alemanes en París. En el jardín normando donde nuestro Estado Mayor, desprovisto de tropas, se entregaba a la ociosidad, nosotros le dábamos vueltas a las causas del desastre: “¿Hay que creer que la historia nos ha engañado?”, murmuró uno de nosotros. Así la angustia del hombre maduro confluía, con un acento más amargo, con la simple curiosidad del jovencito. Hay que responder a una y a otra.

Sin embargo, es necesario saber qué quiere decir la palabra servir. Pero antes de examinarla, aún he de añadir unas palabras de disculpa. Las circunstancias de mi vida presente, la imposibilidad de acceder a cualquier gran biblioteca, la pérdida de mis propios libros, hace que deba fiarme mucho de mis notas y de mis conocimientos. Las lecturas complementarias, las comprobaciones

que apelan a las leyes mismas del oficio del que me propongo describir sus prácticas, me están a menudo vetadas. ¿Podré algún día colmar estas lagunas? Temo que nunca del todo. No puedo, al respecto, más que pedir indulgencia, y diría que me declaro culpable, si no fuera porque asumo, más de lo que es legítimo, las culpas del destino.

Por supuesto, incluso si la historia debiera considerarse incapaz de otros servicios, habría que hacer valer a su favor que es distractiva. O, para ser más exactos —ya que cada uno busca sus distracciones donde le apetece—, que esto es lo que indudablemente le parece a una gran mayoría de personas. Personalmente, desde que tengo memoria, siempre me ha divertido mucho. Creo que como a todos los historiadores. Si no, ¿por qué razones habrían elegido este oficio? A ojos de cualquiera que no sea tonto, con todas las letras, todas las ciencias son interesantes. Pero cada estudioso no encuentra sino una cuya práctica le divierte. Descubrirla, para consagrarse a ella, es lo que propiamente se llama vocación.

Por otro lado, este innegable atractivo de la historia merece por sí mismo que nos paremos a reflexionar. Como germen primeramente y como estímulo, su papel es y sigue siendo capital. Antes del deseo de conocimiento, el simple gusto; antes que la obra científica, plenamente consciente de sus fines, el instinto que la guía: la evolución de nuestro comportamiento intelectual abunda en filiaciones de este tipo. Incluso para la física, cuyos primeros pasos deben mucho a los viejos “gabinetes de curiosidades”. Hemos visto, del mismo modo, a los pequeños goces de las antiguallas figurar como la cuna de más de una orientación de estudios que, poco a poco, se ha cargado de seriedad. Tal es la génesis de la arqueología y, más cercano a nosotros, del folclore. Los lectores de Alexandre Dumas no son tal vez otra cosa que historiadores en potencia, a los que únicamente les ha faltado formación para darse un placer más puro y, a mi entender, más agudo: el del color verdadero.

Por otro lado, este encanto está muy lejos de apagarse, una vez abordada la investigación metódica, con sus necesarias austeridades; por el contrario —todos los verdaderos historiadores

pueden dar testimonio de ello—, gana entonces todavía en vivacidad y plenitud; nada hay en ello, en un cierto sentido, que no valga para cualquier trabajo del espíritu. Sin embargo, la historia tiene indudablemente sus propios placeres estéticos, que no se parecen a los de cualquier otra disciplina. Y es que el espectáculo de las actividades humanas, que constituye su objeto particular, está, más que cualquier otro, hecho para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se engalana con las sutiles seducciones de lo extraño. El propio gran Leibniz nos ha dejado testimonio de ello: cuando, de las abstractas especulaciones de la matemática o de la teodicea, pasaba al desciframiento de las antiguas cartas[3] o de las antiguas crónicas de la Alemania imperial, experimentaba, al igual que nosotros, esa "voluptuosidad de aprender cosas singulares". Guardémonos de retirar de nuestra ciencia su parte de poesía. Guardémonos, sobre todo, como he advertido en el sentimiento de algunos, de avergonzarnos. Sería una pasmosa tontería creer que, por ejercer sobre la sensibilidad una atracción tan poderosa, debe ser menos capaz de satisfacer también a nuestra inteligencia.

Sin embargo, si la historia por la cual nos sentimos casi universalmente atraídos solo se justificase por dicho atractivo; si ella no fuera, en definitiva, más que un agradable pasatiempo, como el bridge o la pesca con caña, ¿valdría la pena todo el trabajo que dedicamos a escribirla? A escribirla, como yo lo entiendo, con honestidad y veracidad, y yendo todo lo que sea posible hacia los resortes escondidos; en consecuencia, con dificultad. El juego, ha escrito André Gide, ha dejado hoy de estarnos permitido: ni siquiera, añadía, los de la inteligencia. Esto fue dicho en 1938. En 1942, en que escribo yo a mi vez, ¡cómo esta observación se carga de un sentido aún más pesado! Sin lugar a dudas, en un mundo que acaba de abordar la química del átomo y apenas comienza a sondear el secreto de los espacios estelares, en nuestro pobre mundo que, justamente orgulloso de su ciencia, no consigue sin embargo crearse un poco de felicidad, las largas minucias de la erudición histórica, muy capaces de devorar toda una vida, merecerían ser condenadas como un absurdo derroche de fuerzas hasta el punto de

ser criminal, si solo condujesen a adornar con un poco de verdad una de nuestras distracciones. O bien habrá que desaconsejar el cultivo de la historia a todas las inteligencias susceptibles de emplearse mejor en otra parte; o bien la historia como conocimiento tendrá que demostrar su buena conciencia.

Pero aquí una nueva pregunta se plantea: ¿qué es lo que, exactamente, legitima un esfuerzo intelectual?

Imagino que nadie osaría decir hoy día, con los positivistas de estricta observancia, que el valor de una investigación se mide, en todo y por todo, por su aptitud para servir a la acción. La experiencia no solo nos ha enseñado que es imposible decidir a priori si las especulaciones en apariencia más desinteresadas no se revelarán algún día sorprendentemente útiles para la práctica. Sería infligir a la humanidad una extraña mutilación si se le negase el derecho de buscar, ajena a cualquier inquietud de bienestar, el apaciguamiento de sus apetitos intelectuales. Si la historia debiera ser eternamente indiferente al Homo faber o politicus, bastaría, en su defensa, reconocerla como necesaria para el pleno desarrollo del Homo sapiens. Sin embargo, la cuestión, incluso así delimitada, no está por ello resuelta de antemano.

Porque la naturaleza de nuestro entendimiento le lleva mucho menos a querer saber que a querer comprender. De ahí resulta que las únicas ciencias auténticas son aquellas que, según su criterio, consiguen establecer entre los fenómenos relaciones explicativas. El resto no es otra cosa, según la expresión de Malebranche, que “polimatía”. Ahora bien, la polimatía, que puede parecer una distracción o manía, pero no más hoy que en la época de Malebranche, no puede considerarse como una de las buenas obras de la inteligencia. Con independencia incluso de cualquier eventual aplicación en la conducta, la historia solo tendrá, por tanto, el derecho de reivindicar su lugar entre los conocimientos realmente dignos de esfuerzo, en la medida en que, en vez de una simple enumeración, sin conexiones y prácticamente sin límites, nos prometa una clasificación racional y una progresiva inteligibilidad.

No obstante, es innegable que una ciencia siempre nos parecerá que tiene algo incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor. ¿Cómo no sentir, en particular, este fuerte sentimiento por la

historia, que creemos que está tanto más claramente destinada a trabajar en beneficio del hombre, por cuanto toma al hombre mismo y a sus acciones como tema de investigación? De hecho, una vieja tendencia, a la que al menos supondremos un valor de instinto, nos inclina a pedirle los medios de guiar nuestra acción; en consecuencia, a indignarnos contra ella, como el soldado derrotado cuyas palabras he recordado, si, por casualidad, pareciese manifestar su incapacidad para proporcionarlos… El problema de la utilidad de la historia, en sentido estricto, en el sentido "pragmático" de la palabra "útil", no se confunde con el de su legitimidad, que es propiamente intelectual. Además, solo puede venir en segundo lugar: para actuar razonablemente, ¿no hay primero que comprender? Pero, a riesgo de solo responder a medias a las sugestiones más imperiosas del sentido común, este problema tampoco podrá eludirse.

Algunos de nuestros consejeros, o que aspiran a serlo, ya han respondido a estas cuestiones. Pero ha sido para desalentar nuestras esperanzas. Los más indulgentes han dicho: la historia carece tanto de beneficio como de solidez. Otros, cuya severidad no se anda con medias tintas, que es perniciosa. "El producto más peligroso que la química del intelecto ha elaborado": así lo ha declarado uno de ellos y no de los menos conocidos. Estas condenas tienen un peligroso atractivo: justifican, de antemano, la ignorancia. Afortunadamente, gracias a lo que aún subsiste en nosotros de curiosidad intelectual, tal vez no sean inapelables.

Pero si el debate debe reconsiderarse, es importante que sea sobre datos más seguros.

Porque hay una precaución que los detractores corrientes de la historia parecen no haber tenido en cuenta. Su palabra no carece de elocuencia ni de ingenio. Pero la mayoría han evitado informarse exactamente de aquello de lo que hablan. La imagen que se hacen de nuestros estudios no ha sido tomada en el taller. Huele más a oratoria de la academia que a gabinete de estudio. Sobre todo, está obsoleta. De modo que tanta elocuencia podría haberse desperdiciado, a fin de cuentas, en exorcizar un fantasma. Nuestro esfuerzo debe ser aquí muy diferente. Los métodos cuyo grado de

certeza trataremos de ponderar serán aquellos de los que se sirva realmente la investigación, hasta en el humilde y delicado detalle de sus técnicas. Nuestros problemas serán los problemas propios que el tema de estudio impone cotidianamente al historiador. En una palabra, nos gustaría ante todo decir cómo y por qué un historiador ejerce su oficio. Corresponderá al lector, a continuación, decidir si este oficio merece ser ejercido.

Prestemos, sin embargo, mucha atención. Solo en apariencia, incluso así comprendida y limitada, la tarea puede considerarse sencilla. Tal vez lo sería si nos encontrásemos en presencia de una de esas artes aplicadas de las que se ha dado suficientemente cuenta cuando se han enumerado, unas tras otras, las habilidades manuales, ampliamente probadas. Pero la historia no es la relojería ni la ebanistería. Es un esfuerzo por conocer mejor: en consecuencia, algo en movimiento. Limitarse a describir una ciencia tal y como se hace será siempre traicionarla un poco. Es mucho más importante decir cómo espera conseguir hacerse progresivamente. Ahora bien, por parte del analista, una empresa semejante exige necesariamente una dosis bastante grande de elección personal. En efecto, toda ciencia está constantemente atravesada, en cada una de sus etapas, por tendencias divergentes, que en absoluto es posible seleccionar sin una especie de anticipación sobre el futuro. No pretendemos dar marcha atrás ante esta necesidad. En materia intelectual, no más que en cualquier otra, el horror ante las responsabilidades no es un sentimiento muy recomendable. Sin embargo, era justo advertir al lector.

Además, las dificultades con las que tropieza inevitablemente cualquier estudio de los métodos varían mucho según el punto que cada disciplina haya alcanzado en la curva, siempre un poco accidentada, de su desarrollo. Hace cincuenta años, cuando Newton reinaba aún como maestro, imagino que era especialmente más fácil que hoy construir, con un rigor esquemático, una exposición de la mecánica. Pero la historia está todavía en una fase mucho más desfavorable a las certidumbres.

Porque la historia no es solamente una ciencia en marcha. Es también una ciencia en ciernes: como todas aquellas que tienen como objeto el espíritu humano, este recién llegado en el campo del

conocimiento racional. O, mejor dicho, vieja bajo la forma embrionaria del relato, durante largo tiempo cargada de ficciones, mucho más tiempo aún vinculada a los acontecimientos más inmediatamente inteligibles, es, como empresa razonada de análisis, muy joven. Finalmente, le cuesta penetrar por debajo de los hechos superficiales; rechazar, tras las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy aún más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común. Aún no ha ido más allá del tanteo en algunos problemas esenciales de su método. Y es por ello que Fustel de Coulanges y, ya antes que él, Bayle, sin duda no se equivocaban cuando la declaraban "la más difícil de todas las ciencias".

Sin embargo, ¿es esto una ilusión? Por muy incierta que siga siendo en tantos puntos nuestra senda, me parece que estamos a día de hoy mejor situados que nuestros predecesores inmediatos para ver con mayor claridad.

Las generaciones que vinieron justo antes que la nuestra, en las últimas décadas del siglo XIX y hasta los primeros años del XX, vivieron como alucinadas por una imagen muy rígida, una imagen realmente comtiana de las ciencias del mundo físico. Al hacer extensivo este esquema prestigioso al conjunto de las adquisiciones del espíritu, parecía por tanto que no podía existir un conocimiento auténtico que no desembocase, por demostraciones de antemano irrefutables, en certezas formuladas bajo la apariencia de leyes imperiosamente universales. Era esta una opinión más o menos unánime. Pero, aplicada a los estudios históricos, dio origen, según los temperamentos, a dos tendencias opuestas.

Algunos creyeron que era posible, en efecto, instituir una ciencia de la evolución humana, que se conformara a este ideal en cierto modo pancientífico y trabajaron lo mejor que pudieron para establecerla: incluso aunque esto significara dejar fuera del alcance de este conocimiento humano muchas realidades muy humanas, pero que le parecían desesperadamente rebeldes a un saber racional. Este residuo era lo que llamaban, despectivamente, el acontecimiento; era también una buena parte de la vida más íntimamente individual. Tal fue, en definitiva, la posición de la escuela

sociológica fundada por Durkheim. Al menos, si no tenemos en cuenta las suavizaciones de la rigidez original de los principios que aportaron poco a poco hombres demasiado inteligentes para no ceder, aunque fuese a su pesar, a la presión de las cosas. Nuestros estudios deben mucho a este gran esfuerzo. Nos ha enseñado a analizar más profundamente, a examinar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevería a decir, de forma menos rebajada. Aquí se hablará de él con un infinito reconocimiento y respeto. Si hoy parece superado, es porque, tarde o temprano, este es el precio de la fecundidad de cualquier movimiento intelectual.

Otros investigadores, sin embargo, adoptaron al mismo tiempo una actitud muy diferente. Al no conseguir integrar la historia en los límites del legalismo físico, especialmente preocupados, además, debido a su primera educación, por las dificultades, las dudas y las frecuentes reanudaciones de la crítica documental, obtuvieron de sus constataciones una lección de humildad desengañada. La disciplina a la que consagraban sus talentos no les pareció, en definitiva, capaz en el presente de alcanzar conclusiones bien establecidas, ni de ofrecer en el futuro muchas perspectivas de progreso. Se inclinaron a ver en ella, en vez de un conocimiento verdaderamente científico, una especie de juego estético o, al menos, de ejercicio favorable a la salud del espíritu. A veces se les ha denominado "historiadores historizantes": sobrenombre injurioso para nuestra corporación, ya que parece afirmar la esencia de la historia en la negación misma de sus posibilidades. Por mi parte, les encontraría de buen grado, en el momento del pensamiento francés al que se vinculan, un signo de unión más expresivo.

El amable y escurridizo Sylvestre Bonnard, si nos atenemos a las fechas en que las fuentes fijan su actividad, es un anacronismo: al igual que aquellos santos antiguos, que los escritores de la Edad Media pintaban ingenuamente con los colores de su propio tiempo. Sylvestre Bonnard —a poco que se quiera suponer, un instante, a esta sombra inventada una existencia encarnada— el "verdadero" Sylvestre Bonnard, nacido bajo el Primer Imperio —la generación de los grandes historiadores románticos lo hubo todavía contado entre los suyos— habría compartido los entusiasmos conmovedores y fecundos, la fe un poco cándida en el porvenir de la "filosofía" de la historia. Olvidemos la época a la cual se supone que ha

pertenecido y devolvámoslo a aquella en que se escribió su vida imaginaria: merecerá figurar como el patrono, como el santo corporativo de todo un grupo de historiadores, que fueron más o menos los intelectuales contemporáneos de su biografía: investigadores profundamente honestos, pero de corto aliento y de quienes se creería a veces que, semejantes a los niños cuyos padres se han divertido demasiado, cargan en sus huesos con la fatiga de las grandes orgías históricas del romanticismo; dispuestos a rebajarse ante sus colegas del laboratorio; más deseosos, en definitiva, de aconsejarnos la prudencia que el arrojo. ¿Sería demasiado malicioso buscar su divisa en estas asombrosas palabras que se le escaparon un día al hombre de una inteligencia tan viva como fue mi apreciado maestro Charles Seignobos: “Es muy útil plantearse preguntas, pero muy peligroso responderlas”? No es, sin duda, la declaración de un fanfarrón. Pero si los físicos no hubieran sido tan intrépidos, ¿dónde estaría la física?

Ahora bien, nuestra atmósfera mental ya no es la misma. La teoría cinética del gas, la mecánica einsteiniana, la teoría de los quanta han alterado profundamente la idea que cualquiera ayer todavía se hacía de la ciencia. No la han rebajado, pero la han suavizado. Han sustituido en muchos puntos lo cierto por lo infinitamente probable; lo rigurosamente medible por la noción de eterna relatividad de la medida. Su acción se ha hecho sentir incluso sobre innumerables mentes —debo desgraciadamente contarme entre ellos— a quienes las fallas de su inteligencia o de su educación les impiden seguir, si no desde muy lejos y en cierto modo por reflejo, esta gran metamorfosis. Por tanto, ahora estamos mucho mejor preparados para admitir que, sin ser capaces de demostraciones euclidianas o de leyes inmutables de repetición, un conocimiento pueda, sin embargo, pretender el nombre de científico. Aceptamos mucho más fácilmente hacer de la certeza y del universalismo una cuestión de grado. Ya no sentimos la obligación de tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado prestado de las ciencias de la naturaleza física; ya que, incluso ahí, este patrón ha dejado de aplicarse totalmente. Aún no sabemos muy bien lo que serán un día las ciencias humanas. Sabemos que para ser —evidentemente sin dejar de obedecer a las reglas fundamentales de la razón— no tendrán que renunciar a su originalidad, ni avergonzarse de ella.

Me gustaría que los historiadores de profesión, los jóvenes en particular, se habituasen a reflexionar sobre estas vacilaciones, estos perpetuos "arrepentimientos" de nuestro oficio. Será para ellos la manera más segura de prepararse, mediante una elección deliberada, a fin de guiar razonablemente sus esfuerzos. Desearía, sobre todo, que se acercaran, cada vez en mayor número, a esta historia al mismo tiempo ampliada y desarrollada en profundidad, de la que somos varios —cada día, más— en concebir su diseño. Si mi libro puede ayudarles, sentiré que no habrá sido completamente inútil. Hay en él, lo reconozco, algo de programa.

Pero yo no escribo únicamente, ni siquiera principalmente, para el uso interno del taller. Tampoco he creído necesario esconderles las irresoluciones de nuestra ciencia a los simples curiosos. Son nuestra excusa. Mejor aún: son las que dan frescura a nuestros estudios. No solo tenemos el derecho de reclamar, en favor de la historia, la indulgencia debida a todos los comienzos. Lo inacabado, si tiende perpetuamente a superarse, tiene para todo espíritu ligeramente ardiente un atractivo que equivale al más perfecto triunfo. Al buen sembrador —ha dicho, aproximadamente, Péguy— le gustan la siembra y las semillas tanto como la cosecha.

Es conveniente que estas palabras de introducción concluyan con una confesión personal. Cada ciencia, considerada aisladamente, no representa más que un fragmento del universal movimiento hacia el conocimiento. Ya he tenido ocasión de dar un ejemplo de ello anteriormente: para entender bien y apreciar estos procedimientos de investigación, aunque sean los más particulares en apariencia, es indispensable saber vincularlos, con un trazo perfectamente seguro, al conjunto de tendencias que se manifiestan, en el mismo momento, en los otros órdenes de la disciplina. Sin embargo, este estudio de los métodos por sí mismos constituye, a su manera, una especialidad, cuyos técnicos se denominan filósofos. Es un título al que no me está permitido aspirar. Debido a esta laguna en mi primera formación, el presente ensayo perderá sin duda mucho tanto en precisión de lenguaje como en amplitud de horizonte. No puedo presentarlo sino como aquello que es: el compendio de un artesano, a quien siempre le ha gustado meditar sobre su tarea

cotidiana; el cuaderno de notas de un oficial, que durante mucho tiempo ha manejado la toesa y el nivel, sin por ello creerse matemático.

Capítulo I

La historia, los hombres y el tiempo

I. La elección del historiador

El término historia es una palabra muy antigua, tan antigua que a veces nos hemos cansado de ella. Es cierto que rara vez hemos llegado al punto de querer suprimirla por completo del vocabulario. Hasta los sociólogos de la escuela durkheimiana le dan cabida. Pero es para relegarla a un pobre y pequeño rincón de las ciencias humanas: una especie de mazmorra donde arrojan los hechos humanos considerados a la vez como los más superficiales y los más fortuitos, al mismo tiempo que reservan a la sociología todo aquello que les parece susceptible de análisis racional.

Por el contrario, nosotros mantendremos aquí su significado más amplio. Este no excluye de antemano ninguna dirección de investigación, ya sea que esta se dirija preferentemente hacia el individuo o la sociedad, hacia la descripción de las crisis momentáneas o que vaya en búsqueda de elementos más duraderos; no encierra en sí mismo ningún credo; no implica, según su etimología original, otra cosa que la "investigación". Indudablemente, desde que apareció, hace más de dos milenios, en los labios de los hombres, ha cambiado mucho de contenido. Este es el destino, en el lenguaje, de todos los términos verdaderamente vivos. Si las ciencias tuvieran que buscar una nueva denominación para cada una de sus conquistas, ¡cuántos bautismos habría en el reino de las academias y qué de tiempo perdido!

Sin dejar de ser pacíficamente fiel a su glorioso nombre heleno, nuestra historia no será, sin embargo, la misma que la escrita por Hecateo de Mileto, como tampoco la física de lord Kelvin o de Langevin es la de Aristóteles. Entonces, ¿qué es?

No tendría ningún interés que encabezáramos este libro, centrado en los problemas reales de la investigación, estableciendo una larga y rígida definición. ¿Qué investigador serio se ha preocupado alguna vez por semejantes artículos de fe? Su meticulosa precisión no deja solamente escapar lo mejor de todo impulso intelectual: es decir, lo que hay en él de simple conato hacia un saber aún mal

determinado, de potencia de extensión. Su mayor peligro es definir con tanto cuidado para delimitar mejor. “Este tema”, dice el Guardián de los Dioses de las palabras, “o esta forma de tratarlo, he aquí sin duda lo que puede resultar atractivo. Pero ten cuidado, ¡oh efebo!: eso no es la historia”. ¿Somos entonces como los veedores de los tiempos antiguos, encargados de codificar las tareas permitidas a las gentes del oficio para, sin duda, una vez cerrada la lista, reservar su ejercicio a nuestros maestros confirmados?[4] Los físicos y los químicos son más juiciosos; jamás se ha visto a ninguno, que yo conozca, querellarse por los derechos respectivos de la física, de la química, de la química física o —suponiendo que tal término exista— de la física química.

No es menos cierto que, frente a la inmensa y confusa realidad, el historiador se ve obligado a delimitar el punto de aplicación particular de sus herramientas; por consiguiente, a hacer una elección que, con toda evidencia, no será la misma, por ejemplo, que la del biólogo; que será propiamente una elección de historiador. Esto es un auténtico problema de acción, que nos acompañará a lo largo de nuestro estudio.

II. La historia y los hombres

A veces se ha dicho que “la historia es la ciencia del pasado”. En mi opinión, creo que es una forma impropia de hablar.

Porque, en primer lugar, es absurda la idea misma de que el pasado, en cuanto tal, pueda ser objeto de ciencia. Fenómenos cuyo único rasgo en común es el de no haber sido contemporáneos nuestros, ¿cómo sin decantación previa pueden constituir la materia de un conocimiento racional? ¿Podemos imaginar al mismo tiempo una ciencia total del universo en su estado presente?

Sin duda, en los orígenes de la historiografía, los antiguos analistas no cargaban con estos escrúpulos. Narraban desordenadamente los acontecimientos, cuyo único vínculo era el de producirse más o menos en el mismo momento: los eclipses, las trombas de granizo, la aparición de sorprendentes meteoritos durante las batallas, las muertes de héroes y reyes. Pero en esta primera memoria de la humanidad, confusa como la percepción de un niño pequeño, un esfuerzo sostenido de análisis produjo paulatinamente la clasificación necesaria. Es cierto que el lenguaje, fundamentalmente tradicionalista, reserva fácilmente el nombre de historia a cualquier estudio de un cambio en la duración… La costumbre es inofensiva, porque no engaña a nadie. Existe, en este sentido, una historia del sistema solar, ya que los astros que lo componen no han sido siempre como los vemos. Es competencia de la astronomía. Hay una historia de las erupciones volcánicas que seguramente es del mayor interés para la física del planeta. No pertenece a la historia de los historiadores.

O, al menos, no le pertenece sino en la medida en que tal vez sus observaciones, por alguna vía, se ajustan a las preocupaciones específicas de nuestra propia historia. ¿Cómo se establece entonces, en la práctica, la división de las tareas? Sin duda, un ejemplo hará que se comprenda mejor que muchos discursos.

En el siglo X de nuestra era, un golfo profundo, el Zwin, se extendía por la costa flamenca. Después se colmató. ¿A qué área del conocimiento atribuir el estudio de este fenómeno? En principio, todo el mundo señalará la geología. ¿Acaso no ha sido creada y traída al mundo para abordar el mecanismo de los aluviones, la función de las corrientes marinas, los cambios, quizás, en el nivel de los océanos? Indudablemente. Sin embargo, si se observan más de cerca, las cosas no son tan sencillas.

¿Se trata, en primer lugar, de escrutar los orígenes de la transformación? Vemos ya aquí a nuestro geólogo plantearse preguntas que no son estrictamente de su incumbencia. Ya que, sin duda, la colmatación fue favorecida por la construcción de diques, la desviación de canales, la desecación: como tantas acciones del ser humano, surgidas de las necesidades colectivas y que solo una determinada estructura social hizo posible.

En el otro lado de la cadena, un nuevo problema: el de las consecuencias. A poca distancia del fondo del golfo, se alzaba una ciudad. Era Brujas. Comunicaba con él por medio de un corto tramo de río. A través de las aguas del Zwin, recibía o expedía la mayor parte de las mercancías que hacían de ella, salvando las distancias, el Londres o la Nueva York de aquel tiempo. Los progresos del relleno se hicieron más palpables cada día. Brujas pudo expandir sus antepuertos, a medida que retrocedía la superficie inundada, hacia la desembocadura: sus canales poco a poco se adormecieron. Por supuesto, esta no fue la única causa de su declive. ¿Acaso lo físico no actúa nunca sobre lo social sin que su acción sea preparada, ayudada o permitida por otros factores que proceden ya del ser humano? Pero, en el conjunto de las cadenas causales, esta causa se cuenta al menos indudablemente entre las más eficaces.

Ahora bien, la obra de una sociedad, que remodela según sus necesidades el suelo sobre el que vive, es, cualquiera lo siente instintivamente, un hecho eminentemente “histórico”. Al igual que las vicisitudes de una poderosa casa de cambio; con un ejemplo muy característico de la topografía del saber, he aquí por tanto, por un lado, un punto de solapamiento, donde la alianza de dos disciplinas se revela indispensable para cualquier intento de explicación; por otro, un punto de tránsito en el que, una vez que se

ha dado cuenta de un fenómeno y que sus efectos son los únicos que están en la balanza, es, por así decirlo, cedido definitivamente por una disciplina a otra. ¿Qué es lo que ha ocurrido cada vez que se ha apelado imperiosamente a la intervención de la historia? Que lo humano ha hecho su aparición.

En efecto, hace mucho tiempo que nuestros grandes antepasados, un Michelet, un Fustel de Coulanges, nos han enseñado a reconocerlo: el objeto de la historia es por naturaleza el hombre[5]. Mejor dicho: los hombres. En vez del singular, favorable a la abstracción, el plural, que es el modo gramatical de la relatividad, conviene a una ciencia de lo diverso. Tras los rasgos sensibles del paisaje, las herramientas y las máquinas, tras los escritos en apariencia más fríos y las instituciones más desvinculadas de quienes las han establecido, son los hombres lo que historia quiere comprender[6]. Los que no lo hagan no serán, en el mejor de los casos, más que obradores de la erudición. El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Allí donde huele la carne humana, sabe que se encuentra su presa.

Del carácter de la historia como conocimiento de los hombres deriva su posición particular frente al problema de la expresión. ¿Es ella “ciencia” o “arte”? Sobre esto les gustaba disertar solemnemente a nuestros antepasados, alrededor de 1800. Más tarde, hacia 1890, inmersos en una atmósfera de positivismo un tanto rudimentaria, pudo verse a especialistas del método indignarse porque, en los trabajos históricos, el público atribuía una importancia, en su opinión excesiva, a lo que llamaban “la forma”. Arte contra ciencia; forma contra fondo: ¡tantas disputas que habría que archivar en los expedientes de la escolástica!

No hay menos belleza en una ecuación exacta que en una frase precisa. Pero cada ciencia tiene su estética de lenguaje, que le es propia. Los hechos humanos son, por esencia, fenómenos muy delicados, muchos de los cuales escapan a la medición matemática. Para traducirlos bien, por consiguiente, para penetrar bien en ellos —¿acaso se puede comprender perfectamente lo que no sabe decirse?—, es necesario una gran finura lingüística, un color adecuado en el tono verbal. Allí donde calcular es imposible, es

preciso sugerir. Entre la expresión de las realidades del mundo físico y la de las realidades del espíritu humano, el contraste es, en definitiva, el mismo que entre la tarea del obrero fresador y la del lutier: ambos trabajan al milímetro; pero el fresador utiliza instrumentos mecánicos de precisión; el lutier se guía, ante todo, por la sensibilidad del oído y de los dedos. No sería bueno que el fresador se conformase con el empirismo del lutier, ni que el lutier pretendiese imitar al fresador. ¿Negaremos que existe, como de la mano, un tacto de las palabras?

III. El tiempo histórico

"Ciencia de los hombres", hemos dicho. Todavía es demasiado vago. Debemos añadir: "de los hombres en el tiempo". El historiador no piensa solamente lo "humano". La atmósfera en la que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración.

Por supuesto, cuesta imaginarse una ciencia, sea la que fuere, que pueda abstraerse del tiempo. Sin embargo, para muchas de ellas, que lo dividen por convención en fragmentos artificialmente homogéneos, no representa más que una medida. Realidad concreta y viva entregada a la irreversibilidad de su impulso, el tiempo de la historia, al contrario, es el plasma mismo en el que están inmersos los fenómenos y es como el lugar de su inteligibilidad. El número de segundos, de años o de siglos que un cuerpo radiactivo requiere para transformarse en otros cuerpos es, para la atomística, un dato fundamental. Pero que tal o cual de estas metamorfosis haya tenido lugar hace mil años, ayer u hoy o que haya de producirse mañana, sería una consideración que interesaría sin duda al geólogo, porque la geología es, a su manera, una disciplina histórica, que deja al físico completamente frío. En cambio, ningún historiador se sentiría satisfecho al constatar que César tardó ocho años en conquistar la Galia; que a Lutero le hicieron falta quince años para que del novicio ortodoxo de Erfurt saliese el reformador de Wittenberg. Es mucho más importante para él asignar a la conquista de la Galia su exacto lugar cronológico en las vicisitudes de las sociedades europeas; y, sin negar en lo más mínimo lo que una crisis espiritual como la del hermano Martin haya podido tener de eterno, solo creerá que habrá rendido buena cuenta de ella cuando haya fijado con precisión el momento en la curva de los destinos humanos tanto del hombre, que fue el héroe, como de la civilización que tuvo como clima.

Ahora bien, este tiempo real es, por naturaleza, un continuo. Es también cambio perpetuo. De la antítesis de estos dos atributos

provienen los grandes problemas de la investigación histórica. Este antes que cualquier otro, pues cuestiona hasta la razón de ser de nuestros trabajos. Sean dos periodos sucesivos delimitados en el continuo ininterrumpido de las épocas. ¿En qué medida el vínculo que establece entre ellos el flujo de la duración, prevalece, o no, sobre la diferencia nacida de la propia duración? ¿Deberíamos considerar el conocimiento del más antiguo como necesario o superfluo para la comprensión del más reciente?

IV. El ídolo de los orígenes

Nunca está mal comenzar con un mea culpa. Naturalmente apreciada por los hombres que hacen del pasado su principal tema de investigación, la explicación de lo más próximo por lo más lejano ha dominado a veces nuestros estudios hasta hipnotizarlos. Bajo su forma más característica, este ídolo de la tribu de los historiadores tiene un nombre: la obsesión por los orígenes. En el desarrollo del pensamiento histórico, ha tenido su momento de favor particular.

Es Renan, creo, quien escribió un día —cito de memoria y, por tanto, me temo, de forma inexacta—: "En todas las cosas humanas, los orígenes ante todo son dignos de estudio". Y Sainte-Beuve antes que él: "Espío y observo con curiosidad lo que comienza". La idea es muy de su tiempo. La palabra de los orígenes también. Los Orígenes del cristianismo[7] fueron respondidos más tarde por los Orígenes de la Francia contemporánea[8]. Sin contar los epígonos. Pero la palabra es inquietante, porque es equívoca.

¿Significa simplemente "comienzos"? Quedará un poco más claro. Con la reserva, sin embargo, de que, para la mayor parte de las realidades históricas, la noción misma de este punto inicial sigue siendo particularmente elusiva. Una cuestión de definición, sin duda. Una definición que, desafortunadamente, se olvida dar con mucha facilidad.

¿Por orígenes se entenderán, al contrario, las causas? No habrá entonces más dificultades que aquellas que constantemente —y más si cabe, sin duda, en las ciencias humanas— son, por naturaleza, inherentes a las investigaciones causales.

Pero entre los dos sentidos se establece, con frecuencia, una contaminación tanto más temible cuanto, en general, no se percibe muy claramente. En el vocabulario corriente, los orígenes son un comienzo que explica. Peor aún: que basta para explicar. He ahí la ambigüedad y he ahí el peligro.

Habría que llevar a cabo una investigación, una de las más interesantes, sobre esta obsesión embriogénica tan marcada en todas las preocupaciones de los exégetas. “No comprendo vuestra emoción”, reconocía Barrès a un cura que había perdido la fe. “Las discusiones de un puñado de estudiosos en torno a algunas palabras hebreas, ¿qué tienen que ver con mi sensibilidad? Basta con la atmósfera de las iglesias”. Y Maurras a su vez: “¿Qué me importan los evangelios de cuatro oscuros judíos?” —“oscuros” quiere decir, imagino, plebeyos; ya que resulta difícil no reconocer en Mateo, Marcos, Lucas y Juan al menos cierta notoriedad literaria—. Estos burlones quieren mofarse y seguramente ni Pascal ni Bossuet habrían hablado así. Sin duda podemos concebir una experiencia religiosa que no deba nada a la historia. Al puro deísta, una iluminación interior le basta para creer en Dios. No para creer al Dios de los cristianos. Dado que el cristianismo, ya lo he recordado, es por esencia una religión histórica: es decir, cuyos dogmas primordiales se basan en los acontecimientos. Releed vuestro Credo: “Creo en Jesucristo […] quien fue crucificado bajo Poncio Pilatos […] y resucitó de entre los muertos al tercer día”. Ahí, los comienzos de la fe son también sus fundamentos.

Sin embargo, por un contagio sin duda inevitable, estas preocupaciones que, en una cierta forma de análisis religioso, podían tener su razón de ser, se extendieron a otros campos de investigación, donde su legitimidad era mucho más cuestionable. Allí también una historia, centrada en los nacimientos, se puso al servicio de la apreciación de valores. Al escrutar los “orígenes” de la Francia de su tiempo, ¿qué se proponía Taine sino denunciar el error de una política surgida, según su opinión, de una falsa filosofía del hombre? Ya se tratara de las invasiones germánicas o de la conquista normanda de Inglaterra, el pasado se utilizó tan activamente para explicar el presente solamente con el cometido de justificarlo mejor o condenarlo. De modo que en muchos casos el demonio de los orígenes no fue tal vez más que un avatar de ese otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía del juicio.

Volvamos sin embargo a los estudios cristianos. Una cosa es que la

conciencia inquieta se busque una norma para fijar su actitud frente a la religión católica, tal y como se define cotidianamente en nuestras iglesias; otra cosa es que el historiador explique como un hecho de observación el catolicismo del presente. Evidentemente, el conocimiento de sus comienzos es indispensable para una adecuada comprensión de los fenómenos religiosos actuales, pero no basta para explicarlos. A fin de simplificar el problema, renunciemos incluso a preguntarnos hasta qué punto la fe, bajo un nombre que no ha cambiado, ha permanecido completamente inmutable en su esencia. Por muy intacta que supongamos una tradición, siempre habrá que dar las razones de su conservación. Razones humanas, por supuesto; la hipótesis de una acción providencial escaparía a la ciencia. La cuestión, en resumen, no es ya la de saber si Jesús fue crucificado, luego resucitado. Lo que se trata de comprender a partir de ahí es cómo es que tanta gente a nuestro alrededor crea en la Crucifixión y en la Resurrección. Ahora bien, la fidelidad a una creencia no es, evidentemente, sino uno de los aspectos de la vida general del grupo en el que se manifiesta este carácter. Es como un nudo en el que se enredan una multitud de rasgos convergentes, sean de estructura social, sean de mentalidad. Plantea, en una palabra, todo un problema de clima humano. El roble nace de la bellota. Pero solo se convierte y sigue siendo roble si encuentra las condiciones ambientales favorables, las cuales no responden ya a la embriología.

La historia religiosa solo se ha citado aquí a título de ejemplo. El mismo error acecha a los investigadores que estudian el origen de cualquier actividad humana: confundir una filiación con una explicación.

Esta es la ilusión, en definitiva, de los antiguos etimólogos, que creían haberlo dicho todo cuando anteponían al sentido actual la acepción más antigua conocida; cuando habían mostrado, supongo, que bureau designaba, primitivamente, una tela o “timbre” un tambor. Como si el principal problema no fuera el de saber cómo y por qué se produjo el cambio semántico. Como si, sobre todo, al igual que su propio pasado, una palabra cualquiera no tuviera su función fijada en la lengua por el estado contemporáneo del

vocabulario: la cual, a su vez, está determinada por las condiciones sociales del momento. Bureaux, en bureaux del Ministerio, quiere decir “oficinas públicas”. Cuando pido “timbres” en la ventanilla de Correos, el uso que así hago del término ha requerido para establecerse, junto con la organización paulatinamente elaborada de un servicio postal, la transformación técnica decisiva para el futuro de los intercambios entre pensamientos humanos, que sustituyó la impresión de un sello de antaño por la colocación de una pegatina. Esto solo ha sido posible porque, especializadas por oficios, las diferentes acepciones de la antigua denominación se han alejado hasta tal punto hoy una de la otra, que no hay ningún riesgo de que se produzca una confusión entre el timbre que voy a pegar sobre mi carta y aquel, por ejemplo, con el que el lutier presumirá de la perfección de sus instrumentos.

Se habla de los “orígenes del régimen feudal”. ¿Dónde buscarlos? Algunos han respondido “en Roma”. Otros “en Germania”. Las razones de estos espejismos son evidentes. Efectivamente, aquí o allá existían ciertas costumbres —relaciones clientelares, camaradería guerrera, función de la tenencia como salario por los servicios— que las generaciones posteriores, contemporáneas en Europa de las llamadas épocas feudales, iban a continuar. No, además, sin modificarlas considerablemente. En las dos partes, sobre todo, se empleaban palabras —“beneficio” (beneficium) por los latinos, “feudo” por los germanos— que siguieron usándose durante generaciones, al mismo tiempo que le daban, poco a poco y sin darse cuenta, un significado casi enteramente nuevo. Ya que, por desgracia para los historiadores, los hombres no tienen costumbre, cada vez que cambian de hábitos, de cambiar de vocabulario. Ciertamente, estas constataciones son de gran interés. ¿Acaso pensaremos que agotan el problema de las causas? La feudalidad europea, en sus instituciones características, no fue un tejido arcaico de supervivencias. Durante una cierta fase de nuestro pasado, nació de todo un ambiente social.

Seignobos dijo en alguna parte: “Creo que las ideas revolucionarias del siglo XVIII […] provienen de las ideas inglesas del siglo XVII”. ¿Quería dar a entender con ello que habiendo leído ciertos escritos ingleses del siglo precedente o siguiendo indirectamente su influencia, los publicistas franceses de la Ilustración adoptaron sus

principios políticos? Podría dársele la razón, suponiendo al menos que nuestros filósofos no hayan vertido a su vez en las fórmulas extranjeras nada suyo original como sustancia intelectual o como tonalidad de sentimiento. Pero, incluso así reducida, no sin cierta arbitrariedad, al hecho de préstamo, la historia de este movimiento de pensamiento estará muy lejos de haber sido completamente esclarecida. Ya que subsistirá siempre el problema de saber por qué la transmisión tuvo lugar en la fecha señalada: ni antes ni después. Un contagio supone dos cosas: generaciones de microbios y, en el momento en que el mal arraiga, un "terreno".

En resumen, un fenómeno histórico nunca puede ser explicado plenamente fuera del estudio de su momento. Esto es cierto para todas las etapas de la evolución. Para esta en la que vivimos como para las otras. El proverbio árabe lo dijo antes que nosotros: "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres". El estudio del pasado se ha desacreditado algunas veces por haber olvidado esta sabiduría oriental.

V. Los límites de lo actual y lo inactual

A pesar de no explicar todo el presente, ¿hay que creer que el pasado sea inútil para su explicación? Lo curioso es que esta pregunta pueda hoy plantearse.

Efectivamente, hasta una época muy cercana a la nuestra, esta cuestión parecía, casi de forma unánime, resuelta de antemano. "Quien quiera atenerse al presente, a lo actual, no comprenderá lo actual", escribía en el siglo pasado Michelet, en el encabezamiento de ese hermoso libro El pueblo, tan lleno sin embargo de las fiebres del momento. Y ya Leibniz incluía entre los beneficios que esperaba de la historia "los orígenes de las cosas presentes halladas en las cosas pasadas"; ya que, añadía, "nunca se comprende mejor una realidad que por sus causas"[9].

Pero, desde Leibniz, desde Michelet, se ha producido un gran hecho: las sucesivas revoluciones técnicas han ampliado descomunalmente el intervalo psicológico entre las generaciones. Tal vez no sin razón el hombre de la edad de la electricidad o del avión se siente muy alejado de sus antepasados. Concluye de modo fácil y de manera aún más imprudente, que ha dejado de estar determinado por ellos. A ello hay que añadir el giro modernista innato a la mentalidad de todo ingeniero. Para poner en marcha y reparar una dinamo, ¿es necesario haber penetrado en las ideas del viejo Volta sobre el galvanismo? A través de una analogía, sin duda alguna endeble, pero que se impone espontáneamente a más de una inteligencia sometida a la máquina, se pensará del mismo modo que, para comprender los grandes problemas humanos actuales e intentar resolverlos, no sirve de nada haber analizado los antecedentes. Atrapados también los historiadores, sin darse cuenta de ello, en esta atmósfera modernista, ¿cómo no iban a sentir que, en su ámbito igualmente, la frontera que separa lo reciente de lo antiguo no se desplaza con un movimiento no menos constante? El régimen de la moneda estable y del patrón oro, que ayer sin

embargo figuraba en todos los manuales de economía política como la norma misma de la actualidad, para el economista de hoy, ¿es todavía algo del presente o de la historia que ya huele a rancio? Sin embargo, tras estos paralogismos, es fácil descubrir un conjunto de ideas menos inconsistentes y cuya simplicidad, al menos aparentemente, ha seducido a algunas mentes.

En el vasto decurso del tiempo, creemos poder dejar aparte una fase de corta extensión. Relativamente poco distante de nosotros en su punto de partida, su culminación llega incluso hasta nuestros días. En dicha fase, nada, ni los rasgos más prominentes del estado social o político, ni las herramientas materiales, ni la tonalidad general de la civilización presentan, al parecer, diferencias profundas con el mundo en el que tenemos nuestras costumbres. Parece, en definitiva, estar afectada por un coeficiente muy fuerte de "contemporaneidad" en relación con nosotros. De ahí el honor, o la tara, de que no se confunda con el resto del pasado. "Desde 1830, ya no hay historia", nos decía uno de nuestros profesores del liceo, que era muy viejo cuando yo era muy joven, "hay política". Hoy ya no diríamos: "desde 1830" —las Tres Gloriosas, a su vez, han envejecido— ni "es política". Más bien con un tono respetuoso: es "sociología" o, con menos consideración, es "periodismo". Sin embargo, muchos repetirían fácilmente: "desde 1914 o 1940, no hay ya historia". Sin, además, ponerse del todo de acuerdo sobre las razones de este ostracismo.

Algunos, considerando que los hechos más cercanos a nosotros son por esto mismo rebeldes a todo estudio realmente sereno, solo desean evitar a la casta Clío contactos demasiado ardientes. Imagino que así pensaba mi viejo maestro. Lo que indudablemente nos procura un débil control sobre nuestros nervios. También es olvidar que, cuando las resonancias sentimentales entran en juego, el límite entre lo actual y lo inactual está lejos de ajustarse a la medida matemática de un intervalo de tiempo. ¿Estaba tan equivocado mi valiente director quien, en el liceo languedociano donde hice mis primeras incursiones como profesor, me advertía con su imponente voz de capitán de instrucción: "Aquí, el siglo XIX no es muy peligroso. Pero cuando abordes las guerras de religión, sé

muy prudente”? En realidad, quien, una vez frente a su mesa de trabajo, no tenga la fuerza suficiente para sustraer de su cerebro el virus del momento, será muy capaz de dejar que sus toxinas se filtren hasta en un comentario de la Ilíada o del Ramayana.

En cambio, otros estudiosos consideran con razón que el conocimiento científico del presente humano es perfectamente posible. Pero es para reservar su estudio a disciplinas bien distintas de aquella que tiene el pasado por objeto. Analizan, por ejemplo, y pretenden comprender la economía contemporánea con la ayuda de observaciones limitadas, en el tiempo, a algunas décadas. En una palabra, consideran la época en la que viven separada de las que la precedieron por contrastes demasiado vivos como para no cargar ella misma con su propia explicación. Tal es también la actitud instintiva de muchos que son simples curiosos. La historia de periodos un poco lejanos solo les seduce como un inofensivo lujo intelectual. De un lado, un puñado de anticuarios ocupados, por una macabra dilección, en desamortajar a los dioses muertos; de otro, sociólogos, economistas, publicistas: los únicos exploradores de lo viviente…

VI. Comprender el presente por el pasado

Observándolo más de cerca, el privilegio de la autointeligibilidad así reconocido al presente se basa en una serie de extraños postulados.

Supone en primer lugar que las condiciones humanas han sufrido en el intervalo de una o dos generaciones un cambio no solamente muy rápido, sino casi total: de modo que ninguna institución un poco antigua, ninguna forma de conducta tradicional, habrían escapado a las revoluciones del laboratorio o de la fábrica. Esto supone olvidar la fuerza de inercia propia a tantas creaciones sociales.

El hombre dedica su tiempo a construir mecanismos de los que luego se vuelve prisionero de un modo más o menos voluntario. ¿Qué observador que haya recorrido nuestras tierras del norte no se ha sorprendido del extraño diseño de los campos? A pesar de las atenuaciones que las vicisitudes de la propiedad han aportado con el curso de los años al esquema primitivo, el espectáculo de estas tiras que, desmesuradamente estrechas y alargadas, dividen el suelo arable en un número prodigioso de parcelas, sigue desconcertando hoy al agrónomo. El derroche de esfuerzos que implica una disposición semejante, las dificultades que impone a los que las explotan, son indiscutibles. ¿Cómo explicarlo? Por el Código Civil y sus inevitables efectos, han respondido con precipitación los publicistas. Por tanto, añadían, no hay más que reformar nuestras leyes sobre la herencia y se suprimirá todo el mal. Si hubiesen sabido más sobre la historia, si hubiesen preguntado más a una mentalidad campesina formada por siglos de empirismo, habrían juzgado el remedio menos fácil. De hecho, esta estructura se remonta a orígenes tan remotos que ningún estudioso ha conseguido hasta la fecha dar cuenta de ella de manera satisfactoria; los labradores de la época de los dólmenes tienen

probablemente más relevancia que los legistas del Primer Imperio. Por tanto, el error sobre la causa se extiende aquí, como ocurre casi inevitablemente, a la falta de terapia; la ignorancia del pasado no solo perjudica al conocimiento del presente; compromete a la propia acción en el presente.

Pero hay más. Para que una sociedad, sea cual fuere, pudiera estar determinada completamente por el momento inmediatamente anterior al que vive, no le bastaría con una estructura tan perfectamente adaptable al cambio como para en realidad desacoplarse de ella; sería aún necesario que los intercambios entre generaciones no se produjesen, me atrevo a decir, más que en fila india, teniendo los hijos contacto con sus ancestros solo por la intermediación de sus padres.

Ahora bien, esto no es cierto, ni siquiera para las formas de comunicación puramente orales. Observemos, por ejemplo, nuestros pueblos. Puesto que las condiciones del trabajo mantienen alejados al padre y la madre de sus hijos pequeños durante casi todo el día, estos son criados principalmente por los abuelos. Por tanto, con cada nueva formación del espíritu se da un paso atrás que, pasando por encima de la generación eminentemente portadora de cambios, vincula los cerebros más maleables con los más cristalizados. De ahí procede sin lugar a dudas el tradicionalismo inherente a tantas sociedades campesinas. El caso es particularmente claro, pero no único. Como el antagonismo natural de los grupos de edad se da principalmente entre grupos limítrofes, más de una generación de jóvenes debe a las lecciones de los más viejos al menos tanto como a las de los hombres adultos.

Con más razón, la escritura facilita enormemente estas transferencias de pensamiento entre generaciones, a veces muy separadas, y que dan, propiamente, continuidad de una civilización. Lutero, Calvino, Loyola: hombres de otra época, sin duda, hombres del siglo XVI; el historiador, que se dedica a comprenderlos y hacerlos comprender, tendrá como primer deber resituarlos en su medio, inmersos en la atmósfera mental de su tiempo, frente a problemas de conciencia que ya no son exactamente los nuestros. Sin embargo, ¿nos atreveremos a decir que la comprensión de la

Reforma protestante o de la Reforma católica, alejadas de nosotros por espacio de varios siglos, es menos importante para una adecuada comprensión del mundo actual que la de otros movimientos de ideas o sensibilidades, ciertamente más cercanos en el tiempo, pero más efímeros?

El error, en definitiva, es claro y para suprimirlo basta sin duda con formularlo. La corriente de la evolución humana se representa como hecha de una sucesión de breves y profundas sacudidas, cada una de las cuales no duraría más que el intervalo de algunas vidas. La observación demuestra, al contrario, que en este inmenso continuo, las grandes sacudidas son perfectamente capaces de propagarse desde las moléculas más alejadas hasta las más próximas. ¿Qué diríamos de un geofísico que, conformándose con contar los miriámetros, estimase que la acción de la Luna sobre nuestro globo es mucho más considerable que la del Sol? Tanto en la duración como en el cielo, la eficacia de una fuerza no se mide exclusivamente por la distancia.

Finalmente, entre las cosas pasadas, incluso aquellas que parece que han dejado de guiar el presente —creencias desaparecidas sin dejar el menor rastro, formas sociales abortadas, técnicas muertas—, ¿las consideraremos inútiles para su comprensión? Esto sería olvidar que no hay conocimiento verdadero sin una cierta escala de comparación. A condición, es verdad, de que la comparación se refiera a la vez a realidades diversas y, sin embargo, emparentadas. No podemos negar que este sea aquí el caso.

Es cierto que hoy ya no consideramos, como lo escribía Maquiavelo, como lo pensaban Hume o Bonald, que haya en el tiempo “al menos algo inmutable: el hombre”. Hemos aprendido que el hombre también ha cambiado mucho: en su mente y, sin duda, hasta en los mecanismos más delicados de su cuerpo. ¿Cómo podría ser de otro modo? Su atmósfera mental se ha transformado profundamente; no menos que su higiene o su alimentación. Sin embargo, es necesario que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente, sin el cual las propias denominaciones de “hombre” o “sociedad” no querrían decir nada. Por tanto, a estos hombres, ¿creeremos poder comprenderlos si solo los estudiamos en sus reacciones ante las circunstancias particulares de un momento

dado? Incluso la experiencia de lo que son en ese momento será insuficiente. Muchas virtualidades en principio poco evidentes, pero que pueden despertar en cualquier momento muchos motores, más o menos inconscientes, de actitudes individuales o colectivas, permanecerán en la sombra. Una experiencia única es siempre incapaz de discriminar sus propios factores; por consiguiente, de proporcionarse su propia interpretación.

VII. Comprender el pasado por el presente

Tal es la fuerza de esta solidaridad entre las épocas, que sus relaciones de inteligibilidad tienen verdaderamente un doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizás no es menos vano empeñarse en comprender el pasado si no se sabe nada del presente. En otro lugar he recordado la anécdota: acompañaba a Henri Pirenne a Estocolmo; recién llegados, me dijo: "¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un Ayuntamiento completamente nuevo. Empecemos por él". A continuación, como anticipándose a la reacción de sorpresa, añadió: "Si fuera anticuario, solo tendría ojos para las cosas antiguas. Pero soy historiador. Es por ello que amo la vida". He aquí, en efecto, en esta capacidad de aprehensión de lo vivo, la cualidad maestra del historiador. No nos dejemos engañar por ciertas asperezas del estilo. Todos los más grandes entre nosotros la poseyeron: Fustel o Maitland a su manera, que era más austero, no menos que Michelet. Y quizás es, en su origen, un don innato, que nadie sabría adquirir si no lo hallase en su cuna. Pero no por ello precisa menos de un ejercicio y desarrollo constantes. ¿De qué otra manera sería posible, como el mismo Pirenne ejemplificaba, sino a través de un contacto permanente con el presente?

Porque el estremecimiento de la vida humana, que requerirá de un duro esfuerzo de la imaginación para restituirse a los antiguos textos, es aquí directamente perceptible a nuestros sentidos. Había leído muchas veces, había contado a menudo historias de guerra y de batallas. ¿Conocía realmente, en el sentido pleno del verbo conocer, conocía desde dentro, antes de haber experimentado yo mismo la náusea atroz, lo que son para un ejército el asedio, para un pueblo la derrota? Antes de haber respirado yo mismo, durante el verano y el otoño de 1918, el júbilo de la victoria —mientras tanto, espero volver a llenar una segunda vez mis pulmones: pero el perfume, desgraciadamente, no será en absoluto el mismo—, ¿sabía

yo todo lo que encierra esta bella palabra? Lo cierto es que, conscientemente o no, es siempre de nuestras experiencias cotidianas de las que en último término tomamos, para matizarlas, allí donde se dan nuevos tonos, los elementos que nos sirven para reconstituir el pasado: incluso los nombres que empleamos para caracterizar los estados de ánimo desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, ¿qué sentido tendrían para nosotros si antes no hubiésemos visto vivir a los hombres? Esta impregnación instintiva es cien veces mejor sustituirla por una observación voluntaria y controlada. Un gran matemático no será menos grande, imagino, por haber atravesado con los ojos cerrados el mundo donde vive. Pero el erudito que no tiene el gusto de mirar en torno a él a los hombres ni a las cosas ni a los acontecimientos merecería, tal vez, como decía Pirenne, el nombre de útil anticuario. Haría bien en renunciar al de historiador.

Además, la educación de la sensibilidad histórica no es siempre lo único que está en juego. Sucede que, en una línea determinada, el conocimiento del presente es aún más directamente relevante para la comprensión del pasado.

En efecto, sería un error grave creer que el orden adoptado por los historiadores en sus investigaciones debe modelarse necesariamente al de los acontecimientos. Para restituir a la historia su verdadero movimiento, a menudo es útil empezar por leerla, como decía Maitland, “al revés”. Ya que el recorrido de todo conocimiento es ir de lo mejor o de lo menos mal conocido a lo más oscuro. Sin duda, la luz de los documentos no se hace progresivamente más viva a medida que descendemos en el transcurso de las épocas. Estamos incomparablemente mucho peor informados sobre el siglo X de nuestra era que, por ejemplo, sobre la época de César o de Augusto. En la mayoría de los casos, los periodos más cercanos suelen coincidir con zonas de claridad relativa. Hay que añadir que, al proceder mecánicamente de atrás adelante, existe siempre el riesgo de perder nuestro tiempo persiguiendo los comienzos o las causas de los fenómenos que se revelarán a la experiencia tal vez como imaginarios. Los más ilustres entre nosotros han cedido algunas veces a extraños errores por no haber ejercido, cuando y donde se imponía, un método prudentemente regresivo. Fustel de Coulanges estudió los “orígenes” de las instituciones feudales, de las que se

hizo, me temo, una imagen bastante confusa y sobre las premisas de una servidumbre que, mal informada por descripciones de segunda mano, concebía bajo rasgos completamente falsos.

Sin embargo, de modo menos excepcional de lo que sin duda pensamos, ocurre que, para alcanzar la luz, haya que remontarse hasta el presente. En algunas de sus características fundamentales, nuestro paisaje rural, como ya sabemos, data de épocas extremadamente remotas. Pero para interpretar los escasos documentos que nos permiten penetrar en esta brumosa génesis, para plantear correctamente los problemas, para hacerse siquiera una idea de ellos, una primera condición había tenido que cumplirse: observar, analizar el paisaje actual. Ya que solo él ofrecía las perspectivas del conjunto de las que era indispensable partir. Ciertamente no puede tratarse, habiendo fijado de una vez por todas esta imagen, de imponerla tal cual en cada etapa del pasado, para encontrarla sucesivamente de abajo arriba. Aquí como en otros lugares, es un cambio lo que el historiador quiere captar. Pero en el film que está examinando, solo la última película está intacta. Para reconstituir los trazos rotos de las otras, ha sido necesario desarrollar, primero, la bobina en un sentido inverso a las captaciones.

Por tanto, no hay más que una ciencia de los hombres en el tiempo y que incesantemente necesita unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más comprehensivo, el menos exclusivo; el más cargado también de los conmovedores recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular y, por tanto, el mejor. De este modo, al proponer extenderla hasta el conocimiento del presente, contrariamente a ciertos prejuicios, por otro lado mucho menos viejos que ella, no se persigue —¿acaso es preciso decirlo?— ninguna reivindicación corporativa. La vida es demasiado breve, los conocimientos tardan demasiado en adquirirse para permitir, incluso al más excelso genio, una experiencia total de la humanidad. El mundo actual tendrá siempre sus especialistas, como la Edad de Piedra o la egiptología. Tanto a unos como a otros se les pide simplemente recordar que las investigaciones históricas no son

de naturaleza autárquica. Aislados, ninguno de ellos comprenderá nunca más que a medias, incluido su propio campo de estudio; y la única historia verdadera, que solo puede hacerse con ayuda mutua, es la historia universal.

Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites pueden ser fijados, igualmente, por la naturaleza propia de sus métodos. Queda entonces por preguntarnos si, según nos acerquemos o nos alejemos del momento presente, las mismas técnicas de la investigación no deberían considerarse completamente diferentes. Esto es plantearse el problema de la observación histórica.

Capítulo II

La observación histórica

I. Características generales

de la observación histórica

Para comenzar, situémonos resueltamente en el estudio del pasado.

Las características más evidentes de la información histórica, entendida en el sentido restringido y habitual del término, se ha descrito muchas veces. Se nos dice que, por definición, es absolutamente imposible que el historiador pueda constatar por él mismo los hechos que estudia. Ningún egiptólogo ha visto a Ramsés. Ningún especialista de las guerras napoleónicas ha escuchado el cañón de Austerlitz. Por tanto, solo podríamos hablar de las épocas que nos han precedido a partir de testigos. Estamos, con respecto a ellas, en la situación del juez de instrucción que se esfuerza por reconstruir un crimen del que no ha sido testigo; del físico que, confinado en su habitación por la gripe, solo conoce los resultados de sus experimentos gracias a los informes de un asistente de laboratorio. En definitiva, a diferencia del conocimiento del presente, el del pasado será necesariamente "indirecto".

A nadie se le ocurrirá negar que haya una parte de verdad en estas observaciones. Sin embargo, deben matizarse considerablemente.

Supongamos que un jefe del ejército acaba de lograr una victoria. En el campo de batalla, acomete la escritura del relato de su puño y letra. Ha concebido el plan de la batalla. La ha dirigido. Gracias a la escasa extensión del terreno —ya que estamos decididos a jugar todas nuestras cartas, nos imaginaremos un enfrentamiento a la antigua usanza, concentrado en un espacio reducido—, ha podido ver desarrollarse ante sus ojos casi toda la contienda. Pero que no quepa duda: en más de un episodio crucial, tendrá que contar con el informe de sus lugartenientes. En el que, además, solo se atendrá, como narrador, a la misma conducta que había mantenido unas horas antes, durante la acción. Para ajustar entonces, momento a

momento, los movimientos de las tropas a las vicisitudes del combate, ¿qué informaciones creeremos que le han servido mejor? ¿Las imágenes más o menos confusas, entrevistas a través de sus anteojos, o los informes que le aportaban al galope los oficiales de enlace y los ayudantes de campo? Rara vez el conductor de hombres se contenta con ser él mismo su propio testigo. Sin embargo, incluso en una hipótesis tan favorable, ¿qué queda entonces de esta famosa observación directa, pretendido privilegio del estudio del presente?

En realidad, esta casi nunca es más que un señuelo, al menos en cuanto el horizonte del observador se amplía un poco. Cualquier recopilación de cosas vistas está compuesta por una buena mitad de cosas vistas por otros. Como economista, estudio el movimiento de las transacciones de tal mes, tal semana, con la ayuda de estadísticas que no he elaborado personalmente. Como explorador de la actualidad más inmediata, me dispongo a sondear la opinión pública sobre los grandes problemas del momento; hago preguntas; anoto, cotejo y contabilizo las respuestas. ¿Qué me proporcionan sino es la imagen, expresada de forma más o menos torpe, que mis interlocutores se forman de aquello que creen pensar o de aquello que desean presentarme de sus pensamientos? Son los sujetos de mi experiencia. Pero mientras que un fisiólogo, al disecar una cobaya, percibe con sus propios ojos la lesión o la anomalía buscadas, yo no conozco el estado de ánimo de mis “hombres de la calle” más que a través de la imagen que ellos mismos aceptan darme. Porque, en el inmenso tejido de acontecimientos, gestos y palabras de los que se compone el destino de un grupo humano, el individuo tan solo percibe una pequeña parte, estrechamente limitada por sus sentidos y su capacidad de atención; porque, además, solo posee la conciencia inmediata de sus propios estados mentales: todo conocimiento de la humanidad, sea cual fuere su punto de aplicación en el tiempo, siempre extraerá una gran parte de su sustancia de los testimonios de otros. A este respecto, el investigador del presente no está mucho mejor situado que el historiador del pasado.

Pero hay más. La observación del pasado, incluso de un pasado muy

remoto, ¿es cierto que sea siempre tan “indirecta”?

Se ve muy bien por qué razones la impresión de esta distancia entre el objeto del conocimiento y el investigador se ha impuesto con tanta fuerza en muchos teóricos de la historia. Es porque ellos pensaban ante todo en una historia de acontecimientos, incluso de episodios: quiero decir, en una historia que, por error o con razón —no ha llegado el momento de examinarlo—, confiere una extrema importancia al registro exacto de los actos, propósitos o actitudes de algunos personajes, agrupados en una escena de duración relativamente corta donde se concentran, como en la tragedia clásica, todas las fuerzas críticas del momento: jornada revolucionaria, combate, encuentro diplomático. Se cuenta que, el 2 de septiembre de 1792, la cabeza de la princesa de Lamballe se había paseado clavada en la punta de una pica bajo las ventanas de la familia real. ¿Es cierto? ¿Es falso? Pierre Caron, que ha escrito sobre las masacres un libro de una admirable probidad, no se atreve a pronunciarse sobre este punto. Si hubiera tenido la ocasión de contemplar él mismo el terrible cortejo desde una de las torres del Temple, muy probablemente habría sabido a qué atenerse; y aún habría que suponer que en tales circunstancias hubiera mantenido toda su sangre fría de erudito y que, no fiándose de su memoria, se hubiera además preocupado de anotar en el acto sus observaciones. En un caso semejante, sin ninguna duda, el historiador se siente en una posición un poco humillante en relación con el verdadero testigo de un hecho presente. Es como si estuviera en la cola de una columna, donde las informaciones se transmiten desde la cabeza, de fila en fila. Indudablemente, no es muy buen lugar para estar bien informado. Hace mucho tiempo, durante un relevo nocturno, vi transmitirse así, a lo largo de la fila, el grito: “¡Cuidado! ¡Agujeros de obús a la izquierda!”. El último hombre lo recibió bajo la forma: “¡A la izquierda!”, dio un paso hacia ese lado y se desplomó.

Existen, sin embargo, otras eventualidades. En los muros de ciertas ciudadelas sirias, levantadas algunos milenios antes de Jesucristo, los arqueólogos han encontrado en nuestros días vasijas llenas de esqueletos de niños emparedadas. Como no cabe suponer de modo razonable que esos huesos hayan llegado allí por azar, nos encontramos con toda evidencia frente a restos de sacrificios humanos, llevados a cabo en el momento mismo de la construcción

y vinculados a ella. Sobre las creencias que se expresan mediante estos ritos, será indudablemente necesario remitirnos a los testimonios de la época, si existen, o de proceder por analogía con la ayuda de otros testimonios. Una fe que nosotros no compartimos, ¿cómo podríamos conocerla sino a través de las palabras de otros? Es el caso, debemos repetirlo, de todos los fenómenos de conciencia cuando nos son ajenos. En cuanto al hecho mismo del sacrificio, en cambio, nuestra posición es muy diferente. Ciertamente, no lo percibimos, estrictamente hablando, de un modo totalmente inmediato; al igual que el geólogo no percibe la amonita en el fósil que descubre; al igual que el físico, que no detecta los efectos del movimiento molecular en el movimiento browniano. Pero en el razonamiento muy simple que, excluyendo cualquier otra posibilidad de explicación, nos permite pasar del objeto realmente constatado al hecho del que este objeto aporta la prueba —ese trabajo de interpretación rudimentaria muy próximo a las operaciones instintivas sin las cuales ninguna sensación se convertiría en percepción—, no hay nada en él que, entre la cosa y nosotros, haya exigido la interposición de otro observador. Los especialistas del método han entendido generalmente por conocimiento indirecto aquel que no alcanza la mente del historiador sino es a través del canal de mentes humanas diferentes. El término quizás no está muy bien elegido; se limita a indicar la presencia de un intermediario; no vemos por qué este eslabón tendría que ser necesariamente de naturaleza humana. Aceptemos, sin embargo, sin discutir sobre las palabras, el uso común. En este sentido, nuestro conocimiento de las inmolaciones murales de la antigua Siria no tiene indudablemente nada de indirecto.

Pero otros muchos vestigios del pasado nos ofrecen igualmente un acceso totalmente directo. Tal es el caso, casi en su totalidad, de la inmensa cantidad de testimonios no escritos, incluso de un buen número de los escritos. Si los teóricos más conocidos de nuestros métodos no hubiesen manifestado hacia las técnicas propias de la arqueología una indiferencia tan formidable y soberbia, si no hubiesen estado tan obsesionados, en el orden documental, por el relato y, en el orden de los hechos, por el acontecimiento, sin duda los habríamos visto menos dispuestos a condenarnos a una observación eternamente dependiente. En las tumbas reales de Ur, en Caldea, se han hallado cuentas de collares hechas de amazonita.

Como los yacimientos más próximos de esta piedra se encuentran en el corazón de la India o en los alrededores del lago Baikal, la conclusión que parece haberse impuesto es la de que, tres mil años antes de nuestra era, las ciudades del Bajo Éufrates mantenían relaciones de intercambio con tierras extremadamente lejanas. La inducción podría parecer buena o frágil. Cualquier juicio que se haga sobre ella es de manera innegable una inducción del tipo más clásico; se funda sobre la constatación de un hecho en la que la palabra de otro no interviene en nada. Pero los documentos materiales no son, ni mucho menos, los únicos en poseer este privilegio de poder así ser aprehendidos de primera mano. Así como el sílex tallado en otro tiempo por los artesanos de la Edad de Piedra, un rasgo lingüístico, una norma de derecho incorporada en un texto, un rito fijado mediante un libro de ceremonias o representado en una estela, son realidades que comprendemos por nosotros mismos y que aprovechamos mediante un esfuerzo de inteligencia estrictamente personal. No hay que apelar a ningún otro cerebro humano como intermediario. En absoluto es cierto, por retomar la comparación anterior, que el historiador se vea necesariamente reducido a conocer lo que ocurre en su laboratorio solo por los informes de un extraño. Esto llega únicamente una vez concluido el experimento. Pero, si las circunstancias lo favorecen, el experimento habrá dejado residuos que no le será imposible percibir con sus propios ojos.

Por tanto, es en otros términos, a la vez menos ambiguos y más amplios, que hay que definir las indiscutibles particularidades de la observación histórica.

La primera característica del conocimiento de todos los hechos humanos en el pasado y de la mayor parte de ellos en el presente es, según la feliz expresión de François Simiand, un conocimiento a través de huellas. Ya se trate de las osamentas emparedadas en las murallas de Siria, de una palabra cuya forma o empleo revele una costumbre, del relato escrito por el testigo de una escena antigua o reciente, ¿qué entendemos por documenta sino “huella”, es decir, la marca, perceptible por los sentidos, que ha dejado un fenómeno que es en sí mismo imposible de aprehender? Poco importa que el

objeto original sea por naturaleza inaccesible a la sensación, como el átomo, cuya trayectoria se ha hecho visible en el tubo de Crookes; o si solo han llegado a serlo hoy por el efecto del tiempo, como el helecho, descompuesto desde hace milenios, cuya impresión subsiste en el bloque de hulla; al igual que las solemnidades, caídas en desuso, que vemos pintadas y comentadas sobre las paredes de los templos egipcios. En los dos casos, el procedimiento de reconstitución es el mismo y todas las ciencias ofrecen de ello múltiples ejemplos.

Pero, del hecho de que un gran número de investigadores de todas las categorías se vean así obligados a captar ciertos fenómenos centrales únicamente a través de otros fenómenos derivados, no significa ni mucho menos que entre ellos se dé una perfecta igualdad de medios. Puede ocurrir que, como el físico, tengan el poder de provocar ellos mismos la aparición de esas huellas. Al contrario, puede suceder que tengan que conformarse con esperarlo al capricho de fuerzas sobre las cuales no poseen la menor influencia. En un caso o en el otro, su posición será, con toda evidencia, extremadamente diferente. ¿Y si se trata de los observadores de los hechos humanos? Aquí, las cuestiones de fecha recuperan sus derechos.

Parece evidente que todos los hechos humanos un poco complejos escapan a la posibilidad de una reproducción o una orientación voluntaria, y más adelante volveremos sobre ello. Ciertamente, desde las más elementales medidas de sensación hasta los textos más refinados de la inteligencia o la emotividad, existe una experimentación psicológica. Pero, en definitiva, solo se aplica al individuo. La psicología colectiva se resiste casi por completo a ello. Difícilmente podría —ni se atrevería, suponiendo que pudiera— suscitar de forma deliberada pánico o una expresión de entusiasmo religioso. Sin embargo, cuando los fenómenos estudiados pertenecen al presente o a un pasado muy próximo, el observador —por muy incapaz que sea de forzarlos a repetirse o de influir en su desarrollo— no está igualmente desarmado frente a sus huellas. Puede, literalmente, llamar a la existencia a algunos de ellos. Estos son los informes de los testigos.

El 5 de diciembre de 1805, la experiencia de Austerlitz no tenía más posibilidades de repetirse que hoy. ¿Qué había hecho en la batalla tal o cual regimiento? A Napoleón, si hubiese querido informarse sobre ello algunas horas después del cese del fuego, dos palabras le habrían bastado para que uno de los oficiales le entregara un informe. ¿Acaso ninguna relación de tal tipo, pública o privada, se ha establecido nunca? ¿Aquellas que han sido escritas se han perdido? Por más que nosotros nos planteemos a su vez la misma pregunta, correrá el riesgo de quedarse eternamente sin respuesta, junto con muchas otras mucho más importantes. ¿Qué historiador no ha soñado nunca con poder, como Ulises, alimentar las sombras con sangre para interrogarlas? Pero los milagros de la necuia ya no se estilan y no tenemos más máquina del tiempo que la que funciona en nuestra cabeza, con los materiales proporcionados por las generaciones pasadas.

Sin duda, tampoco hay que exagerar los privilegios del estudio del presente. Imaginemos que todos los oficiales, que todos los hombres del regimiento han muerto; o, de modo más sencillo, que entre los supervivientes no se haya encontrado ninguno cuya memoria, cuya capacidad de atención, fueran dignas de crédito. Napoleón no hubiera estado en una posición más favorable que la nuestra. Cualquiera que haya participado, en el papel más humilde, en cualquier gran acción, lo sabe muy bien; ocurre que un episodio a veces capital es imposible precisarlo al cabo de unas pocas horas. Cabe añadir que no todas las huellas se prestan con la misma docilidad a esta evocación retardada. Si las aduanas hubieran descuidado el registro diario, en noviembre de 1942, de la entrada y salida de las mercancías, no hubiera tenido prácticamente ningún medio, en diciembre, de apreciar el comercio exterior del mes precedente. En una palabra, entre la investigación sobre lo lejano y la investigación sobre lo más próximo, la diferencia es, una vez más, únicamente de grado. No alcanza el fondo de los métodos. No es por ello menos importante, y conviene extraer las consecuencias de ello.

El pasado es, por definición, algo dado que ya nada modificará. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en progreso, que incesantemente se transforma y se perfecciona. A quien dude de ello, bastará con recordarle lo que, después de un siglo más o

menos, está ocurriendo ante nuestros ojos. Zonas inmensas de la humanidad han salido de las tinieblas. Egipto o Caldea han sacudido sus sudarios. Las ciudades muertas de Asia Central han revelado sus lenguas, que nadie sabía ya hablar, y sus religiones extinguidas hace mucho tiempo. Toda una civilización ignorada acaba de levantarse de la tumba a orillas del Indo. Esto no es todo, pues el ingenio de los investigadores para rebuscar con más ahínco en las bibliotecas, para abrir nuevas zanjas en los viejos suelos, no sirve por sí solo, ni quizá de la forma más eficaz, para enriquecer el panorama de los tiempos consumados. También han surgido métodos de investigación hasta ahora desconocidos. Sabemos mejor que nuestros predecesores cómo inquirir a las lenguas sobre las costumbres, a las herramientas sobre el trabajador. Sobre todo, hemos aprendido a profundizar en el análisis de los hechos sociales. El estudio de las creencias y ritos populares apenas está desarrollando sus primeras perspectivas. La historia de la economía, de la que Cournot, enumerando los diversos aspectos de la investigación histórica, ni siquiera concebía la idea, solo ha comenzado a cobrar forma. Todo esto es cierto. Todo ello nos permite albergar las mayores esperanzas. Aunque no esperanzas ilimitadas. Se nos niega esa sensación de progreso verdaderamente indefinido que nos da una ciencia como la química, capaz incluso de crear su propio objeto. Ello es porque los exploradores del pasado no son del todo hombres libres. El pasado es su tirano. No les permite conocer cualquier cosa de él que él mismo no les haya proporcionado, deliberadamente o no. Nunca podremos establecer una estadística de los precios en la época merovingia, ya que ningún documento ha registrado estos precios en un número suficiente. Nunca podremos penetrar en la mentalidad de los hombres del siglo XI europeo, por ejemplo, como podemos hacerlo en la de los contemporáneos de Pascal o de Voltaire. Porque de ellos no conservamos ni cartas privadas ni confesiones; porque únicamente contamos con malas biografías de estilo convencional. A causa de esta laguna, toda una parte de nuestra historia tiene necesariamente la apariencia, un poco exangüe, de un mundo sin individuos. Pero no nos lamentemos demasiado. En esta estrecha sumisión a un destino inflexible no estamos —nosotros, pobres adeptos a menudo burlados por las jóvenes ciencias humanas— peor posicionados que muchos de nuestros colegas, consagrados a disciplinas más viejas y más seguras de sí mismas. Tal es la suerte

común a todos los estudios cuya misión consiste en escrutar los fenómenos pasados —y el prehistoriador no es, a falta de escritos, más incapaz de restituir las liturgias de la Edad de Piedra que el paleontólogo, supongamos, las glándulas de secreción interna del plesiosaurio, del que solo queda el esqueleto—. Siempre es desagradable decir “no lo sé”, “no puedo saberlo”. Ello solo puede decirse una vez que se ha buscado enérgica y desesperadamente. Pero hay momentos en que el más imperioso deber del erudito es, tras haberlo intentado todo, el de resignarse a la ignorancia y el de reconocerla honestamente.

II. Los testimonios

"Heródoto de Turios expone aquí sus investigaciones, a fin de que los hechos de los hombres no se olviden con el tiempo y que las grandes y maravillosas acciones, llevadas a cabo por los griegos o por los bárbaros, no pierdan nada de su resplandor". Así comienza el más antiguo libro de historia que ha llegado hasta nosotros, exceptuando los fragmentos, en el mundo occidental. A su lado, pongamos, por ejemplo, una de esas guías de viaje al más allá que los egipcios, en la época de los faraones, introducían en las tumbas. Tendremos, frente a frente, los prototipos mismos de las dos grandes clases en las que se divide la enorme cantidad, inmensamente variada, de documentos que el pasado ha puesto a disposición del historiador. Los testimonios del primer grupo son voluntarios. Los otros, no.

Cuando para informarnos leemos a Heródoto o a Froissart, las Memorias del mariscal Joffre o los comunicados totalmente contradictorios que dan los periódicos alemanes y británicos en nuestros días sobre el ataque a un convoy en el Mediterráneo, ¿qué estamos haciendo sino atenernos exactamente a lo que los autores de esos escritos esperaban de nosotros? En cambio, las palabras de los papiros de los muertos solo estaban destinadas a ser recitadas por el alma en peligro y a ser escuchadas únicamente por los dioses; el hombre de los palafitos que arrojaba sus restos de comida en el lago contiguo donde ahora los remueve el arqueólogo solo quería librar a la cabaña de su suciedad; la bula de exención pontificia se guardaba con tanto cuidado en los cofres del monasterio únicamente para, llegado el momento, blandirla ante los ojos de un obispo importuno. En todas estas atenciones, la preocupación por instruir la opinión, ya fuera la de los contemporáneos o la de los historiadores futuros, no tenía ningún lugar; y cuando el medievalista hojea en los archivos, en el año de gracia de 1942, la correspondencia comercial de los Cedamos de Lucca, comete una indiscreción que los Cedamos de nuestros días, si se tomase las

mismas libertades con sus cartas copiadas, calificarían con dureza.

Sin embargo, las fuentes narrativas —por emplear de forma un poco barroca la expresión consagrada—, es decir, los relatos deliberadamente dedicados a informar a los lectores, no han dejado seguramente de prestar una ayuda preciosa al investigador. Entre otras ventajas, son, por lo general, las únicas en proporcionar un marco cronológico mínimamente ordenado. ¿Qué no daría el prehistoriador —o el historiador de la India— por tener un Heródoto? Sin duda alguna es en la segunda categoría de testimonios, en los testigos involuntarios, que la investigación histórica, en el curso de sus progresos, se ha visto llevada a depositar su confianza cada vez más. Comparemos la historia romana tal como la escribía Rollin o incluso Niebuhr con la que muestra cualquier compendio de nuestros días. La primera obtenía de Tito Livio, Suetonio o Floro lo más claro de su esencia; la segunda se construye, en gran parte, a partir de inscripciones, de papiros o de monedas. Partes enteras del pasado solo han podido reconstituirse así: toda la prehistoria, casi toda la historia económica, casi toda la historia de las estructuras sociales. Aun en el presente, ¿quién no preferiría, en vez de los periódicos de 1938 o 1939, tener en sus manos algunos documentos secretos de las cancillerías, algunos informes confidenciales de los mandos militares?

No es que los documentos de este tipo estén más exentos de errores o de mentiras que otros. Ni faltan las falsas bulas, ni todos los informes de los embajadores o todas las cartas comerciales dicen la verdad. Pero la distorsión aquí, suponiendo que exista, al menos no fue concebida expresamente para la posteridad. Sobre todo, esos indicios que, sin premeditación, el pasado deja caer en su camino, no solo nos permiten sustituir los relatos cuando estos faltan, o comprobarlos, si se sospecha de su veracidad. Apartan de nuestros estudios un peligro más mortal que la ignorancia o la inexactitud: el de una esclerosis irremediable. Efectivamente, sin su ayuda, ¿no veríamos inevitablemente al historiador, cada vez que estudia las generaciones desaparecidas, convertirse inmediatamente en prisionero de los prejuicios, de las falsas cautelas, de la miopía que

sufría la visión de estas generaciones? Por ejemplo, el medievalista que da poca importancia al movimiento comunal, bajo el pretexto de que los escritores de la Edad Media tienen dificultades para mantener a su público, o de despreciar los grandes impulsos de la vida religiosa por la sencilla razón de que ocupan, en la literatura narrativa de la época, un lugar mucho menor que las guerras de los barones; la historia, en definitiva —por retomar una antítesis querida por Michelet—, ha dejado de ser la exploradora cada vez más audaz de las épocas pasadas para convertirse en la alumna eterna e inmóvil de sus "crónicas".

De igual modo, hasta en los testimonios más decididamente voluntarios, lo que el texto nos dice expresamente ha dejado de ser hoy el objeto preferente de nuestra atención. Se suele dar mucha más importancia a lo que nos da a entender, sin haber querido decirlo. En Saint-Simon, ¿qué es lo más instructivo que descubrimos? ¿Sus noticias, a menudo contradictorias, sobre los sucesos del reinado? ¿O la luz sorprendente que las Memorias arrojan sobre la mentalidad de un gran señor de la corte del Rey Sol? Entre las vidas de santos de la Alta Edad Media, al menos tres cuartas partes son incapaces de enseñarnos nada sólido sobre los píos personajes cuyo destino pretenden rememorar. Al contrario, si las examinamos a la luz de las formas particulares de vivir o de pensar de las épocas en las que fueron escritas —todas ellas cosas que la hagiografía no tenía el mínimo deseo de exponer—, las hallaremos de un valor inestimable. En nuestra inevitable subordinación al pasado, al menos nos hemos liberado en este aspecto: condenados siempre a conocerlo exclusivamente por sus huellas, logramos sin embargo saber sobre él mucho más de lo que él hubiera creído suficiente hacernos conocer. Es, bien visto, una gran revancha de la inteligencia sobre lo dado.

Pero desde el momento en que ya no nos resignamos a registrar pura y simplemente las declaraciones de nuestros testigos, desde el momento en que nos proponemos forzarles a hablar, incluso contra su voluntad, se impone más que nunca la exigencia de un cuestionario. Tal es, en efecto, la primera necesidad de toda investigación histórica bien conducida.

Muchas personas, e incluso al parecer ciertos autores de manuales, se hacen una idea del desarrollo de nuestro trabajo sorprendentemente cándida. Al comienzo, dirían ellos de buen grado, están los documentos. El historiador los reúne, los lee, trata de sopesar su autenticidad y veracidad. Tras lo cual, y solo después, se pone a trabajar con ellos. Tan solo hay un error: el historiador nunca procede así. Incluso cuando se imagina hacerlo.

Ya que los textos, o los documentos históricos, sean los más claros en apariencia y los más complacientes, solo hablan cuando se sabe interrogarlos. Antes de Boucher de Perthes, los sílex abundaban, como hoy, en el aluvión del Somme. Pero faltaba el interrogador y no había prehistoria. Como viejo medievalista, confieso que no conozco una lectura más atrayente que la de un cartulario. Esto es porque sé más o menos lo que hay que preguntarle. En cambio, una colección de inscripciones romanas me dice poco. Sé más o menos leerlas, pero no cómo trabajar con ellas. En otras palabras, toda investigación histórica presupone, desde sus primeros pasos, que la investigación tenga ya una dirección. En el principio, está la inteligencia. Nunca, en ninguna ciencia, la observación pasiva ha producido nada fructífero. Suponiendo, además, que esto sea posible.

En efecto, no nos llevemos a engaño. A veces, sin duda, el cuestionario sigue siendo puramente instintivo. Sin embargo, ahí está. Sin que el investigador sea consciente de ellos, los artículos le son dictados por las afirmaciones o dudas que sus experiencias anteriores han inscrito oscuramente en su cerebro, por la tradición, por el sentido común, es decir, demasiado a menudo por los prejuicios comunes. Uno nunca es tan receptivo como cree. El peor consejo que puede darse a un principiante es el de esperar, en una actitud de aparente sumisión, la inspiración del documento. Por ello, más de una investigación bienintencionada se ha visto abocada al fracaso o a la insignificancia.

Naturalmente, es necesario que esta elección razonada de las preguntas sea extremadamente flexible, susceptible de acoger una multitud de artículos nuevos en su transcurso, abierta a todas las sorpresas, para que pueda, desde el principio, servir de imán para las limaduras del documento. Del itinerario que establece al inicio,

el explorador sabe de antemano que no lo seguirá punto por punto. Sin embargo, si no lo hiciera, correría el riesgo de errar eternamente a la aventura.

La diversidad de testimonios históricos es casi infinita. Todo lo que el ser humano dice o escribe, todo lo que fabrica, todo lo que toca, puede y debe informarnos sobre él. Es curioso constatar hasta qué punto las personas ajenas a nuestro trabajo evalúan imperfectamente el alcance de estas posibilidades. Es porque siguen aferrándose a una idea anticuada de nuestra ciencia: la de un tiempo en la que solo se sabían leer los testimonios voluntarios. Reprochando a la "historia tradicional" haber dejado en la sombra "fenómenos considerables" y, sin embargo, "con mayores consecuencias, más capaces de modificar la vida cotidiana que todos los acontecimientos políticos", Paul Valéry ponía como ejemplo "la conquista de la tierra" por la electricidad. Algo por lo que merece ser aplaudido. Por desgracia, es demasiado cierto que este inmenso tema aún no ha dado lugar a ningún trabajo serio. Pero cuando, llevado en cierto modo por el propio exceso de su severidad para justificar la falta que acaba de denunciar, Paul Valéry añade que dichos fenómenos "escapan" necesariamente al historiador —ya que, prosigue, "ningún documento los menciona expresamente"—, esta vez la acusación, pasando del erudito a la ciencia, se equivoca de dirección. ¿Quién creerá que las empresas de electricidad no tienen sus archivos, sus registros de consumo, sus mapas de extensión de las redes? Los historiadores, puede decirse, han descuidado hasta ahora examinar estos documentos. Y sin duda se equivocan: a menos, sin embargo, que la responsabilidad recaiga en los guardianes tal vez demasiado celosos de tantos bellos tesoros. Tengamos, por tanto, paciencia. La historia todavía no es lo que debería ser. Esto no es una razón para hacer cargar a la historia tal como puede escribirse con el peso de errores que solo pertenecen a la historia mal entendida.

De este carácter maravillosamente dispar de nuestros materiales surge, sin embargo, una dificultad: en realidad bastante grave como para contarse entre las tres o cuatro grandes paradojas del oficio de historiador.

Sería muy ilusorio imaginar que cada problema histórico se sirve de un único tipo de documentos, especializado en este uso. Al contrario, cuanto más se esfuerza la investigación por alcanzar los hechos profundos, menos le está permitido esperar otra luz que la de los rayos convergentes de testimonios muy diversos en su naturaleza. ¿Qué historiador de las religiones se contentaría con compulsar tratados de teología o colecciones de himnos? Lo sabe bien: acerca de las creencias y las sensibilidades muertas, las imágenes pintadas o esculpidas en las paredes de los santuarios, la disposición y el mobiliario de las tumbas, tienen al menos tanto que decirle como muchos escritos. Tanto como del escrutinio de crónicas o cartas, nuestro conocimiento de las invasiones germánicas depende de la arqueología funeraria y del estudio de la toponimia. A medida que nos acercamos a nuestra época, estas exigencias se vuelven sin duda diferentes. No por ello se vuelven menos imperiosas. Para comprender las sociedades actuales, ¿creeremos que basta con sumergirse en la lectura de los debates parlamentarios o de los documentos de cancillería? ¿No hay también que saber interpretar un balance bancario, texto, para el profano, mucho más hermético que muchos jeroglíficos? La historia de una época en la que reina la máquina, ¿aceptará que se ignore cómo se han construido y se han transformado las máquinas?

Ahora bien, si casi cualquier problema humano importante apela así al manejo de testimonios de tipos opuestos, es al contrario completamente necesario que las técnicas de estudio se distingan por el tipo de testimonio. El aprendizaje de cada una de ellas es largo; su plena adquisición requiere de una práctica aún más prolongada y casi constante. Un reducido número de investigadores pueden, por ejemplo, presumir de estar igualmente bien preparados para leer e interpretar una carta medieval; para interpretar correctamente los topónimos —que son, ante todo, hechos de lenguaje—; para datar sin error los vestigios del hábitat prehistórico, celta, galorromano; para analizar las asociaciones vegetales de un prado, una tierra baldía y una landa. Pero sin todo ello, ¿cómo pretender describir la historia de la ocupación del suelo? Pocas ciencias, creo yo, se ven obligadas a usar simultáneamente tantas herramientas diferentes. Es porque los hechos humanos son de los más complejos; es porque el hombre se sitúa en el extremo de la naturaleza.

Es bueno y es indispensable, a mi modo de ver, que el historiador posea al menos una noción del conjunto de las principales técnicas de su oficio, aunque solo sea para medir anticipadamente la fuerza de la herramienta y las dificultades de su manejo. La lista de las "disciplinas auxiliares" cuya enseñanza proponemos a nuestros estudiantes es demasiado corta. Hombres que, la mitad del tiempo, solo podrán alcanzar el objeto de su estudio a través de las palabras, ¿por qué absurdo paralogismo se les permite ignorar, entre otras lagunas, las adquisiciones fundamentales de la lingüística?

No obstante, ante cualquier variedad de conocimientos que se quiera prestar a los investigadores mejor pertrechados, estos se toparán siempre, y por lo general muy rápido, con sus límites. No existe otro remedio que el de sustituir la multiplicidad de competencias en un mismo hombre por una alianza de técnicas practicadas por estudiosos diferentes, pero dirigidas todas a la elucidación de un tema único. Este método supone la aceptación del trabajo por equipos. Exige también la definición previa, por común acuerdo, de algunos grandes problemas dominantes. Estos son logros de los que nos encontramos aún demasiado lejos. Sin embargo dirigirán en gran medida y sin duda alguna el futuro de nuestra ciencia.

III. La transmisión de los testimonios

Reunir los documentos que considera necesarios es una de las tareas más difíciles del historiador. No podría conseguirlo sin la ayuda de diversas guías: inventarios de archivos o bibliotecas, catálogos de museos, repertorios bibliográficos de toda índole. A veces vemos a insolentes pedantes sorprenderse del tiempo que sacrifican algunos eruditos en componer obras semejantes y todos los investigadores en conocer su existencia y manejo. Es como si, gracias a las horas así dedicadas a tareas que, aunque sin dejar de tener un cierto atractivo oculto, carecen de un brillo novelesco, no se evitara finalmente el más espantoso derroche de energía. Apasionado, con toda razón, por la historia del culto de los santos, supongamos que ignoro la Bibliotheca Hagiographica Latina de los padres bolandistas: resulta difícil imaginar, si uno no es especialista, la cantidad de esfuerzos estúpidamente inútiles que me costaría esta laguna para mi equipo. En realidad, lo que hay que lamentar no es que podamos tener en nuestras bibliotecas una cantidad considerable de estos instrumentos —cuya enumeración, tema por tema, pertenece a los libros especiales de orientación—, sino que no sean todavía lo suficientemente numerosos, sobre todo para las épocas menos alejadas de la nuestra; que su establecimiento, en Francia sobre todo, solo obedezca por excepción a un plan de conjunto racionalmente concebido; que su actualización quede a merced demasiado a menudo del capricho de los individuos o de la parsimonia mal informada de algunas editoriales. El primer tomo de las admirables Fuentes de la Historia de Francia, que debemos a Émile Molinier[10], no ha sido reeditado desde su primera publicación, en 1901. Este simple hecho merece una acusación. La herramienta, ciertamente, no hace la ciencia. Pero una sociedad que dice respetar las ciencias no debería desinteresarse por sus herramientas. Sin duda, también por ello sería prudente no remitirse a los cuerpos académicos, cuyo reclutamiento, favorable a la preeminencia de la edad y propicio a los buenos discípulos, no predispone precisamente al espíritu emprendedor. Nuestra Escuela

Militar y nuestros Estados Mayores no son los únicos, entre nosotros, en haber conservado en los tiempos del automóvil la mentalidad del carro de bueyes.

Sin embargo, por muy bien hechos y abundantes que puedan ser estos hitos, serían de poca ayuda para un investigador que no tuviera una idea previa del terreno a explorar. A pesar de lo que a veces parecen imaginarse los principiantes, los documentos no surgen, aquí o allá, por efecto de no sé qué misterioso decreto de los dioses. Su presencia o ausencia en tal o cual fondo de archivos o biblioteca, en tal tierra, obedecen a causas humanas que en absoluto escapan al análisis, y los problemas que plantea su transmisión, lejos de tener únicamente el mero alcance de ejercicios técnicos, atañen a lo más íntimo de la vida del pasado, ya que lo que está en juego es nada menos que el paso del recuerdo a través de las generaciones. En la cabecera de las obras históricas de carácter serio, el autor coloca generalmente una lista de signaturas de archivos que ha compulsado, de los legajos que ha usado. Todo esto está muy bien. Pero no es suficiente. Todo libro de historia, digno de tal nombre, debería constar de un capítulo —o si se prefiere, insertar en los puntos de inflexión de su desarrollo, una serie de párrafos— que más o menos podría titularse: "¿Cómo he podido saber lo que voy a decir?". Estoy persuadido de que, al tener conocimiento de estas confesiones, incluso los lectores que no son del oficio experimentarían un verdadero placer intelectual. El espectáculo de la investigación, con sus logros y fracasos, es rara vez aburrido. Es el "todo hecho" lo que extiende la rigidez y el tedio.

A veces recibo la visita de investigadores que desean escribir la historia de su pueblo. Normalmente, les hago las siguientes observaciones, que simplifico ligeramente, a fin de evitar los detalles eruditos que estarían aquí fuera de lugar. "Las comunidades campesinas solo poseyeron archivos rara y tardíamente. Los señoríos, al contrario, siendo empresas relativamente bien organizadas y dotadas de continuidad, han conservado desde fecha temprana sus archivos. Para todo el periodo anterior a 1789, y especialmente para las épocas más antiguas, los principales documentos de los que cabe esperar servirse serán por tanto de procedencia señorial. De lo que a su vez resulta que la primera

pregunta que habrá que responder y de la que casi todo dependerá será esta: en 1789, ¿quién era el señor del pueblo? —de hecho, la existencia simultánea de varios señores, entre los cuales se había repartido el pueblo, no es en absoluto inverosímil; pero, por abreviar, dejaremos de lado esta suposición—. Tres posibilidades son concebibles. El señorío puede haber pertenecido a una iglesia; a un laico que, bajo la Revolución, emigró; a un laico nuevamente, pero que al contrario nunca llegó a emigrar. El primer caso es, con diferencia, el más favorable. El archivo no solo tiene la suerte de haber sido mejor conservado y durante más tiempo. Es cierto que fue confiscado, a partir de 1790, igual que las tierras, por aplicación de la Constitución Civil del Clero. Trasladado entonces a algún archivo público, puede razonablemente esperarse que continúe figurando a día de hoy, más o menos intacto, a disposición de los estudiosos. La hipótesis del emigrado también es bastante propicia. Aquí también el archivo ha debido ser incautado y transferido; como mucho, el riesgo de una destrucción voluntaria, como vestigio de un régimen injuriado, parece ser algo más temible. Queda la última posibilidad, que sería con mucho la peor. Los ci-devant[11], en efecto, desde el momento que no abandonaban Francia ni sufrían el efecto de las leyes de Salvación Pública, no eran desposeídos de sus bienes. Perdían, sin duda, sus derechos señoriales, porque estos habían sido universalmente abolidos. Conservaron la totalidad de sus bienes personales; por consiguiente, sus archivos. Si, por tanto, nunca hubiesen sido reclamados por el Estado, los documentos que buscamos habrían simplemente padecido la suerte común, durante los siglos XIX y XX, de todos los archivos familiares. Suponiendo que no se hayan extraviado, que hayan sido comidos por las ratas, o dispersado, según las ventas y las herencias, en los desvanes de tres o cuatro casas de campo diferentes, nada obliga al propietario actual a comunicarlo".

He citado este ejemplo porque me parece muy típico de las condiciones que muy a menudo determinan y limitan la documentación. No dejará de ser interesante analizar, más detenidamente, sus enseñanzas.

El papel que acabamos de ver que desempeñaban las confiscaciones revolucionarias es el de una deidad a menudo propicia al investigador: la catástrofe. Innumerables municipios romanos se

transformaron en pequeñas e insignificantes ciudades italianas, donde el arqueólogo a duras penas puede encontrar algunos vestigios de la antigüedad; únicamente la erupción del Vesubio ha preservado Pompeya.

Es cierto que no siempre los grandes desastres de la humanidad han servido a la historia. Con montones de manuscritos literarios e historiográficos, los inestimables registros de la burocracia imperial romana naufragaron en la agitación de las invasiones. Ante nuestros ojos, las dos guerras mundiales han destruido los monumentos y archivos de una tierra llena de gloria. Ya nunca podremos hojear las cartas de los viejos comerciantes de Ypres, y he visto quemar, durante la derrota, los libros de órdenes de un ejército.

Sin embargo, a su vez, la apacible continuidad de una vida social sin convulsiones se presta mucho menos de lo que a veces se pensaría a la transmisión del recuerdo. Son las revoluciones las que fuerzan las puertas de las cajas fuertes y obligan a los ministros a huir, sin darles tiempo a quemar sus notas secretas. En los antiguos archivos judiciales, los fondos de quiebras nos ofrecen hoy la documentación de empresas que, si hubiesen podido llevar hasta el final una existencia fructuosa y honorable, habrían destruido sus archivos. Gracias a la admirable permanencia de las instituciones monásticas, la abadía de Saint-Denis conservaba todavía, en 1789, los diplomas que, más de mil años antes, les habían concedido los reyes merovingios. Pero es en los Archivos Nacionales donde hoy los leemos. Si la comunidad de los monjes dionisianos hubiese sobrevivido a la Revolución, ¿es seguro que nos hubiese permitido ojear en sus cofres? Como tampoco, tal vez, la Compañía de Jesús, que no permite acceder al profano a sus colecciones, a causa de lo cual tantos problemas de la historia moderna permanecerán por siempre desesperadamente oscuros, o que la Banca de Francia, que no invita a los especialistas en el Primer Imperio a cotejar sus registros, incluso los más polvorientos. Hasta tal punto la mentalidad del iniciado es inherente a todas las corporaciones. Es aquí donde el historiador del presente se encuentra claramente en desventaja: se ve casi totalmente privado de estas confidencias involuntarias. Como compensación, es cierto, cuenta con las indiscreciones que le susurran al oído sus amigos. La información, por desgracia, se distingue mal de los chismes. Un buen cataclismo

nos vendría a menudo mucho mejor.

Así seguirá siendo al menos hasta que las sociedades, renunciando a dejar esta responsabilidad en manos de sus propias tragedias, acepten finalmente organizar racionalmente, con su memoria, su conocimiento acerca de ellas mismas. Solo lo lograrán atacando frontalmente los dos principios responsables del olvido y de la ignorancia: la negligencia, que extravía los documentos; y, aún más peligroso, la pasión por el secreto —secreto diplomático, secreto de negocios, secreto familiar—, que los esconde o los destruye. Es normal que el notario tenga el deber de no revelar las operaciones de su cliente. Pero que le esté permitido envolver en un misterio tan impenetrable los contratos de los clientes de su bisabuelo —mientras que, por otro lado, nada impide realmente que estos documentos se conviertan en polvo—, muestra hasta qué punto nuestras leyes están anquilosadas. En cuanto a los motivos que llevan a la mayor parte de las empresas a negarse a hacer públicas las estadísticas más indispensables para una buena gestión de la economía nacional, raras veces son dignos de respeto. Nuestra civilización habrá llevado a cabo un inmenso progreso el día en que la disimulación erigida como método de acción y casi como virtud burguesa ceda el lugar al gusto por la información: es decir, necesariamente por los intercambios de información.

Volvamos, sin embargo, a nuestro pueblo. Las circunstancias que, en este caso, preciso, determinan la pérdida o la conservación, la accesibilidad o inaccesibilidad a testimonios que tienen su origen en fuerzas históricas de carácter general. Estas no presentan ningún rasgo que no sea perfectamente inteligible, pero no tienen ningún tipo de relación lógica con el objeto de la investigación, cuyo resultado, sin embargo, depende de ellas. Ya que evidentemente no se ve por qué el estudio de una pequeña comunidad rural, en la Edad Media, sería más o menos instructivo en función de que su señor del momento, algunos siglos después, decidiera o no acudir a las reuniones de Coblenza[12].

Nada es más frecuente que esta discordancia. Si nosotros conocemos el Egipto romano infinitamente mejor que la Galia, no es porque profesemos un interés más vivo por los egipcios que por los

galorromanos: la sequedad, los desiertos de arena y los ritos funerarios de momificación han preservado allí los escritos que el clima de Occidente y sus usos abocaban a una rápida destrucción. Por lo general, no hay nada en común entre las causas que hacen que la búsqueda de documentos tenga éxito o no y los motivos que hacen que estos documentos sean deseables para nosotros: tal es el elemento irracional, imposible de eliminar, que da a nuestra investigación un poco de esa tragedia interior en la que tantas obras del espíritu encuentran quizás, con sus limitaciones, una de las razones secretas de su destrucción. Todavía, en el ejemplo citado, la suerte de los documentos, pueblo por pueblo, se vuelve más o menos previsible una vez conocido el hecho crucial. No siempre es el caso. En el resultado final confluyen a veces tantas cadenas causales completamente independientes las unas de las otras que toda previsión resulta impracticable. Sé que cuatro incendios sucesivos, tras un saqueo, devastaron los archivos de la antigua abadía de Saint-Benoît-sur-Loire. ¿Cómo, al tratar estos fondos, podría adivinar de antemano qué tipos de documentos se habrían salvado de dichos estragos? Lo que llamamos migración de manuscritos ofrece un tema de estudio del más alto interés. El paso de una obra literaria por las bibliotecas, la realización de las copias, el cuidado o la negligencia de bibliotecarios y copistas, son también otros aspectos en los que se expresan, de la manera más viva, las vicisitudes de la cultura y la dinámica variable de sus grandes corrientes. Pero ¿el erudito mejor informado habría podido anunciar, antes de su descubrimiento, que el único manuscrito de la Germania de Tácito había ido a parar, en el siglo XVI, al monasterio de Hersfeld? En definitiva, hay en el fondo de cada búsqueda documental un residuo de lo inopinado y, por consiguiente, de lo arriesgado. Un investigador, del que tengo razones suficientes para decir que lo conozco, me contó que en Dunkerque, mientras esperaba, sin mostrar demasiada impaciencia, en la costa bombardeada, un embarque incierto, uno de sus compañeros le dijo, con expresión de asombro: “Es curioso, ¡no pareces detestar la aventura!”. Mi amigo habría podido responder, a pesar del prejuicio común, que el hábito de la investigación no es en absoluto desfavorable a una aceptación bastante natural de una apuesta con el destino.

Nos preguntábamos anteriormente si existía una oposición de

técnicas entre el conocimiento del pasado humano y el del presente. Acabamos de dar la respuesta. Es cierto que el explorador de lo actual y el de las épocas lejanas tienen cada uno de ellos su manera particular de manejar las herramientas. Cada uno también, según el caso, posee sus ventajas. El primero tiene un contacto con la vida de un modo más inmediatamente sensible; el segundo, tiene a su disposición medios en sus investigaciones que suelen negársele al primero. Así, la disección del cadáver, que descubre al biólogo muchos secretos que el estudio de la vida le habría hecho olvidar, calla sobre otros muchos, que solo el cuerpo vivo puede revelar. Pero, cualquiera sea la época de la humanidad a la que se dirija el investigador, los métodos de observación, que se basan casi de manera uniforme en huellas, son fundamentalmente los mismos. Lo mismo ocurre, como veremos, con las reglas críticas a las que la observación debe obedecer para resultar fructífera.

Capítulo III

La crítica

I. Esbozo de una historia del método crítico

Hasta los policías más ingenuos saben que no se debe creer necesariamente en la palabra de los testigos. Por lo demás, no siempre se extrae de este conocimiento teórico el provecho que se debería. De la misma manera, hace mucho tiempo que hemos resuelto no aceptar ciegamente todos los testimonios históricos. Nos lo ha enseñado una experiencia casi tan vieja como la humanidad: más de un texto se presenta como de otra época o de otra procedencia de la que le corresponde realmente; no todos los relatos son verídicos y las huellas materiales también pueden falsificarse. En la Edad Media, ante la abundancia de las falsificaciones, la duda fue a menudo un reflejo natural de defensa. “Con la tinta, cualquiera puede escribir cualquier cosa”, se lamentaba en el siglo XI un hidalgo lorenés, en un pleito contra unos monjes que se armaron de pruebas documentales contra él. La Donación de Constantino —esta sorprendente elucubración que un clérigo romano del siglo VIII atribuyó al primer César cristiano— fue, tres siglos más tarde, impugnada por el círculo del muy piadoso emperador Otón III. Las falsas reliquias han sido perseguidas casi desde que existen las reliquias.

Sin embargo, el escepticismo por principio no es una actitud intelectual más estimable ni más fructífera que la credulidad, con la que tan bien se combina en muchas mentes un poco simples. Conocí, en la anterior guerra, a un veterinario bonachón que, no sin cierta apariencia de razón, rechazaba sistemáticamente dar crédito a cualquier noticia de los periódicos. Pero si un compañero ocasional le contaba las más increíbles patrañas, este hombre las creía a pies juntillas.

De la misma manera, la crítica del simple sentido común que durante mucho tiempo fue la única practicada y que seduce aún hoy a ciertos espíritus, no podía llevar muy lejos. ¿Qué es, en realidad, ese pretendido sentido común? Nada más que una combinación de postulados infundados y de experiencias generalizadas apresuradamente. Si hablamos del mundo físico, ha

negado las antípodas. Niega el universo einsteniano. Ha considerado como una fábula el relato de Heródoto en el que contaba que unos navegantes, al dar la vuelta a África, vieron el punto donde el sol se levantaba pasar de su derecha a su izquierda. Si se trata de actos humanos, lo peor es que las observaciones erigidas como algo eterno se toman necesariamente prestadas de un momento muy breve en el tiempo: el nuestro. Aquí reside el principal defecto de la crítica de Voltaire, que por otro lado suele ser tan penetrante. No solo las extravagancias individuales son de todas las épocas; más de un estado de ánimo antes común nos parece extraño, porque ya no lo compartimos. El "sentido común", al parecer, impediría aceptar que el emperador Otón I haya podido suscribir, a favor de los papas, concesiones territoriales inaplicables, que desmentían sus actos previos, y que aquellos que le sucederían no deberían tener en cuenta. Sin embargo, hay que pensar que él no tenía una mentalidad construida enteramente como la nuestra —más precisamente, que existía entre el tiempo de lo escrito y la acción una distancia cuya extensión hoy nos sorprende—, ya que el privilegio es incontestablemente auténtico.

El verdadero progreso se produjo el día en que la duda se convirtió, como decía Volney, en "examinadora"; en otras palabras, cuando las reglas objetivas fueron elaborándose poco a poco, permitiendo establecer, entre la verdad y la mentira, una distinción. El jesuita Papebroch, al cual la lectura de Vidas de los santos le había inspirado una incoercible desconfianza hacia todo el legado de la Alta Edad Media, consideraba falsos todos los diplomas merovingios, conservados en los monasterios. No, le respondió en sustancia Mabillon, es indudable que hay diplomas elaborados a partir de todo tipo de documentos, manipulados o interpolados. Y los hay también auténticos, y he aquí como es posible distinguir los unos de los otros. Ese año —1681, año de la publicación de De re diplomatica, una gran fecha, por cierto, en la historia del espíritu humano— la crítica documental de archivos quedó definitivamente fundada.

Tal fue, por otro lado y de todas maneras, el momento decisivo en la historia del método crítico. El humanismo de la época precedente

había tenido sus veleidades y sus intuiciones. No había ido más lejos. Nada lo caracteriza más que un pasaje de los Ensayos. Montaigne justifica a Tácito por haber informado de los prodigios. Asunto es, dijo, de los teólogos y filósofos discutir las "creencias comunes". Los historiadores solo tienen que "recitarlas" tal y como las fuentes las ofrecen. "Que viertan la historia según la reciben y no tanto según la estimen". En otras palabras, una crítica filosófica, basada en una cierta concepción del orden natural o divino, es perfectamente legítima; y se entiende por lo demás que Montaigne no tenga en cuenta los milagros de Vespasiano, no menos que muchos otros. Pero del examen específicamente histórico de un testimonio en cuanto tal, no concibe visiblemente cómo su práctica sería posible. La doctrina de las investigaciones solo comienza a elaborarse en el transcurso del siglo XVII, al que no siempre se le reconoce como debería su verdadera grandeza, sobre todo, en su segunda mitad.

Los hombres de ese tiempo fueron conscientes de ello. Era un lugar común, entre 1680 y 1690, denunciar como una moda del momento el "pirronismo de la historia". "Se dice", escribe Michel Levassor comentando esta expresión, "que la rectitud del espíritu consiste en no creer a la ligera y en saber dudar en diversas ocasiones". El propio término de crítica, que hasta ese momento solo había designado un juicio de gusto, pasa entonces a tener el sentido casi nuevo de prueba de veracidad. Al principio no se propuso sino excusándose por su utilización. Ya que en "no tiene un absoluto un buen uso" hay que entender que tiene todavía un resabio técnico. Sin embargo, poco a poco se va imponiendo. Bossuet lo mantiene prudentemente a distancia. Cuando habla de "nuestros autores críticos", se adivina el encogimiento de hombros. Pero Richard Simon lo introduce en el título de casi todas sus obras. Precisamente, los más avisados no lo malinterpretan. Lo que este nombre anuncia es el descubrimiento de un método de aplicación casi universal. La crítica, esta "especie de antorcha que nos ilumina y nos conduce por las sendas oscuras de la antigüedad, que nos hace distinguir lo verdadero de lo falso", como expresa Ellies du Pin. Y Bayle más claramente aún: "El señor Simon ha difundido con esta nueva Respuesta diversas reglas de crítica que pueden servir no solo para comprender la Escritura, sino también para leer con provecho otras muchas obras".

Pero confrontemos algunas fechas de nacimiento: Papebroch —que se confundió con las cartas, no tiene por ello menos su lugar en el primer rango, el de los fundadores de la crítica aplicada a la historiografía—, 1628; Mabillon, 1632; Richard Simon —cuyos trabajos dominan en los inicios de la exégesis bíblica—, 1638. Hay que añadir, aparte de la cohorte de eruditos propiamente dichos, al Spinoza —el Spinoza del Tratado teológico-político, esa auténtica obra maestra de la crítica— filológico e histórico: también 1632. En el sentido más preciso del término, es una generación cuyos contornos se dibujan ante nosotros con una increíble claridad. Pero aún hay que precisar más. Es, más exactamente, la generación que vino al mundo en el momento en que apareció el Discurso del método.

Aunque no por ello debamos decir: una generación de cartesianos. Mabillon, por solo hablar de él, era un monje devoto, ortodoxo con simplicidad y que nos ha dejado, como último escrito, un tratado de La muerte cristiana. Es dudoso que haya conocido de cerca la nueva filosofía, entonces tan sospechosa para tantas gentes piadosas; y más dudoso aún es que, de haber tenido algún atisbo de ella, hubiera encontrado muchos temas de aprobación. Por otro lado —a pesar de lo que parezcan sugerir algunas páginas, quizás demasiado celebradas, de Claude Bernard—, las verdades evidentes, de carácter matemático, a las que la duda metódica de Descartes tiene como objetivo abrir el camino, presentan pocos rasgos comunes con las probabilidades cada vez más aproximativas que la crítica histórica, como las ciencias experimentales, se contenta con esclarecer. Pero para que una filosofía impregne toda una época, no es necesario que actúe exactamente según su sentido estricto, ni que la mayor parte de los espíritus sientan sus efectos más que por una especie de ósmosis, a menudo semiconsciente. Como la “ciencia” cartesiana, la crítica del testimonio histórico hace tabla rasa de la creencia. También como la ciencia cartesiana, procede a este implacable derrumbamiento de todas las bases antiguas para alcanzar con ello nuevas certezas —o grandes probabilidades— debidamente probadas. En otros términos, la idea que le inspira supone una inversión casi total de las concepciones antiguas de la duda. Que sus mordeduras parecieran un sufrimiento o que en ellas se encontrase, al contrario, no sé qué noble dulzura, hasta entonces no se había considerado más que como una actitud mental

puramente negativa, como una simple ausencia. Desde entonces se estima que, racionalmente conducida, puede convertirse en un instrumento de conocimiento. Es una idea cuya aparición se sitúa en un momento muy preciso de la historia del pensamiento.

A partir de entonces, las reglas esenciales del método crítico quedaron definitivamente fijadas. Su alcance general fue tan poco ignorado que, en el siglo XVIII, entre los temas más comunes propuestos por la Universidad de París en los concursos de agregación de filosofía[13], vemos figurar este, de un tono curiosamente moderno: “Del testimonio de los hombres sobre los hechos históricos”. Sin ninguna duda, no es que las generaciones posteriores no hayan aportado muchos perfeccionamientos a la herramienta. Pero sobre todo, generalizaron mucho su uso y extendieron considerablemente sus aplicaciones.

Durante mucho tiempo, las técnicas de la crítica fueron practicadas, al menos de una forma continuada, casi exclusivamente por un puñado de eruditos, exégetas y curiosos. Los escritores dedicados a componer obras históricas de cierta envergadura no se preocupaban por familiarizarse con las técnicas de laboratorio, en su opinión demasiado minuciosas, y apenas se esforzaban por dar cuenta de sus resultados. Ahora bien, nunca es bueno, según las palabras de Humboldt, que los químicos teman “mojarse las manos”. Para la historia, el peligro de una escisión semejante entre la preparación y la ejecución es de doble filo. Este atañe primera y cruelmente a los grandes ensayos de interpretación. Estos no solo faltan, por ello, al deber primordial de la veracidad pacientemente buscada; privados, además, de esa perpetua renovación, de esa sorpresa siempre renaciente que la lucha con el documento es la única en procurar, les resulta imposible escapar a una oscilación sin tregua entre algunos temas estereotipados que impone la rutina. Pero el mismo trabajo técnico no se resiente menos. Sin estar ya guiado desde lo alto, corre el peligro de aferrarse para siempre a problemas insignificantes o mal planteados. No hay peor desperdicio que el de la erudición, cuando no llega a ninguna parte, ni soberbia más fuera de lugar que el orgullo de la herramienta que se toma por un fin en sí misma.

Los concienzudos esfuerzos del siglo XIX han luchado valerosamente contra estos peligros. La escuela alemana, Renan, Fustel de Coulanges, restituyeron a la erudición su rango intelectual. El historiador fue reconducido a su mesa de trabajo. ¿Está, sin embargo, la partida ganada? Se necesitaría mucho optimismo para creerlo. Muy a menudo, el trabajo de investigación prosigue a duras penas, sin una elección razonada de sus puntos de aplicación. Sobre todo, la necesidad crítica todavía no ha logrado conquistar plenamente a esas "gentes honestas" —en el viejo sentido del término—, cuya aprobación, necesaria sin duda para la higiene moral de toda ciencia, es particularmente indispensable para la nuestra. Teniendo a los hombres como objeto de estudio, ¿cómo, si los hombres no nos comprenden, no tener el sentimiento de estar cumpliendo solo a medias con nuestra misión?

Tal vez, además, no lo hayamos cumplido, en realidad, a la perfección. El esoterismo huraño en el que a veces los mejores de entre nosotros persisten en encerrarse; la preponderancia del triste manual en nuestra producción de lectura habitual, en el que la obsesión de una enseñanza mal concebida sustituye a la verdadera síntesis; el pudor singular que, tan pronto salidos del taller, parece prohibirnos mostrar ante los ojos de los profanos los nobles tanteos de nuestros métodos: todos estos malos hábitos, nacidos de la acumulación de prejuicios contradictorios, comprometen una causa, sin embargo, hermosa. Conspiran para entregar, sin defensa, a la masa de lectores, los falsos resplandores de una presunta historia, cuya falta de seriedad, lo pintoresco de pacotilla, los prejuicios políticos, creen compensar con una inmodesta seguridad: Maurras, Bainville o Plejánov afirman allí donde Fustel de Coulanges o Pirenne habrían dudado. Entre la investigación histórica, tal y como se hace o aspira a hacerse, y el público que lee, subsiste un malentendido indiscutible. La gran disputa sobre las notas no es el menos significativo de los síntomas para poner de relieve las divertidas equivocaciones en las que incurren ambas partes.

Los márgenes inferiores de las páginas ejercen sobre muchos eruditos una atracción parecida al vértigo. Sin duda, es absurdo rellenar los espacios blancos, como ellos lo hacen, de referencias

bibliográficas que una lista, dispuesta en el encabezamiento del volumen, habría ahorrado en la mayor parte de los casos; o peor todavía, para relegar allí, por pura pereza, los largos desarrollos cuyo lugar estaba marcado en el cuerpo mismo de la exposición: de suerte que es en el sótano donde hay que ir a buscar lo más útil de estas obras. Pero cuando ciertos lectores se quejan de que la más mínima línea, que se encuentra sola al pie del texto, les enturbia el cerebro, cuando ciertos editores afirman que sus compradores, que sin duda son menos hipersensibles en realidad de lo que ellos quieren representar, sufren un martirio a la vista de cualquier hoja así deshonrada, estas personas delicadas no hacen más que demostrar su impermeabilidad a los preceptos más elementales de una moral de la inteligencia. Ya que, fuera de los libres juegos de la fantasía, una afirmación solo tiene el derecho de producirse a condición de poder ser verificada; y para un historiador, si emplea un documento, ha de indicar lo más brevemente posible la procedencia, es decir, el medio de encontrarlo, lo que equivale ni más ni menos que a someterse a una regla universal de probidad. Envenenada de dogmas y de mitos, nuestra opinión, incluso la menos enemiga de la clarificación, ha perdido hasta su gusto por la revisión. El día que, habiendo tenido ante todo cuidado de no rechazarla por una superflua pedantería, hayamos logrado persuadirla de medir el valor de un conocimiento a partir de su presteza para anticiparse a la refutación, las fuerzas de la razón habrán alcanzado una de sus más resplandecientes victorias. Es para prepararla que trabajan nuestras humildes notas, nuestras pequeñas referencias minuciosas de las que se burlan hoy, sin comprenderlas, tantos brillantes espíritus.

Los documentos que manejaban los primeros eruditos eran, muy a menudo, escritos que se presentaban ellos mismos o que se presentaban tradicionalmente como de un autor o un tiempo dados y que contaban deliberadamente tales o cuales acontecimientos. ¿Decían la verdad? ¿Eran los libros calificados de mosaicos realmente de Moisés, y de Clodoveo los diplomas que llevaban su nombre? ¿Qué valor tenían los relatos del Éxodo o los de las Vidas de los santos? Este era el problema. Pero, a medida que la historia se vio llevada a hacer un uso de testimonios involuntarios de

manera cada vez más y más frecuente, dejó de poder limitarse a sopesar las afirmaciones explícitas de los documentos. Fue preciso también extraer de ellos la información que no podían proporcionar.

Ahora bien, las reglas críticas que se habían demostrado útiles en el primer caso, se mostraron igualmente eficaces en el segundo. Tengo ante mí un lote de cartas medievales. Algunas están datadas, otras no. Allí donde figura una indicación, hay que verificarla, ya que la experiencia demuestra que tal vez sea falsa. ¿Y si falta? Es importante restablecerla. En ambos casos los mismos medios servirán. Por la escritura —si se trata de un original—, por el estado de latinidad, por las instituciones a las que hace alusión y el aspecto general del dispositivo, es de suponer que un acta responde a los usos notariales franceses, fácilmente reconocibles, en torno al año mil. Si se da como de época merovingia, nos encontraremos ante el fraude denunciado. ¿Está sin fecha? Queda fijada aproximadamente por los medios anteriores. Del mismo modo el arqueólogo, que se propone clasificar por edades y civilizaciones las herramientas prehistóricas o detectar falsas antigüedades, examina, compara, distingue las formas o los procedimientos de fabricación, según reglas, en ambas partes, fundamentalmente semejantes.

El historiador no es, o lo es cada vez menos, ese juez de instrucción un poco cascarrabias cuya desagradable imagen impondrían, si no tuviéramos cuidado, ciertos manuales introductorios. Sin duda, tampoco se ha convertido en un crédulo. Sabe que sus testigos pueden equivocarse o mentir. Pero, ante todo, se preocupa por hacerlos hablar, por comprenderlos. Uno de los rasgos más hermosos del método crítico es haber conseguido, sin modificar en nada sus primeros principios, continuar guiando la investigación en esta ampliación.

Sin embargo, sería un error negarlo: el testimonio equivocado no solo ha sido el estímulo que ha producido los primeros esfuerzos de una técnica de verdad. Permanece como el caso básico a partir del cual esta, para desarrollar sus análisis, debe necesariamente partir.

II. Persiguiendo la mentira y el error

De todos los venenos posibles capaces de viciar un testimonio, el más virulento es la impostura.

Esta, a su vez, puede adoptar dos formas. En primer lugar, el engaño sobre el autor y la fecha: lo falso en el sentido jurídico del término. No todas las cartas publicadas bajo la firma de María Antonieta fueron escritas por ella; algunas fueron fabricadas en el siglo XIX. Vendida al Louvre como una antigüedad escito-griega del siglo III antes de nuestra era, la conocida como Tiara de Saitafernes había sido cincelada en 1895 en Odesa. A continuación, viene el engaño sobre el fondo. César, en sus Comentarios, cuya paternidad no podría serle discutida, deliberadamente ha deformado mucho, omitido mucho. La estatua que se exhibe en Saint-Denis como representación de Felipe el Atrevido corresponde realmente a la mascarilla mortuoria de este rey, tal y como fue ejecutada tras su muerte; pero todo indica que el escultor se limitó a reproducir un modelo convencional, que solo tiene de retrato el nombre.

Ahora bien, estos dos aspectos de la mentira suscitan problemas muy distintos, cuyas soluciones no dependen la una de la otra.

Indudablemente, la mayor parte de los escritos presentados bajo un nombre supuesto mienten también en el contenido. Los protocolos de los sabios de Sion, además de que no son de los sabios de Sion, no pueden encontrarse en sustancia más alejados de la verdad. Un supuesto diploma de Carlomagno se revela, mediante su examen, como creado dos o tres siglos más tarde. Puede apostarse todo a que las bondades cuyo honor atribuyen al emperador fueron igualmente inventadas. Sin embargo, esto mismo no podría admitirse de antemano. Ya que ciertas actas fueron fabricadas con el único fin de reproducir las disposiciones de documentos completamente auténticos que se habían perdido. Excepcionalmente, una falsificación puede decir la verdad.

Debería ser superfluo recordar que, a la inversa, los testimonios más insospechables en cuanto a su procedencia reconocida no son por ello, necesariamente, testimonios verídicos. Pero antes de aceptar un documento como auténtico, los eruditos se esfuerzan tanto por sopesarlo en sus balanzas, que no siempre tienen después el estoicismo de criticar sus afirmaciones. La duda, en particular, vacila fácilmente ante los escritos que se presentan al abrigo de garantías jurídicas impresionantes: actas de poder o contratos privados, a poco que estos últimos hayan sido solemnemente validados. Ni unos ni otros son sin embargo dignos de mucho respeto. El 21 de abril de 1834, antes del juicio de las sociedades secretas, Thiers escribía al prefecto del Bajo Rin: “Le ruego ponga el mayor cuidado al hacer su entrega de los documentos para el gran proceso que va a instruirse… Lo que es importante esclarecer es la correspondencia de todos los anarquistas; es la íntima conexión entre los acontecimientos de París, Lyon, Estrasburgo; en una palabra, la existencia de un vasto complot que abarca a Francia entera”. He aquí incontestablemente una documentación oficial bien preparada. En cuanto al espejismo de las cartas debidamente selladas, debidamente fechadas, la menor experiencia del presente basta para disiparlo. Nadie lo ignora: las actas notariales más regularmente establecidas abundan en inexactitudes voluntarias, y recuerdo tiempo atrás haber antedatado, por orden, mi firma al pie de un acta ordenada por una de las grandes administraciones del Estado. Nuestros antepasados no eran a este respecto más escrupulosos: “Dado tal día, en tal lugar”, se lee al pie de los diplomas reales. Pero consultemos las cuentas de viaje del soberano. Se verá que más de una vez en tal día y lugar señalados se encontraba, de hecho, a varias leguas de allí. Incontables actas de emancipación de siervos que nadie pensaría, sin estar loco, en aducir como falsas, se afirman como concedidas por pura caridad, cuando podemos suponer que respondían a un afán de libertad.

Pero no basta con constatar el engaño. También hay que descubrir los motivos, aunque solo sea, en primer lugar, para mejor desenmascararlo. Mientras persista alguna duda sobre sus orígenes, seguirá habiendo algo en él que se resista al análisis; en consecuencia, solo se habrá demostrado a medias. Ante todo, una

mentira como tal es a su manera un testimonio. Demostrar, sin más, que el célebre diploma de Carlomagno en favor de la iglesia de Aquisgrán no es auténtico es librarse de un error, no adquirir un conocimiento. ¿Lograremos determinar, en cambio, que la falsificación fue compuesta en el entorno de Federico Barbarroja y que su propósito era servir a las grandes ambiciones imperiales? Una nueva panorámica se abre sobre vastas perspectivas históricas. Vemos, por tanto, la crítica llevada a buscar, tras la impostura, al impostor; es decir, conforme a la divisa misma de la historia, al hombre.

Sería pueril pretender enumerar, en su infinita variedad, las razones que pueden llevar a mentir. Pero los historiadores, naturalmente inclinados a intelectualizar en exceso a la humanidad, harían bien en recordar que no todas esas razones son razonables. En algunos seres, la mentira —aunque ella misma esté asociada por lo general a un complejo de vanidad y regresión— se vuelve casi, según la terminología de André Gide, un "acto gratuito". El sabio alemán al que costó tanto esfuerzo redactar, en muy buen griego, la historia oriental cuya paternidad atribuye al supuesto Sanjuniatón, hubiera adquirido más fácilmente y a un coste menor una estimable reputación de helenista. François Lenormant, hijo de un miembro del Instituto de Francia, llamado más tarde a residir en esta honorable institución, entra en la carrera con 17 años, confundiendo a su propio padre por el falso descubrimiento de las inscripciones de la iglesia de Saint-Éloi, completamente fabricadas con sus manos; ya viejo y colmado de distinciones, su último golpe maestro fue, se dice, publicar como originales griegos algunas triviales antigüedades prehistóricas que simplemente había recogido en la campiña francesa.

Ahora bien, al igual que individuos, ha habido épocas mitómanas. Tales fueron, hacia finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX, las generaciones prerrománticas o románticas. Poemas seudocélticos escritos bajo el nombre de Ossian; epopeyas, baladas, que Chatterton creyó escribir en antiguo inglés; poemas presuntamente medievales de Clotilde de Surville; cantos bretones imaginados por Villemarqué; cantos supuestamente traducidos del croata por Mérimée; cantos heroicos checos del manuscrito de Kravoli-Dvor; y podría seguir. De un extremo al otro de Europa, durante esas pocas

décadas, se dio algo así como una vasta sinfonía de fraudes. La Edad Media, sobre todo del siglo VIII al siglo XII, ofrece otro ejemplo de esta epidemia colectiva. Claramente, la mayor parte de los falsos diplomas, de los falsos decretos pontificios, de los falsos edictos, fabricados entonces en gran cantidad, lo fueron por interés. Asegurar a una iglesia un bien disputado, apoyar la autoridad de Roma, defender a los monjes del obispo, a los obispos de los metropolitanos, al papa de los soberanos temporales, al emperador del papa: los falsarios no veían más allá. No es menos característico el hecho de que estos personajes, de una piedad y, a veces, de una virtud incontestables, no temían prestarse a estos engaños. Es evidente que tampoco ofendieron a la moral común. En cuanto al plagio, parecía que universalmente era el acto más inocente del mundo: el analista, el hagiógrafo, se apropiaba sin remordimientos de pasajes enteros de escritos de autores más antiguos. Sin embargo, nada menos "futurista" que esas dos sociedades de una tipología además tan diferente. Para su fe como para su derecho, la Edad Media no conocía otro fundamento que la lección de los ancestros. El romanticismo deseaba beber de la fuente viva de lo primitivo tanto como de lo popular. Así, los periodos más unidos a la tradición han sido también aquellos que se tomaron más libertades con su legado concreto. Como si, por una singular revancha de una irresistible necesidad de creación, a fuerza de venerar el pasado, fueran naturalmente llevados a inventarlo.

En el mes de julio de 1857, el matemático Michel Chasles envió a la Academia de Ciencias un lote completo de cartas inéditas de Pascal, que le había vendido su proveedor habitual, el ilustre falsario Vrain-Lucas. De ellas se extraía que el autor de las Cartas provinciales había, antes que Newton, formulado el principio de la atracción universal. A un erudito inglés le resultó extraño. ¿Cómo explicar, dijo en sustancia, que esos textos diesen cuenta de mediciones astronómicas realizadas muchos años después de la muerte de Pascal y de las que Newton mismo solo tuvo conocimiento una vez publicadas las primeras ediciones de su obra? Vrain-Lucas no fue un hombre que se avergonzara por tan poco. Volvió a su mesa de trabajo; e inmediatamente, rearmado con sus trabajos, Chasles pudo presentar nuevos autógrafos. Esta vez tenían a Galileo como

signatario; y como destinatario, a Pascal. El enigma fue así esclarecido: el ilustre astrónomo había proporcionado las observaciones; Pascal, los cálculos. Todo ello, por ambas partes, en secreto. Es cierto: Pascal, a la muerte de Galileo, solo tenía 18 años. Pero ¿y qué? Era una razón de más para admirar la precocidad de su genio.

Sin embargo, he ahí que el infatigable objetor observó otra extrañeza: en una de sus cartas, fechada en 1641, vemos a Galileo lamentarse de no poder escribir sino a costa de una gran fatiga para sus ojos. Ahora bien, ¿acaso no se sabía que desde finales de 1637 estaba en realidad completamente ciego? Perdónenme —respondió poco después el buen Chasles—, estoy de acuerdo en que hasta ahora todos hemos creído en esta ceguera. Pero estábamos muy equivocados, ya que puedo aportar al debate un documento decisivo, surgido en el momento exacto para desenmascarar este error común. Otro erudito italiano puso en conocimiento de Pascal, el 2 de diciembre de 1641, que en esta fecha, Galileo, cuya vista disminuía desde hacía varios años, acababa justo de perderla por completo…

No todos los impostores, sin duda, han desplegado tanta fecundidad como Vrain-Lucas; ni todos los engañados la candidez de su lamentable víctima; pero que el insulto a la verdad sea en realidad un engranaje, que toda mentira conlleve necesariamente en su desarrollo muchas otras, llamadas a prestarse, en apariencia al menos, un apoyo mutuo, es algo que la experiencia de la vida enseña y la de la historia confirma. Es por lo que tantas célebres falsificaciones se presentan en forma de racimo: falsos privilegios del sitio de Canterbury, falsos privilegios del ducado de Austria —suscritos por tantos grandes soberanos, de Julio César a Federico Barbarroja—, falsificaciones, en árbol genealógico, del caso Dreyfus: podríamos pensar —y solo he querido citar algunos ejemplos— en la profusión de colonias microbacterianas. El fraude, por naturaleza, engendra el fraude.

Finalmente, hay una forma más insidiosa del engaño. En lugar de la mentira brutal, plena y, si puede decirse, franca, la reelaboración solapada: interpolaciones de cartas auténticas; ribetes en la narración sobre un fondo burdamente verídico de detalles

inventados. Se interpola por lo general por interés. Se inventa por lo general para adornar. Los estragos que una estética falaz ejerce sobre la historiografía antigua o medieval han sido a menudo denunciados. Su presencia no es quizás mucho menor en la prensa. A expensas de la verdad, el más modesto periodista enmarca fácilmente sus personajes según las convenciones de una retórica cuyo prestigio no se ha desgastado con la edad, y en nuestras redacciones, Aristóteles y Quintiliano tienen más discípulos de lo que se cree comúnmente.

Incluso algunas condiciones técnicas parecen favorecer estas deformaciones. Cuando en 1917 el espía Bolo fue condenado, se dijo que un diario publicó, el 6 de abril, el relato de la ejecución. Fijada en primera instancia en esta fecha, solo tuvo lugar once días más tarde. El periodista había escrito su "artículo" previamente; convencido de que el hecho ocurriría en el día previsto, consideró inútil verificarlo. Ignoro qué valor tiene esta anécdota. Sin duda, faltas tan graves son excepcionales. Pero no es en absoluto inverosímil la suposición de que, para ir más deprisa —ya que ante todo hay que entregar la copia a tiempo—, los reportajes de sucesos esperados se preparen a veces de antemano. Casi siempre, podemos estar convencidos de ello, el bosquejo será modificado tras la observación si es preciso en todos los puntos importantes; es dudoso, por el contrario, que se hagan muchos retoques sobre aspectos accesorios, juzgados necesarios para darle color, y que a nadie se le ocurrirá revisar. Al menos, esto es lo que un profano cree entrever. Desearíamos que un hombre del oficio nos aportase al respecto alguna sincera aclaración. El periódico, sin embargo, todavía no ha encontrado a su Mabillon. Lo que sí es seguro es que la obediencia a un código un tanto anticuado de corrección literaria, el respeto a una psicología estereotipada, la pasión por lo pintoresco están lejos de perder su lugar en la galería de los instigadores de mentiras.

Del ardid puro y simple al error totalmente involuntario, hay muchos grados, aunque solo sea en razón de la fácil metamorfosis por la cual el error más sincero se transforma, si la ocasión se presenta, en mentira. Inventar supone un esfuerzo que repugna a la

pereza de espíritu, común entre la mayor parte de los hombres. ¿No es más cómodo aceptar complacientemente una ilusión, espontánea en su origen, que satisface el interés del momento?

Veamos el episodio célebre del "avión de Núremberg". Aunque el asunto no fue nunca totalmente esclarecido, parece que de hecho un avión comercial francés sobrevoló la ciudad pocos días antes de la declaración de la guerra. Es probable que se lo tomara por un aparato militar. No es inverosímil que, en una población ya acechada por los fantasmas de una contienda próxima, se hubiera propagado el rumor de las bombas, arrojadas aquí y allá. Sin embargo, se sabe que no fueron lanzadas; que los gobernantes del Imperio alemán poseían todos los medios de reducir ese falso rumor a la nada; que, por consiguiente, propiamente mintieron, al darle acogida sin comprobarlo, para convertirlo en un motivo de guerra. Pero sin imaginar nada, e incluso, tal vez, sin tener primero una conciencia muy clara de su impostura. El rumor absurdo fue creído porque era útil creerlo. De todos los tipos de mentira, la que nos decimos a nosotros mismos no es de las menos frecuentes y la palabra "sinceridad" envuelve un concepto bastante amplio, que solo podría manejarse introduciendo muchas matizaciones.

No es menos cierto que muchos testigos se equivocan con toda la buena fe. Aquí llega el momento para el historiador de aprovechar los preciosos resultados que, desde hace algunas décadas, la observación sobre lo viviente ha extraído a partir de una disciplina casi nueva: la psicología del testimonio. En la medida en que son de interés para nuestros estudios, estas adquisiciones parecen ser, en lo esencial, las siguientes.

Si creemos a Guillermo de Saint-Thierry, su discípulo y amigo san Bernardo se quedó un día muy sorprendido al conocer que la capilla en la que, joven fraile, seguía los oficios divinos, se abría a la cabecera a través de tres ventanas; siempre se había imaginado que solo tenía una. Sobre este detalle, el hagiógrafo se extraña y admira: ¿semejante desapego de las cosas terrenas no presagiaba a un perfecto servidor de Dios? Sin duda, Bernardo parece haber tenido una distracción poco común; si al menos es cierto, como también se cuenta, lo que le sucedió más tarde: caminar todo un día bordeando

el lago Lemán sin darse cuenta de ello. Sin embargo, numerosas pruebas lo atestiguan: para equivocarse burdamente sobre realidades que deberían parecernos las mejor conocidas no es necesario contarse entre los príncipes de la mística. Los estudiantes del profesor Claparède, en Ginebra, se mostraron incapaces en el curso de un célebre experimento de describir correctamente el vestíbulo de su universidad, al igual que el doctor de "palabra de miel" la iglesia de su monasterio. La verdad es que, en la mayor parte de los cerebros, el mundo circundante solo encuentra mediocres aparatos de registro. Añádase que, en los testimonios, al no ser propiamente sino la expresión de recuerdos, los errores primeros de la percepción corren siempre el riesgo de complicarse con errores de memoria, de esa resbaladiza memoria que ya denunciaba uno de nuestros viejos juristas.

En algunos espíritus, la inexactitud adopta rasgos verdaderamente patológicos; ¿sería demasiado irreverente proponer el nombre de "enfermedad de Lamartine" para esta psicosis? Cualquiera sabe que estas personas no son por lo común las menos dispuestas a las aseveraciones. Pero si se trata de testigos más o menos sospechosos o fiables, la experiencia demuestra que no existe ningún otro cuyas declaraciones sean igualmente dignas de fe en todos los temas y en todas las circunstancias. En sentido absoluto, el buen testigo no existe; solo hay buenos o malos testimonios. Hay dos tipos de causas que principalmente alteran la veracidad de las imágenes mentales, incluso en el hombre mejor dotado. Unas responden al estado momentáneo del observador, como la fatiga, por ejemplo, o la emoción. Otras dependen del grado de atención. Salvo pocas excepciones, solo vemos, solo entendemos aquello que queremos percibir. Si un médico acudiese al lecho de un enfermo, se le creería más fácilmente sobre el aspecto de su paciente, del que ha observado cuidadosamente su comportamiento, que sobre los muebles de la habitación, a la que probablemente habrá echado un vistazo distraídamente. Es por lo que, a pesar de un prejuicio bastante extendido, los objetos más familiares —como para san Bernardo la capilla del Císter— se cuentan por lo común entre aquellos de los que es más difícil obtener una descripción precisa: ya que la familiaridad conlleva necesariamente la indiferencia.

Ahora bien, muchos acontecimientos históricos solo han podido

observarse en momentos de una violenta perturbación emocional, o por testigos cuya atención, bien fuera requerida demasiado tarde, si era por sorpresa, bien fuera retenida por las preocupaciones de la acción inmediata, era incapaz de concentrarse con bastante fuerza en los rasgos a los cuales el historiador atribuiría hoy con razón un interés preponderante. Algunos son casos célebres. El primer disparo que, el 25 de febrero de 1848, frente al Ministerio de Asuntos Exteriores, desató los disturbios que a su vez provocarían la Revolución, ¿salió de las tropas o de la multitud? Nunca lo sabremos realmente. Por otro lado, ¿cómo tomar en serio en los grandes pasajes descriptivos de los cronistas, los minuciosos retratos de trajes, gestos, ceremonias y episodios bélicos? ¿Por qué obstinada rutina podemos conservar la más mínima ilusión sobre la veracidad de todo ese batiburrillo con cuya morralla se deleitaban los historiadores románticos, cuando ni un solo testigo de los que nos rodean es capaz de retener correctamente, en su totalidad, los detalles sobre los que tan ingenuamente se interrogaban los antiguos autores? En el mejor de los casos, estos retratos nos dan el escenario de las acciones, tal y como se imaginaba que debían ser en la época del escritor. Esto es sumamente instructivo; pero no es el tipo de información que los amantes de lo pintoresco suelen pedir a sus fuentes.

Sin embargo, conviene ver a qué conclusiones estas observaciones, pesimistas tal vez, pero solo en apariencia, implican en lo sucesivo para nuestros estudios. No alcanzan la estructura elemental del pasado. La declaración de Bayle sigue siendo válida: “Nunca podrá objetarse nada contra la verdad de que César venció a Pompeyo y que, sea cual fuere el principio que se quiere discutir, no se hallará nada más inquebrantable que esta proposición: César y Pompeyo existieron y no fueron una simple modificación del alma de aquellos que escribieron su vida”. Es verdad: si solo debieran darse por ciertos algunos hechos de este tipo, desprovistos de explicación, la historia se reduciría a una serie de burdas anotaciones sin gran valor intelectual. Por suerte, no es este el caso. Las únicas causas a las que la psicología del testimonio achaca una incertidumbre frecuente son los antecedentes inmediatamente anteriores. Un gran acontecimiento puede compararse a una explosión. ¿Exactamente en qué condiciones se produjo el último choque molecular, indispensable para la explosión del gas? A menudo no nos quedará

más remedio que resignarnos a ignorarlo. Algo que sin duda hay que lamentar, pero ¿acaso los químicos están siempre en una mejor posición? Esto no impide que la composición de la mezcla detonante deje de ser completamente susceptible de análisis. La Revolución de 1848, que, por una extraña aberración, algunos autores han tomado por el modelo mismo de un acontecimiento fortuito, fue un movimiento claramente determinado que diferentes factores, muy diversos y activos —y que Tocqueville supo inmediatamente entrever—, habían preparado desde hacía mucho tiempo. ¿Qué fue el tiroteo del Boulevard des Capucines sino la pequeña chispa final?

Después de todo, como veremos, las causas próximas no solo se escapan demasiado a menudo a la observación de nuestros declarantes, sino también a la nuestra. En sí mismas, constituyen también en la historia la parte privilegiada de lo imprevisible, del "azar". Podemos consolarnos fácilmente con que los defectos del testimonio suelen ocultarlas a nuestros más sutiles instrumentos. Incluso si se conocieran mejor, su encuentro con las grandes cadenas causales de la evolución representaría el residuo de mentiras que nuestra ciencia no conseguirá nunca eliminar, que no tiene derecho a pretender eliminar. En cuanto a los resortes íntimos de los destinos humanos, de las vicisitudes de la mentalidad o de la sensibilidad, de las técnicas, de la estructura social o económica, los testigos a los que interrogamos apenas estarán sujetos a la fragilidad de la percepción momentánea. Por un feliz acuerdo, que Voltaire ya había entrevisto, lo más profundo de la historia bien podría ser lo más fiable.

Sumamente variable de un individuo a otro, la facultad de observación tampoco es una constante social. Algunas épocas se han visto desprovistas de ella más que otras. Por ejemplo, por muy escasa que siga siendo hoy entre la mayoría de los hombres la apreciación de los números, ya no es tan universalmente errónea como entre los analistas medievales; nuestra percepción, como nuestra civilización, se ha impregnado de matemáticas. Sin embargo, si los errores del testimonio solo estuviesen determinados, en última instancia, por los descuidos de los sentidos o de la

atención, el historiador solo tendría, en definitiva, que dejar su estudio al psicólogo. Pero más allá de estos pequeños accidentes cerebrales, de una naturaleza bastante común, muchos de ellos se remontan además a causas significativas de una atmósfera social particular. Es por lo que a menudo adquieren, a su vez como la mentira, un valor documental.

En el mes de septiembre de 1917, el régimen de infantería al que pertenecía ocupaba las trincheras del Camino de las Damas, al norte de la pequeña ciudad de Braisne. Durante un golpe de mano, hicimos un prisionero. Era un reservista, comerciante de profesión y originario de Bremen, a orillas del Weser. Poco después, nos llegó una curiosa historia de la retaguardia. "¡Qué maravilloso es el espionaje alemán!", decían más o menos estos camaradas bien informados, "les arrebatamos uno de sus pequeños puestos en el corazón de Francia. ¿Qué encontramos allí? Un comerciante establecido en época de paz a algunos kilómetros de ahí, en Braisne"[14]. La tergiversación parece clara. Cuidémonos, sin embargo, de explicarla de forma demasiado simple. ¿La atribuiríamos sin más a un error de oído? Esto sería, en cualquier caso, expresarse con bastante inexactitud. Ya que, más que mal oído, el verdadero nombre había sido sin duda mal comprendido: desconocido en general, no llamaba la atención. Por una derivación natural del espíritu, pudimos captar en su lugar un nombre familiar. Pero hay más. En ese primer trabajo de interpretación, un segundo, igualmente inconsciente, se hallaba ya implicado. La imagen muy a menudo verosímil de los astutos alemanes se había popularizado a través de incontables relatos: complacía vivamente la sensibilidad novelesca de las multitudes. La sustitución de Braisne por Bremen armonizaba demasiado bien con esta obsesión como para no imponerse, de algún modo, espontáneamente.

Ahora bien, tal es el caso de un gran número de deformaciones del testimonio. El error casi siempre está orientado de antemano. Sobre todo, solo se propaga, cobra vida a condición de acompasarse con las ideas preconcebidas de la opinión común; es como si entonces se convirtiera en el espejo en el que la conciencia colectiva contempla sus propios rasgos. Muchas casas belgas tienen, en sus fachadas, estrechas aberturas, destinadas a facilitar a los albañiles la colocación de sus andamios; en esos inocentes artificios de

albañilería, a los soldados alemanes, en 1914, nunca se les hubiera ocurrido encontrar tantas aspilleras, preparadas por los francotiradores, si su imaginación no se hubiese visto estimulada desde hacía mucho por el miedo a las guerrillas. Las nubes no han cambiado de forma desde la Edad Media. Sin embargo, nosotros ya no percibimos la cruz ni la espada milagrosa. La cola del cometa que observó el gran Ambroise Paré no era apenas diferente en apariencia de las que barrían nuestros cielos. Sin embargo, creyó descubrir una panoplia entera de extrañas armas. La obediencia al prejuicio universal había triunfado sobre la habitual exactitud de su mirada; y su testimonio, como tantos otros, informa no sobre lo que él vivió en realidad, sino sobre aquello que, en su tiempo, se consideraba natural ver.

Sin embargo, para que el error de un testigo se convierta en el de muchos hombres, para que una observación incorrecta se metamorfosee en un falso rumor, es necesario también que el estado de la sociedad favorezca esa difusión. No todos los tipos sociales son, ni mucho menos, igualmente propicios. En este sentido, las extraordinarias perturbaciones de la vida colectiva que han vivido nuestras generaciones son experiencias admirables. Las del momento actual, a decir verdad, nos son demasiado próximas para ser analizadas en profundidad. La guerra de 1914-1918 nos permite tener otra perspectiva.

Todos sabemos cuán fecundos se han mostrado estos cuatro años en noticias falsas. Especialmente, entre los combatientes. Es en la sociedad tan particular de las trincheras donde el estudio de su formación parece más interesante.

El papel de la propaganda y la censura fue, a su manera, considerable. Pero exactamente a la inversa de lo que los creadores de estas instituciones esperaban de ellas. Como muy bien dijo un humorista, “la opinión que prevalecía en las trincheras era que todo podía ser cierto a excepción de lo que se permitía imprimir”. Se dejó de creer en los periódicos; tampoco en las cartas, ya que, además de que llegaban de forma irregular, se sabía que estaban muy vigiladas. De ahí la renovación prodigiosa de la tradición oral, antigua madre de las leyendas y los mitos. Por un audaz golpe, que

ni el más intrépido de los experimentadores se hubiera atrevido a imaginar, los gobiernos, aboliendo los siglos transcurridos, llevaban de regreso a los soldados del frente a los medios informativos y al estado de ánimo de las épocas antiguas, anteriores al periódico, a la hoja de noticias, al libro.

Generalmente, los rumores no nacían en la línea de fuego, dado que los pequeños grupos estaban demasiado aislados los unos de los otros. El soldado no tenía derecho a desplazarse sin seguir una orden; por otro lado, a menudo no lo hacía para no poner en peligro su vida. Por momentos, circulaban viajeros intermitentes: agentes de enlace, telefonistas reparando las líneas, observadores de artillería. Estos personajes importantes apenas se relacionaban con el soldado raso. Pero había también comunicaciones periódicas mucho más importantes, que se imponían por la preocupación por la comida. El ágora de este pequeño mundo de refugios y de puestos de vigilancia eran las cocinas. Allí, una o dos veces por día, los proveedores venidos de diversos puntos del sector se encontraban y conversaban entre ellos o con los cocineros. Estos sabían mucho, pues situados en el cruce de todas las unidades, tenían además el raro privilegio de poder intercambiar cotidianamente algunas palabras con los conductores del tren regimental, hombres afortunados acantonados en las proximidades de los estados mayores. Así, por un instante, alrededor de las fogatas al aire libre o de los fogones rodantes, se establecían, entre medios singularmente distintos, relaciones precarias. Luego se ponían en marcha por senderos y trincheras, y llevaban hasta la primera línea del frente, con sus marmitas, las informaciones verdaderas o falsas, en cualquier caso, casi siempre deformadas, listas allí para una nueva elaboración. Sobre los planos directores, un poco atrás de las líneas enlazadas que dibujaban las primeras posiciones, podríamos haber sombreado a trazos una banda continua, que hubiera sido la zona de formación de las leyendas.

Ahora bien, la historia ha conocido más de una sociedad regida, a grandes rasgos, por condiciones análogas, con la diferencia de que, en vez de ser el efecto pasajero de una crisis completamente excepcional, representaban la trama normal de la vida. Allí también

la transmisión oral era casi la única eficaz. Allí también, entre elementos muy fragmentados, los enlaces se producían casi exclusivamente a través de intermediarios especializados, o en puntos de enlace determinados. Vendedores ambulantes, juglares, peregrinos, mendigos hacían de pequeño pueblo errante que iba y venía por las trincheras. Los encuentros regulares se producían en los mercados o con ocasión de festividades religiosas. Así, por ejemplo, durante la Alta Edad Media. Las crónicas monásticas, hechas a golpe de interrogatorios a los que servían como informadores, se hubieran podido parecer mucho a las agendas de los cabos de escuadra, si hubiesen querido. Estas sociedades siempre han sido un excelente caldo de cultivo para las noticias falsas. Las relaciones frecuentes entre los hombres hacen fácil la comparación entre los diversos relatos. Estimulan el sentido crítico. Por el contrario, se cree con ahínco al narrador que trae, a largos intervalos y por caminos difíciles, los rumores lejanos.

III. Ensayo de una lógica del método crítico

La crítica del testimonio, que trabaja sobre realidades psíquicas, seguirá siendo siempre un arte delicado. No existe para ella ningún libro de recetas. Pero es también un arte racional que se basa en la práctica metódica de algunas grandes operaciones del espíritu. Tiene, en una palabra, su propia dialéctica, que conviene tratar de descubrir.

Supongamos que de una civilización desaparecida únicamente subsiste un objeto; que, además, las condiciones de su descubrimiento imposibilitan ponerlo en relación con huellas ajenas al hombre, tales como las sedimentaciones geológicas —ya que, en esta búsqueda de las relaciones, la naturaleza inanimada puede jugar su papel—. Será completamente imposible datar ese vestigio único ni pronunciarse sobre su autenticidad. En efecto, nunca se restablece una fecha, nunca se interpreta un documento sin la inserción de una serie cronológica o de un conjunto sincrónico. Fue mediante la comparación de los diplomas merovingios, tanto entre ellos como con otros textos diferentes, que Mabillon fundó la diplomática; es de la confrontación de los relatos evangélicos que nació la exégesis. En la base de casi toda crítica tiene lugar un trabajo de comparación.

Pero los resultados de esta comparación no son en absoluto automáticos. Lleva necesariamente al descubrimiento ya sea de similitudes como de diferencias. Ahora bien, según los casos, la consonancia de un testimonio con los testimonios próximos puede imponer conclusiones exactamente inversas.

En primer lugar, hay que considerar el caso elemental del relato. En sus Memorias, que han hecho palpitar a tantos corazones jóvenes,

Marbot cuenta, con gran abundancia de detalles, una hazaña que se atribuye como protagonista: si le creemos, habría atravesado en barca, en la noche del 7 al 8 de mayo de 1809, el oleaje revuelto del Danubio, entonces en plena crecida, para hacer prisioneros a algunos austríacos en la otra orilla. ¿Cómo verificar la anécdota? Recurriendo a otros testimonios. Poseemos las órdenes, los cuadernos de ruta, los informes de los ejércitos presentes; atestiguan que, durante la famosa noche, el cuerpo austríaco, del que Marbot pretendía haber encontrado vivaques en el borde izquierdo, ocupaba aún la orilla opuesta. De la misma correspondencia de Napoleón se desprende que, el 8 de mayo, la crecida de las aguas no había comenzado. Finalmente, se ha encontrado una solicitud de promoción cursada el 30 de junio de 1809 por el propio Marbot. Entre los méritos que invoca no dice nada acerca de su supuesta proeza del mes precedente. Por un lado, las Memorias, por otro, todo un lote de textos que lo desmienten. Hay que elegir entre estos irreconciliables testigos. ¿Qué alternativa se juzgará más verosímil? ¿Que sobre el momento mismo se hayan equivocado los estados mayores, el propio emperador —a menos que, Dios sabe por qué, hayan alterado la realidad deliberadamente—?; ¿que el Marbot de 1809, no prosperando su promoción, haya pecado de una modestia desmedida?; ¿o que, mucho más tarde, el viejo guerrero, cuyas fanfarronerías son, por otro lado, conocidas, haya puesto una nueva zancadilla a la verdad? Nadie lo dudará: las Memorias, una vez más, han mentido.

Aquí, por tanto, la constatación de una discrepancia ha echado por tierra uno de los testimonios opuestos. Era necesario que uno de ellos sucumbiera. Así lo exigía el más universal de los postulados lógicos. Que un suceso pueda ser y no ser, es algo que el principio de contradicción prohíbe inexorablemente. Por todos lados se encuentran eruditos cuya benevolencia se esfuerza por descubrir entre dos afirmaciones contradictorias un término medio: es como imitar al chiquillo que, al preguntarle por el cuadrado de dos, como uno de sus compañeros le soplaba “cuatro” y el otro “ocho”, creyó dar con la respuesta correcta respondiendo “seis”.

A continuación, quedaba por hacer la elección entre el testimonio descartado y el que debía permanecer. Algo que decidió un análisis psicológico: en los testigos, se sopesaron, una tras otra, las razones

en las que se presumía la veracidad, la mentira o el error. En este caso se encontró que esta apreciación era de una evidencia casi absoluta. En otras circunstancias, no dejará de mostrarse afectada por un coeficiente de incertidumbre mucho más fuerte. Las conclusiones que se fundan en una delicada dosificación de motivos suponen, desde lo infinitamente probable a lo estrictamente verosímil, una larga degradación.

Pero veamos ahora ejemplos de otro tipo.

Una carta, que se declara del siglo XII, está escrita en papel, cuando todos los originales de esta época hasta ahora hallados son de pergamino; la forma de las letras resulta muy diferente del diseño que se observa sobre otros documentos de la misma fecha; la lengua abunda en palabras y giros de estilo ajenos a su uso unánime. O bien la talla de una herramienta pretendidamente paleolítica revela procedimientos de fabricación empleados, según nuestro conocimiento, solo en tiempos mucho más próximos a los nuestros. Concluiremos que tanto la carta como la herramienta son falsos. Como en el caso precedente, el desacuerdo condena. Pero por razones de una naturaleza muy diferente.

La idea que esta vez guía la argumentación es que, en una misma generación de una misma sociedad, impera una similitud de costumbres y de técnicas demasiado fuerte como para permitir a ningún individuo alejarse sensiblemente de la práctica común. Damos por seguro que un francés de los tiempos de Luis VII trazaba los palos de las letras más o menos como sus contemporáneos[15], que se expresaba más o menos en los mismos términos; que se servía de los mismos materiales, que si un trabajador de las tribus magdalenienses hubiese dispuesto de una sierra mecánica para recortar sus puntas de hueso, sus compañeros la hubieran usado como él. El postulado es aquí de orden sociológico. Confirmadas sin ninguna duda en su valor general por una experiencia constante de la humanidad, las nociones de endósmosis colectiva, de presión del número, de imitación imperiosa en las cuales se basa, se confunden totalmente con el concepto mismo de civilización.

No hace falta, sin embargo, que la semejanza sea demasiado fuerte.

Dejaría entonces de jugar a favor del testimonio. Por el contrario, declararía su condena.

Todo el que participó en la batalla de Waterloo supo que Napoleón fue vencido. Al testigo, demasiado original, que niegue la derrota lo tomaremos como un falso testigo. Por otro lado, que Napoleón haya sido vencido en Waterloo, convenimos que no hay muchas maneras distintas de decirlo, a poco que nos limitemos a esta simple y grosera constatación. Pero ¿dos testigos, o presuntamente tales, describen la batalla exactamente en el mismo lenguaje? ¿O, concediendo una cierta diversidad de expresión, exactamente con los mismos detalles? Concluiremos sin dudar que uno de los dos ha copiado al otro o que los dos copiaron un modelo común. En efecto, nuestra razón se niega a admitir que, situados necesariamente en dos puntos diferentes del espacio y dotados de facultades de atención desiguales, dos observadores hayan podido percibir, rasgo a rasgo, los mismos episodios: que, entre las incontables palabras de la lengua francesa, dos escritores trabajando independientemente el uno del otro se hayan encontrado fortuitamente en la elección de los mismos términos, igualmente ensamblados, para contar las mismas cosas. Si los dos relatos se consideran tomados directamente de la realidad, es necesario entonces que uno de los dos, al menos, mienta.

Consideremos aún, de dos monumentos antiguos, esculpidos ambos en piedra, estas dos escenas bélicas. Remiten a campañas diferentes. Sin embargo, están representadas con rasgos iguales. El arqueólogo dirá: uno de los dos artistas ha plagiado sin duda al otro, a menos que los dos se hayan limitado a reproducir un mismo modelo. Poco importa que los dos combates estén separados por un corto intervalo, que hayan tal vez enfrentado a adversarios tomados de los mismos pueblos —egipcios contra hititas; Asur contra Elam—. Nos rebelamos contra la idea de que, en la inmensa variedad de actitudes humanas, dos acciones distintas, en momentos diversos, hayan podido renovarse exactamente los mismos gestos. Como testimonio de los fastos militares que simula recordar, al menos una de las dos imágenes —si no las dos— es propiamente una imitación.

La crítica se mueve así entre estos dos extremos: la similitud que justifica y aquella que desacredita. Esto es porque el azar de los

encuentros tiene sus límites y el acuerdo social está entretejido de manera laxa. En otros términos, consideramos que se da en el universo y en la sociedad una uniformidad suficiente para excluir la posibilidad de divergencias demasiado evidentes. Pero esta uniformidad, tal y como nos la representamos, se basa en rasgos muy generales. Creemos que supone y que en cierto modo engloba, tan pronto se penetra más profundamente en lo real, un número de combinaciones posibles demasiado cercanas al infinito como para que su repetición espontánea sea concebible: es necesario un acto voluntario de imitación. Si bien, a fin de cuentas, la crítica del testimonio se apoya en una instintiva metafísica de lo semejante y lo desemejante, de lo uno y de lo múltiple.

Una vez que la hipótesis de la copia se ha impuesto así, quedan por fijar las direcciones de influencia. En cada pareja, ¿los dos documentos se han obtenido de una fuente común? Suponiendo que uno de ellos sea original, ¿a cuál reconocerle este título? A veces serán criterios externos los que proporcionen la respuesta, tales como, por ejemplo, las fechas relativas, si es posible establecerlas. A falta de este recurso, el análisis psicológico, con ayuda de los rasgos internos del objeto o del texto, se impondrá.

Es evidente que este no implica reglas mecánicas. ¿Hay que plantear en principio, como algunos eruditos parecen hacerlo, que los falseadores procedan constantemente multiplicando las nuevas invenciones, de manera que el texto más sobrio y el menos inverosímil tendrá la posibilidad de ser el más antiguo? Esto es cierto algunas veces. De inscripción en inscripción, se observan las cifras de los enemigos caídos bajo el ataque de un rey de Asiria inflarse desmesuradamente. Pero también ocurre que la razón se rebela. La más fabulosa de las Pasiones de san Jorge es la más antigua; luego, retomando el viejo relato, los redactores sucesivos han sacrificado primero tal aspecto, después tal otro, cuya intemperante fantasía les chocaba. Hay muchas maneras diferentes de imitar. Varían según el individuo, a veces según las modas comunes a una generación. No más que cualquier otra actitud mental, no podemos presuponerlas, bajo el pretexto de que nos parecen “naturales”.

Afortunadamente, a los plagiarios les suelen traicionar sus impericias. Cuando no comprenden su modelo, los sinsentidos denuncian el fraude. ¿Tratan de disimular sus préstamos? La torpeza de sus estratagemas les pierde. Recuerdo a un estudiante del liceo que, en una redacción, fijando el ojo sobre los deberes de su vecino, transcribía cuidadosamente las frases al revés. Con mucha diligencia, a continuación, cambiaba los sujetos por atributos y la activa por la pasiva. Solo logró proporcionar a su profesor un excelente ejemplo de crítica histórica.

Desenmascarar una imitación es dejar que subsista un único testigo allí donde primero creemos vérnoslas con dos o varios de ellos. Dos contemporáneos de Margot, el conde de Ségur y el general Pelet, ofrecieron del supuesto suceso del Danubio un relato análogo al suyo. Pero Ségur venía después de Pelet. Lo leyó. No hizo más que copiarlo. En cuanto a Pelet, por mucho que hubiera escrito antes que Marbot, era su amigo, sin ninguna duda había escuchado a menudo sus proezas ficticias, ya que el incansable fanfarrón al embaucar a aquellos que le eran cercanos, se preparaba alegremente para mistificar la posteridad. Marbot permanece por tanto como nuestro único garante, puesto que sus aparentes fiadores hablaron solo después de él. Cuando Tito Livio reproduce a Polibio, adornándolo, es Polibio nuestra única autoridad. Cuando Eginardo, bajo la apariencia de describirnos a Carlomagno, plagia el retrato de Augusto por Suetonio, ya no hay, en sentido propio, testigo en absoluto.

Finalmente ocurre que, tras el supuesto testigo, se esconde un apuntador que no quería identificarse. Al estudiar el juicio de los templarios, Robert Lea[16] ha observado que, cuando dos acusados que pertenecían a dos casas distintas eran interrogados por el mismo inquisidor, se les veía invariablemente confesar las mismas atrocidades y las mismas blasfemias. Por el contrario, si procedían de la misma casa y eran interrogados por distintos inquisidores, las confesiones dejaban de concordar. La conclusión evidente es que el juez dictaba las respuestas. Este es un aspecto del que los anales judiciales imagino que proporcionarán otros ejemplos.

Sin duda, la función desempeñada en el razonamiento crítico por

aquello que podríamos llamar el principio de semejanza limitada, en ninguna parte aparece con una luz más curiosa que en una de las aplicaciones más recientes del método: la estadística.

Supongamos que estudio la historia de los precios entre dos fechas determinadas en una sociedad muy cohesionada y atravesada por activas corrientes de intercambio. Después de mí, un segundo investigador, luego un tercero, emprenden la misma investigación, pero con ayuda de elementos que, diferentes de los míos, difieren igualmente entre ellos: otros libros de contabilidad, otras listas de precios. Cada uno por nuestro lado establecemos nuestras medias anuales, nuestras cifras de referencia a partir de una base común, nuestros gráficos. Las tres curvas se superponen más o menos. Concluiremos que cada una de ellas proporciona una imagen sumariamente exacta del movimiento. ¿Por qué?

La razón no es únicamente que en un medio económico homogéneo las grandes fluctuaciones de precios debían necesariamente obedecer a un ritmo marcadamente uniforme. Esta consideración bastaría sin duda alguna para sospechar de las curvas drásticamente diferentes, pero no para asegurarnos de que, entre todos los trazos posibles, el que los tres gráficos coinciden en dar sea, porque coinciden, necesariamente el verdadero. Tres pesas con las balanzas igualmente descompensadas proporcionarán la misma cifra, y esta cifra será falsa. Todo razonamiento se sostiene aquí sobre un análisis del mecanismo de los errores. Ninguna de las tres listas de precios podrá estar exenta de estos errores de detalle. En materia de estadística, son casi inevitables. Supongamos que, incluso eliminados los errores personales del investigador —sin hablar de equivocaciones más groseras: ¿quién entre nosotros se atreverá a decir que nunca se ha visto atrapado en el terrible laberinto de las medidas antiguas?—, por muy maravillosamente atento que imaginemos al erudito, siempre quedarán las trampas tendidas por los propios documentos: ciertos precios han podido ser, por descuido o mala fe, inscritos de forma inexacta; otros serán excepcionales —precios “de amigos”, por ejemplo, o, al contrario, precios “de estafador”— y por ello muy propicios a alterar las medias; las listas de precios que registraban las cotizaciones medias en los mercados nunca se habrán establecido con una perfecta pulcritud. Pero sobre un gran número de precios, estos errores se

compensan. Ya que sería completamente inverosímil que todos hayan ido en el mismo sentido. Si por tanto la concordancia de resultados, obtenidos con ayuda de datos diferentes, confirma unos a través de los otros, es porque, en su base, esta concordancia en las negligencias, los pequeños engaños, las pequeñas complacencias, nos parece, con justa razón, algo inconcebible. Lo que hay de irreductiblemente diverso en los testimonios nos lleva a concluir que su coincidencia final solo puede venir de una realidad cuya unidad fundamental estaba, en este caso, fuera de duda.

Los reactivos del experimento del testimonio no están hechos para ser manejados a lo bruto. Casi todos los principios racionales, casi todas las experiencias que lo guían encuentran, a poco que se los examine a fondo, sus límites en principios o experiencias contrarias. Como toda lógica que es digna de respeto, la crítica histórica tiene sus antinomias, al menos en apariencia.

Para que un testimonio sea reconocido auténtico, el método, como se ha visto, exige que presente una cierta similitud con los testimonios próximos. Sin embargo, si se aplica este precepto al pie de la letra, ¿en qué lugar quedaría el descubrimiento? Y quien dice descubrimiento, dice también sorpresa y desemejanza. Una ciencia, cuya práctica se limitara a constatar que todo ocurre siempre como se esperaba, no sería ni provechosa ni divertida. No se ha encontrado hasta el momento ninguna carta redactada en francés —en lugar de estarlo en latín, como anteriormente— que sea anterior a 1204. Imaginemos que mañana un investigador presenta una carta francesa datada en 1180. ¿Concluiremos que el documento es falso? ¿O que nuestros conocimientos eran insuficientes?

Por otra parte, si bien la aparente contradicción entre un testimonio nuevo y los que lo acompañan puede no tener otro origen que una deficiencia temporal de nuestro saber, también puede ocurrir que el desacuerdo esté auténticamente en las cosas. La uniformidad social no tiene tanta fuerza como para que algunos individuos o pequeños grupos no puedan escapar a ella. Bajo el pretexto de que Pascal no escribía como Arnauld, de que Cézanne no pintaba como Bouguereau, ¿nos negaremos a admitir las fechas reconocidas de las Cartas provinciales o de la Montaña Sainte-Victoire? ¿Se argüirán

como falsas las más antiguas herramientas de bronce por la razón de que la mayor parte de yacimientos de la misma época solo nos proporcionan herramientas de piedra?

Estas falsas conclusiones no tienen nada de imaginario y sería larga la lista de hechos que la rutina erudita ha negado en principio porque eran sorprendentes: desde la zoolatría egipcia, que tanto divertía a Voltaire, hasta los vestigios romanos de la era terciaria. Sin embargo, si se observa mejor, la paradoja metodológica solo es aparente. El razonamiento de la semejanza no pierde sus derechos. Importa únicamente que un análisis más exacto discierna las diferencias posibles, los puntos de similitud necesarios.

En efecto, toda originalidad individual tiene sus límites. El estilo de Pascal solo pertenece a él; pero su gramática y el fondo de su vocabulario pertenecen a su tiempo. Por el uso que hace de una lengua inusitada, nuestra supuesta carta de 1180 diferirá en mucho de otras cartas de la misma fecha conocidas hasta el momento. Para que sea admisible, su francés debe conformarse, en general, al estado del lenguaje atestado, en esta época, por los textos literarios; que las instituciones mencionadas se correspondan a aquellas del momento.

Además, la comparación crítica bien entendida no se limita a cotejar los testimonios sobre un mismo plano temporal. Un fenómeno humano es siempre el eslabón de una serie que atraviesa las épocas. El día en que un nuevo Vrain-Lucas, poniendo sobre la mesa de la Academia un puñado de autógrafos, pretendiera demostrarnos que Pascal inventó, antes que Einstein, la relatividad general, estaríamos seguros de antemano que los documentos serían falsos. No es que Pascal fuera incapaz de hallar lo que no encontraban sus contemporáneos. Pero la teoría de la relatividad tiene su punto de inicio en un largo desarrollo anterior de las especulaciones matemáticas. Por muy grande que fuera, ningún hombre podía, por la sola fuerza de su genio, suplantar este trabajo de generaciones. Por el contrario, cuando ante los primeros descubrimientos de las pinturas paleolíticas vemos a algunos eruditos impugnar su autenticidad o su fecha bajo el pretexto de que un arte semejante no pudo haber florecido para luego desaparecer, estos escépticos razonan mal, ya que hay cadenas que

se rompen y las civilizaciones son mortales.

Cuando leemos, dice en resumen el padre Delehaye, que la Iglesia celebra el mismo día la festividad de dos de sus servidores, muertos ambos en Italia; que la conversión de uno y de otro estuvo motivada por la lectura de la vida de los santos; que cada uno fundó una orden religiosa con el mismo término; y que estas dos órdenes fueron finalmente suprimidas por dos papas homónimos, no hay nadie que no se sienta tentado a proclamar que un solo individuo, desdoblado por error, haya podido transcribirse en el martirologio bajo dos nombres distintos. Es muy cierto, sin embargo, que igualmente seducidos por la vida religiosa mediante el ejemplo de las piadosas biografías, san Juan Colombini estableció la orden de los jesuates e Ignacio de Loyola la de los jesuitas; que ambos murieron un 31 de julio, el primero cerca de Siena en 1364, el segundo en Roma en 1556; que los jesuates fueron disueltos por el papa Clemente IX y la Compañía de Jesús por Clemente XIV. El ejemplo es sorprendente y, sin duda, no es el único. Si alguna vez un cataclismo no dejara que subsistieran más que algunos escasos trazos de la obra filosófica de estos últimos siglos, ¿a cuántos escrúpulos de conciencia no dispondrá a los eruditos del futuro la existencia de dos pensadores que, ingleses ambos y los dos portadores del apellido Bacon, coincidieron en darle al conocimiento experimental un gran lugar en sus doctrinas? El señor Païs condenó como legendarias muchas antiguas tradiciones romanas por apenas la sola razón de que los nombres se repiten, asociados a episodios bastante semejantes. Mal que le pese a la crítica del plagio, cuya esencia es la negación de las repeticiones espontáneas de hechos o de palabras, la coincidencia es una de esas rarezas que no se dejan eliminar de la historia.

Pero no basta con reconocer en general la posibilidad de encuentros fortuitos. Reducida a esta simple constatación, la crítica oscilaría eternamente entre el pro y el contra. Para que la duda se vuelva instrumento de conocimiento, es necesario que, en cada caso particular, pueda sopesarse con cierta exactitud el grado de verosimilitud de la combinación. Aquí, la investigación histórica, como otras tantas disciplinas del espíritu, entrecruza su camino con

la gran vía real de la teoría de la probabilidad.

Evaluar la probabilidad de un suceso es medir las posibilidades que tiene de producirse. Planteado esto, ¿es legítimo hablar de la posibilidad de un hecho pasado? En sentido absoluto, evidentemente no. Únicamente el porvenir es aleatorio. El pasado es un hecho que no deja ya lugar a lo posible. Antes de tirar los dados, la probabilidad de que apareciera cualquiera de las caras era de uno a seis; una vez vacío el cubilete, el problema desaparece. Puede que más tarde dudásemos de si ese día habían salido el tres o el cinco. La incertidumbre está entonces en nosotros, en nuestra memoria o en la de los testigos. No está en las cosas.

Analizándolo bien, sin embargo, el uso que la investigación histórica hace de la noción de lo probable no tiene nada de contradictoria. El historiador que se pregunta por la probabilidad de un suceso acaecido, ¿qué otra cosa hace sino intentar transportarse, por un movimiento audaz del espíritu, antes de este suceso mismo, para evaluar las posibilidades tal y como estas se presentaban en la víspera de su cumplimiento? La probabilidad permanece entonces en el porvenir. Pero la línea del presente ha sido, en cierta manera, imaginariamente retraída, de manera que es un futuro anterior construido con un pedazo de lo que es, para nosotros, actualmente el pasado. Si el hecho indudablemente tuvo lugar, estas especulaciones no tienen más que el valor de juegos metafísicos. ¿Cuál era la probabilidad de que Napoleón naciera? ¿De que Adolf Hitler, soldado en 1914, escapase a las balas francesas? Nada impide entretenerse con estas preguntas, a condición de tomarlas por aquello que realmente son: simples artificios del lenguaje, destinados a sacar a la luz lo contingente e imprevisible en el decurso humano. No tienen nada que ver con la crítica del testimonio. En cambio, la existencia misma del hecho, ¿parece incierta? Por ejemplo, ¿dudamos de que un autor, sin haber copiado un relato extranjero, pueda repetir de él espontáneamente muchos de sus episodios y sus palabras? ¿Bastaría con el azar o no sé qué armonía divina preestablecida para explicar una similitud tan asombrosa entre Los protocolos de los sabios de Sion y los panfletos de un oscuro polemista del Segundo Imperio? Según si la

coincidencia, antes de que el relato fuese compuesto, pueda verse afectada por un grado más o menos fuerte del coeficiente de probabilidad, admitiremos o rechazaremos hoy su verosimilitud.

Las matemáticas del azar se basan, sin embargo, en una ficción. Entre todos los casos posibles, se postula, de inicio, la imparcialidad de las condiciones: una causa particular que previamente favoreciera una u otra sería, en el cálculo, como un cuerpo extraño. El dado de los teóricos es un cubo perfectamente equilibrado; si bajo una de sus caras se deslizase un grano de plomo, las oportunidades de los jugadores dejarían de ser iguales. Pero en la crítica del testimonio casi todos los dados están trucados. Ya que elementos humanos muy delicados intervienen constantemente para hacer inclinar la balanza hacia una posibilidad privilegiada.

A decir verdad, hay una disciplina histórica que constituye una excepción: la lingüística o, al menos, aquella de sus ramas que se encarga de establecer los parentescos entre las lenguas. Esta investigación, muy diferente por su alcance de las operaciones propiamente críticas, tiene como rasgo común con muchas de ellas su esfuerzo por descubrir filiaciones. Ahora bien, las condiciones sobre las que razona están excepcionalmente próximas a la convención primordial de igualdad, tan familiar a la teoría del azar. Esta prerrogativa se debe a las particularidades mismas de los fenómenos del lenguaje. En efecto, no solamente el número inmenso de combinaciones posibles entre los sonidos reduce a un valor ínfimo la probabilidad de su repetición fortuita, en gran cantidad, en hablas diferentes, sino que, mucho más importante, dejando aparte algunas raras armonías imitativas, las significaciones atribuidas a estas combinaciones son completamente arbitrarias. Es del todo evidente que ningún vínculo de imágenes previo impone que las asociaciones vocales muy próximas de tu o tou (“tú” pronunciado a la manera francesa o a la latina) sirvan para marcar la segunda persona. Si, por tanto, constatamos que cumplen esta función, a la vez en francés, en italiano, en español y en rumano; si observamos que, al mismo tiempo, entre estas lenguas se dan una multitud de otras correspondencias, igualmente irracionales: la única explicación con sentido será que el francés, el italiano, el español o el rumano tienen un origen común. Porque siendo las diversas posibilidades humanamente indiferentes, un cálculo de

probabilidades casi puro impuso la decisión.

Pero esta sencillez está muy lejos de ser algo ordinario.

Varios diplomas de un soberano medieval, al tratar asuntos diferentes, reproducen las mismas palabras y los mismos giros. Por tanto, como afirman los fanáticos de la "crítica de los estilos", es un mismo notario quien los ha redactado. Estaríamos de acuerdo si únicamente el azar estuviese en juego. Pero precisamente no en este caso. Cada sociedad y, más aún, cada pequeño grupo profesional, tiene sus hábitos lingüísticos. No basta, por tanto, con dar cuenta de las similitudes. Hay que distinguir todavía, en ellas, lo raro de lo usual. Únicamente las expresiones realmente excepcionales pueden revelar un autor, suponiendo, claramente, que las repeticiones sean bastante numerosas. El error aquí es atribuir a todos los elementos del discurso un peso igual: como si los coeficientes variables de preferencia social que afectan a cada uno no fueran los granos de plomo que contradicen la equivalencia de probabilidades.

Toda una escuela de eruditos se ha dedicado a estudiar, desde comienzos del siglo XIX, la transmisión de textos literarios. El principio es sencillo: sean B, C y D los tres manuscritos de una obra, se constata que todos presentan las mismas versiones, evidentemente erróneas —es el método de los errores, el más antiguo, el de Lachmann—. O bien, de modo más general, revela las mismas versiones, acertadas o equivocadas, pero diferentes en su mayor parte de las de otros manuscritos —es el inventario integral de las variantes, preconizada por Dom Quentin—. Se determinará si están "emparentados". Entiéndase, según el caso, que han sido copiados unos de otros, según un orden que queda por determinar, o que todos remontan, a través de filiaciones particulares, a un modelo común. En efecto, es indudable que una confluencia tan constante no podría ser fortuita. Sin embargo, dos observaciones en las que hemos reparado recientemente han obligado a la crítica textual a abandonar mucho del rigor, casi técnico, de sus primeras conclusiones.

A veces los copistas corregían su modelo. Incluso aunque trabajaban independientemente el uno del otro, los hábitos mentales comunes debieron, bastante a menudo, sugerirles conclusiones semejantes. Terencio emplea en alguna parte la palabra raptio, que es

excesivamente rara. No comprendiéndola, dos escribas la reemplazaron por ratio, que es un sinsentido, pero que les era familiar. ¿Tenían, por ello, que coincidir o imitarse? He aquí por tanto un género de errores en la "genealogía" de los manuscritos que es completamente incapaz de enseñarnos nada. Más aún, ¿por qué el copista habría solo utilizado un único modelo? Nada le impedía, cuando podía, confrontar varios ejemplares, a fin de elegir la mejor posible entre sus variantes. El caso fue muy excepcional en la Edad Media, cuyas bibliotecas eran pobres; en cambio, mucho más común, por lo que parece, en la Antigüedad. ¿Qué lugar asignar a estos incestuosos productos de varias tradiciones diferentes en los dos hermosos árboles de Jefté, que es costumbre poner al inicio de las ediciones críticas? En el juego de coincidencias, la voluntad del individuo, como la presión de las fuerzas colectivas, hace trampas con el azar.

Así, como ya lo había visto Volney con la filosofía del siglo XVIII, la mayor parte de los problemas de crítica histórica son problemas de probabilidad, pero de tal magnitud que el cálculo más sutil debe reconocerse incapaz de resolverlos. No solo es que los datos sean de una extraordinaria complejidad, sino que se resisten en sí mismos a cualquier traducción matemática. ¿Cómo cifrar el favor particular otorgado por una sociedad a una palabra o a un uso? No podremos descargar nuestras dificultades en el arte de Fermat, de Laplace o de Émile Borel. Al menos, puesto que se sitúa en cierto modo en el límite inaccesible de nuestra lógica, podemos pedirle que nos ayude, desde lo alto, a analizar y conducir mejor nuestros razonamientos.

Si no se ha tratado con eruditos, es difícil darse cuenta de cuánto les repugna, por lo general, aceptar la inocencia de una coincidencia. Porque dos expresiones parecidas se encuentran en la ley sálica y en el edicto de Clodoveo, ¿no hemos visto a un honorable erudito alemán afirmar que la ley debía ser de este príncipe? Dejemos a un lado la banalidad de las palabras, empleadas por unos y por otros. Una simple noción de la teoría matemática habría bastado para evitar el paso en falso. Cuando el azar interviene libremente, la probabilidad de un hallazgo único o de un pequeño número de ellos

pertenece rara vez al orden de lo imposible. Poco importa que nos parezcan sorprendentes; las sorpresas del sentido común rara vez son impresiones de mucho valor.

Podemos divertirnos calculando la probabilidad de un azar que, en dos años diferentes, fije el mismo mes las muertes de dos personajes completamente distintos. Es de $1/365^2$ [17]. Admitamos ahora —a pesar de lo absurdo del postulado— como cierto de antemano que las fundaciones de Juan Colombini e Ignacio de Loyola debieron ser suprimidas por la Iglesia romana. El examen de las listas pontificales permite establecer que la probabilidad de dos papas con el mismo nombre era de 11/13. La probabilidad combinada a la vez de una misma fecha de día y de mes para los muertos se sitúa entre $1/10^3$ y $1/10^6$ [18]. Un apostante, sin duda, no se contentaría. Pero las ciencias de la naturaleza solo consideran como próximas de lo irrealizable las posibilidades de orden 10/15. Estamos, como se ve, lejos de esa cuenta. Con justa razón, como atestigua el ejemplo sin duda acreditado de los dos santos.

Solo la probabilidad de las concordancias acumuladas se vuelve prácticamente despreciable: ya que en virtud de un teorema muy conocido, las probabilidades de los casos elementales se multiplican entonces entre ellas, para dar la probabilidad de la combinación y, siendo las probabilidades fracciones, su producto es por definición inferior a sus componentes. En lingüística es célebre el ejemplo de la palabra bad, que tanto en inglés como en persa significa “malo”, sin que el término inglés y el término persa tengan en absoluto un origen común. Quien pretendiese, a partir de esta correspondencia única, establecer una filiación, atentaría contra la ley tutelar de toda crítica de las coincidencias: solo las grandes cifras tienen carta de naturaleza.

Las concordancias o discordancias masivas están hechas de una multitud de casos particulares. En el conjunto total, las influencias accidentales se destruyen. Al contrario, si consideramos cada elemento independiente de los otros, la acción de estas variables ya no puede eliminarse. Incluso si los dados han sido trucados, la tirada aislada seguirá siendo más difícil de prever que el final de la partida; por consiguiente, una vez jugada, estará sujeta a una mucho mayor diversidad de explicaciones. Es por lo que, a medida

que penetra más a fondo en el detalle, la verosimilitud de la crítica se degrada. Si leyéramos por separado todas las palabras de la Orestíada, no podríamos tener la certeza de entenderlas hoy en día tal y como las escribió Esquilo. Sin embargo, en su conjunto, nuestra Orestíada es la de Esquilo. Hay más certidumbre en el todo que en sus componentes.

¿En qué medida, sin embargo, nos está permitido pronunciar la gran palabra certeza? La crítica diplomática no puede alcanzar la certidumbre "metafísica", reconocía ya Mabillon. No estaba equivocado. Es únicamente por simplificación que sustituimos un lenguaje de probabilidad por un lenguaje de evidencia. No es "imposible", en el sentido absoluto del término, que la Donación de Constantino no sea auténtica; que la Germania de Tácito —por el capricho de algunos eruditos— no sea una falsificación. En el mismo sentido, no es "imposible" tampoco que golpeando al azar el teclado de una máquina de escribir ocurra que un mono reconstruya fortuitamente, letra por letra, la Donación o la Germania. "El acontecimiento físico imposible", ha dicho Cournot, "no es otra cosa que el acontecimiento cuya probabilidad es infinitamente pequeña". Limitando su parte de certeza en medir lo probable de lo improbable, la crítica histórica no se distingue de la mayor parte de otras ciencias de lo real que por un escalonamiento de grados, sin duda alguna más matizado.

¿Medimos siempre con exactitud la ganancia inmensa que fue el advenimiento de un método racional de crítica aplicado al testimonio humano? Por ganancia entiendo no solamente el conocimiento histórico, sino el conocimiento a secas.

Antiguamente, a menos que no hubiera de antemano razones muy serias para sospechar de la mentira de los testigos o narradores, todo hecho afirmado era, en tres cuartas partes de los casos, un hecho aceptado. Y no digamos que esto fue hace mucho tiempo. Lucien Febvre lo ha mostrado de manera excelente para el Renacimiento: no se pensaba ni se actuaba de otra manera en épocas bastante próximas a la nuestra; de lo contrario, sus obras

maestras no nos seguirían alimentando. No digamos que tal era, naturalmente, la actitud de esta multitud crédula, cuyo peso amenaza con arrastrar —incluso hasta nuestros días, mezclada desgraciadamente con eruditos de medio pelo— a nuestras frágiles civilizaciones hacia terribles abismos de ignorancia y de locura. Las inteligencias más firmes no se escapaban entonces ni podían escaparse al prejuicio común. ¿Se contaba que había caído una lluvia de sangre? Entonces es que hubo lluvias de sangre. ¿Montaigne leía en sus queridos antiguos tal o cual disparate sobre el país cuyos habitantes nacen sin cabeza o sobre la fuerza prodigiosa del pececito rémora? Los incluía sin inmutarse entre los argumentos de su dialéctica; por muy capaz que fuera de desmontar ingeniosamente el mecanismo de un falso rumor, desconfiaba mucho más de las ideas recibidas que de los hechos supuestamente demostrados. Así reinaba, según el mito rabeliano, el viejo Ouï-Dire [De-Oídas], tanto en el mundo físico como en el mundo humano. En el mundo físico quizás más aún que en el de los hombres. Ya que, instruido por una experiencia más directa, se dudaba antes de un acontecimiento humano que de un meteorito o de un supuesto accidente de la vida orgánica. ¿Que la filosofía rechazaba el milagro? ¿O la religión propia los milagros de las otras religiones? Habría que esforzarse penosamente en descubrir las causas supuestamente inteligibles de estas sorprendentes manifestaciones que, de hecho, las acciones demoníacas o los influjos ocultos continuaban adhiriendo a un sistema de ideas o de imágenes completamente ajeno a eso que hoy llamaríamos un pensamiento científico. Negar la misma manifestación constituía una audacia inconcebible al espíritu. Corifeo de esta escuela paduana tan extraña a lo sobrenatural cristiano, Pomponazzi no creía que los reyes, siendo ungidos con el crisma de la Sagrada Ampolla, pudieran, porque fueran reyes, curar a los enfermos imponiéndoles las manos. Sin embargo, no impugnaba en absoluto las sanaciones. Lo explicaba por una propiedad fisiológica, que concebía como hereditaria: el glorioso privilegio de la función sagrada se reducía a las virtudes curativas de una saliva dinástica.

Ahora bien, si nuestra imagen del universo se ha podido desprender hoy de tantos prodigios ficticios, confirmados sin embargo por el consenso de las generaciones, sin duda se lo debemos, ante todo, a la noción lentamente dilucidada de un orden natural, regido por

leyes inmutables. Pero esta noción misma solo ha podido establecerse tan sólidamente porque que las observaciones que parecían contradecirla han podido ser eliminadas gracias al paciente trabajo de una experiencia continuada sobre el hombre mismo en tanto que testigo. Ahora somos capaces de detectar y de explicar las imperfecciones del testimonio. Hemos adquirido el derecho de no creerlas siempre, porque sabemos mejor cuándo y por qué el pasado no debe ser creído. Y así es como las ciencias han logrado deshacerse del peso muerto de muchos falsos problemas.

Sin embargo, ni aquí ni en ninguna parte el conocimiento puro se puede desvincular de la conducta

Richard Simon, cuyo nombre ocupa un lugar preeminente en la generación de nuestros fundadores, no solamente nos ha dejado admirables lecciones de exégesis. Se le vio un día emplear la acuidad de su inteligencia para salvar a algunos inocentes, perseguidos por la estúpida acusación de crimen ritual. El encuentro no tenía nada de arbitrario. Por las dos partes, el deseo de pulcritud intelectual era el mismo y un mismo instrumento permitía satisfacerlo. Llevada constantemente a guiarse por las relaciones con otro, la acción no está menos interesada que la investigación en ponderar la exactitud. No dispone para ello de medios diferentes. Mejor dicho: sus medios son aquellos que la erudición había previamente forjado. En el arte de dirigir útilmente la duda, la práctica judicial no ha hecho más que seguir los pasos, no sin retraso, de los bolandistas y los benedictinos. E incluso los psicólogos solo hallaron en el testimonio, directamente observado y provocado, un objeto de ciencia mucho tiempo después que la perturbada memoria del pasado hubiese comenzado a someterse a una demostración razonada. En nuestra época, más que nunca expuesta a las toxinas de la mentira y a los falsos rumores, resulta escandaloso que el método crítico ni siquiera figure en un pequeño rincón de los programas de enseñanza, puesto que ha dejado de ser el humilde auxiliar de algunas investigaciones experimentales. Ahora vemos abrirse ante ella horizontes mucho más amplios; y la historia tiene el derecho de contar entre sus glorias más ciertas, al desarrollar su técnica, el de haber abierto así a los hombres un nuevo camino hacia lo verdadero y, por consiguiente, hacia lo justo.

Capítulo IV

El análisis histórico

I. ¿Juzgar o comprender?

La fórmula del viejo Ranke es célebre: el historiador no tiene otro propósito que el de describir las cosas “tal y como sucedieron”, wie es eigentlich gewesen. Heródoto lo había dicho antes que él: “contar lo que fue”, legein ta eonta. En otros términos, se invita al erudito, al historiador, a desaparecer ante los hechos. Como muchas máximas, esta debe tal vez su fortuna a su ambigüedad. Puede leerse en ella, modestamente, un consejo de probidad: tal sería, sin duda, el sentido que Ranke le dio. Pero también un consejo de pasividad. De manera que aquí, al mismo tiempo, se presentan dos problemas: el de la imparcialidad histórica y el de la historia como tentativa de reproducción o como tentativa de análisis.

Pero si hay un problema de imparcialidad, este se plantea porque la palabra, a su vez, es equívoca.

Existen dos maneras de ser imparcial: la del erudito y la del juez. Tienen una raíz común, la honesta sumisión a la verdad. El erudito registra, mejor aún, provoca, la experiencia que, quizás, derribará sus queridas teorías. Sea cual fuere el anhelo secreto de su corazón, el buen juez interroga a los testigos sin otra preocupación que la de conocer los hechos tal y como fueron. Esta es una obligación de conciencia, por las dos partes, que es indiscutible.

Sin embargo, llega un momento en que los caminos se separan. Cuando el erudito ha observado y explicado, su tarea termina. Al juez le queda todavía dictaminar su sentencia. Imponiendo silencio a toda inclinación personal, si la pronuncia según la ley, se juzgará imparcial. Lo será, en efecto, en el sentido de los jueces. No en el sentido de los eruditos. Ya que no sabría condenar o absolver sin tomar partido por una tabla de valores que no erige ninguna ciencia positiva. Que un hombre haya matado a otro es un hecho, susceptible en grado sumo de demostración. Pero castigar al asesino implica que se lo tenga por culpable: lo que no es, en último término, más que una opinión sobre la que no todas las civilizaciones se han puesto de acuerdo.

Ahora bien, durante mucho tiempo el historiador ha pasado por ser una suerte de juez de los infiernos, encargado de repartir el elogio o la condena entre los héroes muertos. Esta actitud responde probablemente a un instinto fuertemente arraigado, ya que todos los maestros que han tenido que corregir trabajos de estudiantes saben cuán difícil es para estos jóvenes dejarse disuadir de actuar, desde lo alto de sus pupitres, como Minos u Osiris. Se trata, más que nunca, de la frase de Pascal: "Todo el mundo juega a ser un dios al juzgar: esto es bueno o malo". Se olvida que un juicio de valor solo tiene razón de ser como la preparación de un acto y tiene sentido únicamente en relación a un sistema de referencias morales, deliberadamente aceptado. En la vida cotidiana, las necesidades de la conducta nos imponen este etiquetado, por lo común bastante sumario. Allí donde somos impotentes, allí donde los ideales comúnmente recibidos difieren profundamente de los nuestros, no queda más que la vergüenza. ¿Estamos seguros de nosotros mismos y de nuestra época para separar, entre el conglomerado de nuestros ancestros, los justos de los condenados? Elevando a lo absoluto los criterios, todos relativos, de un individuo, de un partido o de una generación, resulta una broma infligir las normas a la manera en que Sila gobernó Roma o Richelieu los estados del Rey Cristianísimo. Como, por otro lado, nada es más variable que tales veredictos, sometidos a todo tipo de fluctuaciones de la conciencia colectiva o del capricho personal, la historia, que permite demasiado a menudo que los honores y logros prevalezcan sobre la experiencia, se ha ganado gratuitamente la fama de ser la más incierta de las disciplinas; a las acusaciones vacías les suceden otras tantas vanas rehabilitaciones. Robespierristas, antirrobespierristas, ¡os pedimos, por piedad, que nos digáis sencillamente quién fue Robespierre!

Más aún, si el juicio no hiciera más que seguir la explicación, el lector podría saltarse la página. Por desgracia, a fuerza de juzgar, se termina, de un modo casi fatal, por perder hasta el mismo gusto por la explicación. Las pasiones del pasado, al mezclar sus reflejos con los prejuicios del presente, hacen que la realidad humana no sea más que un cuadro en blanco y negro. Montaigne nos había ya advertido de ello: "Desde que el juicio pende de un lado, no podemos evitar moldear y deformar la narración hacia ese sesgo". Igualmente, para penetrar en una conciencia ajena, separada de

nosotros por el intervalo de generaciones, casi debemos despojarnos de nuestro propio yo. Para juzgarlo, basta con seguir siendo uno mismo. El esfuerzo es indudablemente menos duro. Es mucho más fácil escribir a favor o en contra de Lutero que escrutar su alma, creer al papa Gregorio VII frente al emperador Enrique IV o a Enrique IV frente a Gregorio VII, que desentrañar las razones profundas de uno de los mayores dramas de la civilización occidental. Observemos todavía, más allá del plano individual, la cuestión de los bienes nacionales. Rompiendo con la legislación anterior, el gobierno revolucionario resolvió venderlos por parcelas y sin subastarlos. Era sin duda comprometer gravemente los intereses del Tesoro. Contra esta política, algunos eruditos de nuestra época se han pronunciado vehementemente. ¡Qué valor si hubiesen osado hablar con ese tono ante la Convención! Lejos de la guillotina, esta violencia sin peligro divierte. Mejor les hubiese valido investigar lo que querían realmente los hombres del año III. Deseaban, ante todo, favorecer la adquisición de tierras por parte de la pequeña población del campo: frente al equilibrio del presupuesto, preferían aliviar a los campesinos pobres, garantizando su fidelidad al nuevo orden. ¿Estaban equivocados o tenían razón? ¿Qué importa el dictamen tardío de un historiador? Únicamente le pedimos no hipnotizarse con su propia elección hasta el punto de no concebir que otra hubiera sido posible en otro tiempo. La lección del desarrollo intelectual de la humanidad es, sin embargo, clara: las ciencias se han mostrado siempre mucho más fecundas y, por extensión, mucho más serviciales en la práctica, en la medida en que abandonaban deliberadamente el viejo antropocentrismo del bien y del mal. Hoy nos reiríamos de un químico que separase los gases malos, como el cloro, de los buenos como el oxígeno. Pero si la química hubiese adoptado esta clasificación, se habría estancado en buena medida, en gran detrimento del conocimiento de los cuerpos.

Sin embargo, tengamos cuidado de no insistir demasiado en la analogía. La nomenclatura de una ciencia humana tendrá siempre sus rasgos particulares. La de las ciencias del mundo físico excluye el finalismo. Las palabras de éxito o de fracaso, de torpeza o de habilidad solo podrían cumplir, en el mejor de los casos, el papel de

ficciones siempre cargadas de peligros. En cambio, pertenecen al vocabulario corriente de la historia. Ya que la historia tiene que ver con seres capaces, por naturaleza, de fines conscientemente perseguidos.

Podemos admitir que un mando del ejército que emprende una batalla se esforzará en general por ganarla. Si la pierde, siendo las fuerzas de un lado y otro aproximadamente iguales, será perfectamente legítimo decir que ha maniobrado mal. ¿Era un accidente habitual en él? Nunca escaparemos del más escrupuloso juicio de hecho al observar que no era probablemente un muy buen estratega. O pensemos también en una mutación monetaria, cuyo objeto, se supone, era favorecer a los deudores a costa de los acreedores. Calificarla como excelente o deplorable significará tomar partido por uno de los dos grupos y, por consiguiente, trasladar al pasado, arbitrariamente, una noción completamente subjetiva del bien público. Pero imaginemos que, por casualidad, la operación destinada a aligerar el peso de las deudas desemboca prácticamente —como se ha visto— en un resultado opuesto. Diremos "ha fracasado", sin hacer otra cosa con ello que constatar honestamente una realidad. El acto fallido es uno de los elementos esenciales de la evolución humana. Como de toda psicología.

Más aún. ¿Nuestro general, por casualidad, ha conducido voluntariamente a sus tropas a la derrota? No dudaremos en declarar que ha cometido traición, porque llanamente así es como se denomina tal hecho. Habría por parte de la historia una delicadeza un poco pedante en rechazar la ayuda del simple y recto léxico del uso común. A continuación, faltará por investigar lo que la moral común de la época o del grupo pensaba de tal acto. La traición puede ser, a su manera, un conformismo: testigos de ello son los condotieros de la antigua Italia.

Una palabra, en definitiva, domina e ilumina nuestros estudios: comprender. No digamos que el buen historiador es ajeno a las pasiones; al menos tiene esta. Palabra, no lo disimulamos, cargada de dificultades, pero también de esperanzas. Pero sobre todo, cargada de amistad. Incluso en la acción juzgamos demasiado. Es tan fácil gritar "¡al paredón!". Nunca comprendemos lo suficiente. Quien difiere de nosotros —el extranjero, el adversario político— es

considerado, casi necesariamente, como un malvado. Hasta para conducir las inevitables luchas, sería necesario un poco más de inteligencia en las almas, con mayor razón para evitarlas cuando todavía hay tiempo. La historia, a condición de renunciar ella misma a su falsa apariencia de arcángel, debe ayudarnos a reparar este déficit. Es una vasta experiencia de variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres. La vida, como la ciencia, tiene todas las de ganar con este encuentro fraternal.

II. De la diversidad de LOS hechos humanos

a la unidad de LAS conciencias

Comprender, sin embargo, nada tiene de actitud pasiva. Para hacer ciencia, serán necesarias siempre dos cosas: una materia y un hombre. La realidad humana, como la del mundo físico, es enorme y abigarrada. Una simple fotografía, suponiendo incluso que la idea de esta reproducción mecánicamente integral tuviera un sentido, sería ilegible. ¿Se dirá que entre el pasado y nosotros los documentos interponen ya un primer filtro? Sin duda, ellos eliminan de manera indiscriminada. En cambio, casi nunca organizan nada conforme a las necesidades de un entendimiento que quiere conocer. Como todo erudito, como todo cerebro que simplemente percibe, el historiador elige y selecciona. En una palabra, analiza. Y en primer lugar descubre, para relacionarlos, los semejantes.

Tengo ante mis ojos una inscripción funeraria romana: texto monolítico, establecido con un único propósito. Sin embargo, nada más variado que los testimonios que, sin concierto, esperan el golpe de batuta del erudito.

¿Nos interesamos por los hechos del lenguaje? Las palabras, la sintaxis, nos indicarán el estado del latín, tal y como en aquel tiempo y en aquel lugar trataban de escribirse y, por transparencia, a través de esta lengua semiculta podremos entrever el habla cotidiana. Nuestra predilección, al contrario, ¿se dirige al estudio de las creencias? Estamos en el pleno centro de las esperanzas de ultratumba. ¿Al sistema político? Un nombre de emperador, una fecha de magistratura nos llenarán de júbilo. ¿A la economía? Quizás el epitafio revele un oficio ignorado. Y podría seguir. En lugar de un documento aislado, consideremos ahora un momento

cualquiera en el desarrollo de una civilización, conocido por múltiples y numerosos documentos. De los hombres que vivían entonces, no había ninguno que no participase casi simultáneamente en múltiples manifestaciones de la vitalidad humana: que no hablara ni se hiciera oír por sus vecinos, que no tuviera sus dioses, que no fuera productor, comerciante o simple consumidor; que, sin tener un papel en los acontecimientos políticos, no padeciese al menos sus consecuencias. ¿Nos atreveremos a recorrer todas estas diferentes actividades sin elegir ni reagrupar entre la maraña misma donde nos las presenta cada documento o cada vida, individual o colectiva? Sería sacrificar la claridad no al orden verdadero de lo real, que está hecho de afinidades naturales y de vínculos profundos, sino al orden puramente aparente del sincronismo. Un cuaderno de experimentos no es lo mismo que un registro diario de lo que ocurre en el laboratorio minuto a minuto.

Igualmente, cuando en el curso de la civilización humana creemos discernir entre ciertos fenómenos eso que nosotros llamamos un parentesco, ¿qué entendemos por ello, sino que cada tipo de instituciones, de creencias, de prácticas o incluso de acontecimientos, así distinguido, nos parece expresar una tendencia particular y estable, hasta cierto punto, del individuo o de la sociedad? ¿Negaremos, por ejemplo, que a través de todos los contrastes no haya entre las emociones religiosas algo en común? De ello resulta necesariamente que comprenderemos siempre mejor un hecho humano, sea cual fuere, si poseemos ya la comprensión de otros hechos del mismo tipo. El uso que la primera época feudal hacía de la moneda como patrón de valores, mucho antes que como medio de pago, difería profundamente de las normas fijadas por la economía occidental hacia 1850; a su vez, entre el régimen monetario de mediados del siglo XIX y el nuestro, los contrastes no son a su vez menos vivos. Sin embargo, un erudito que no hubiera encontrado la moneda sino hacia el año mil, creo que no alcanzaría fácilmente a comprender las originalidades mismas de su uso en esta fecha. Es lo que justifica ciertas especializaciones, en cierto modo, verticales: en el sentido, desde luego, infinitamente modesto en que las especializaciones son siempre legítimas, es decir, como remedios contra la falta de amplitud de nuestro espíritu y contra la brevedad de nuestros destinos.

Hay más. Si desdeñamos ordenar racionalmente una materia que se nos ofrece en bruto, solo llegaremos a fin de cuentas a negar el tiempo; por consiguiente, la historia misma. Ya que este estadio del latín, ¿acaso podríamos comprenderlo si lo separásemos del desarrollo anterior de la lengua? Esta estructura de la propiedad, estas creencias, no eran, indudablemente, comienzos absolutos. En la medida en que su determinación opera desde lo más antiguo a lo más reciente, los fenómenos humanos se ordenan ante todo por cadenas de fenómenos semejantes. Clasificarlos por géneros es, por tanto, descubrir líneas de fuerza de una eficacia capital.

Pero, objetarán algunos, las distinciones que así se establecen, a través de la vida misma, solo están en la mente, no en la realidad, donde todo se confunde. Se recurre, por tanto, a la "abstracción". De acuerdo, pero ¿por qué temer a las palabras? Ninguna ciencia sabría prescindir de la abstracción. Tampoco, por otro lado, de la imaginación. Es significativo, dicho sea de paso, que los mismos que pretenden proscribir la primera manifiestan generalmente hacia la segunda un mal humor semejante. Se trata, por ambas partes, del mismo positivismo mal entendido. Las ciencias humanas no son una excepción. ¿En qué la función clorofílica es más "real", en el sentido del más extremo realismo, que la función económica? Únicamente las clasificaciones que se basasen en falsas similitudes serían funestas. Es asunto del historiador examinar incesantemente las suyas, para tener una mayor conciencia de sus fundamentos y, si ha lugar a ello, revisarlas. En su común esfuerzo por cercar lo real, pueden además partir de puntos de vista muy diferentes.

He aquí, por ejemplo, la "historia del derecho". La enseñanza y el manual, que son admirables instrumentos de esclerosis, han vulgarizado la denominación. Sin embargo ¿qué abarca? Una regla de derecho es una norma social, expresamente imperativa; sancionada, además, por una autoridad capaz de imponer el respeto con ayuda de un sistema preciso de obligaciones y penas. Semejantes preceptos pueden prácticamente regir las actividades más diversas. Nunca son los únicos en ordenarlas: obedecemos constantemente, en nuestra conducta diaria, a códigos morales, profesionales, mundanos, a menudo más imperiosos que el Código a secas, cuyas fronteras, por lo demás, oscilan sin cesar. Y para ser o no introducida, una obligación socialmente reconocida, si puede

recibir más o menos fuerza o claridad, no cambia evidentemente de naturaleza. El derecho, en el sentido estricto del término, es por tanto la envoltura formal de realidades en sí mismas mucho más variadas para proporcionar provechosamente el objeto de un estudio único; y no agota ninguna de ellas. Para penetrar en la vida de la familia, supongamos que se trate de la pequeña familia matrimonial actual, con sus perpetuas sístoles y diástoles, o de un gran linaje medieval, esta colectividad cimentada por una red tan tenaz de sentimientos e intereses, ¿bastará con enumerar uno tras otro los artículos de cualquier derecho familiar? Parece que a veces así se ha creído: con resultados muy decepcionantes, como revela aún hoy el que seamos incapaces de reconstruir la evolución íntima de la familia francesa.

Sin embargo, hay algo exacto en la noción del hecho jurídico como distinto de los otros. Y es que, al menos en muchas sociedades, la aplicación y, en gran medida, la misma elaboración de reglas de derecho han sido la obra propia de un grupo de hombres relativamente especializado y, en esa función —que sus miembros podían, es evidente, compaginar con otras funciones sociales—, suficientemente autónomo como para poseer sus propias tradiciones y, a menudo, la práctica de un método de razonamiento particular. La historia del derecho, en definitiva, podría muy bien tener una existencia por separado únicamente como historia de los juristas: lo cual no es, para una rama de una ciencia humana, una mala manera de existir. Entendida en este sentido, arroja luz sobre fenómenos muy diversos, pero sometidos a una acción humana común, que, en su ámbito necesariamente limitado, resulta muy reveladora.

Otro tipo de división completamente diferente está representado por la disciplina que hemos dado en llamar “geografía humana”. Aquí, el enfoque no parte de la acción de la mentalidad de grupo como es el caso de la historia del derecho —aunque ella no siempre lo sospeche—. Tampoco se detiene, como en el ejemplo de la historia religiosa o la historia económica, en la naturaleza específica de un hecho humano: creencias, emociones, efusiones del corazón, esperanzas y estremecimientos, inspirados por la imagen de fuerzas trascendentes a la humanidad, o esfuerzos para satisfacer y organizar las necesidades materiales. La investigación se centra en un tipo de vínculos comunes a un gran número de fenómenos

sociales. La “antropogeografía” estudia las sociedades en sus relaciones con el medio físico: intercambios en un doble sentido en el que, es evidente, el hombre actúa sin cesar sobre las cosas al mismo tiempo que estas sobre él. Aún en este caso, no hay por tanto nada más ni nada menos que una perspectiva, cuya legitimidad se prueba por su fecundidad, pero que otras perspectivas deberán completar. Tal es, en efecto, el papel del análisis en todo orden de investigación. La ciencia no descompone lo real sino para mejor observarlo, gracias a un juego de luces cruzadas cuyos rayos se combinan e interpenetran constantemente. El peligro solo comienza cuando cada proyector pretende verlo todo por sí mismo; cuando cada cantón del saber se toma por una patria.

Sin embargo, una vez más, desconfiemos de postular entre las ciencias de la naturaleza y una ciencia humana no sé qué paralelismo falsamente geométrico. En la vista que tengo desde mi ventana, cada experto toma lo suyo, sin ocuparse demasiado del conjunto. El físico explica el azul del cielo; el químico, el agua del arroyo; el botánico, la hierba. La labor de recomponer el paisaje tal como se me aparece y me conmueve se lo dejan al arte, si es que el pintor y el poeta quieren encargarse de ello. Porque el paisaje, como unidad, existe únicamente en mi conciencia. Ahora bien, lo propio del método científico, como esas formas del saber lo ejercen y, por sus logros, lo justifican, es abandonar deliberadamente al contemplador, para no querer conocer más que los objetos contemplados. Las relaciones que nuestro espíritu teje entre las cosas les parecen arbitrarias; las rompen, después de reflexionar, para restablecer una diversidad a su juicio más auténtica. No obstante, el mundo orgánico plantea a sus análisis problemas particularmente más delicados. El biólogo bien puede, para mayor comodidad, estudiar aisladamente la respiración, la digestión, las funciones motrices: no ignora que, por encima de todo ello, está el individuo del que debe dar cuenta. Pero las dificultades de la historia son aún de otra naturaleza. Ya que tiene precisamente como materia, en última instancia, conciencias humanas. Las relaciones que se establecen entre estas, las contaminaciones, incluso las confusiones de las que son la base constituyen, a sus ojos, la realidad misma.

Ahora bien, homo religiosus, homo oeconomicus, homo politicus,

de toda esta plétora de hombres en -us de la que podríamos, a voluntad, alargar la lista, el grave peligro sería tomarlos por otra cosa de lo que son en realidad: cómodos fantasmas, mientras no estorben. El único ser de carne y hueso es el hombre, sin más, pero que reúne a la vez todo.

Ciertamente, las conciencias tienen sus muros interiores, que algunos se muestran particularmente hábiles en levantar. Gustave Lenôtre se asombraba de encontrar entre los terroristas tantos excelentes padres de familia. Incluso si los grandes revolucionarios habían sido los auténticos bebedores de sangre cuya pintura complacía de forma tan agradable a un público cómodamente aburguesado, este estupor no dejaba de delatar una psicología bastante corta de miras. ¿Cuántos hombres no llevan, en tres o cuatro planos diferentes, diversas vidas que desean distintas y que a veces logran mantener así? Sin embargo, de esto a negar la unidad fundamental del yo y las constantes interpenetraciones de sus diversas actitudes, hay una distancia. ¿Eran extraños el uno para el otro, el Pascal matemático y el Pascal cristiano? ¿Nunca cruzaban sus caminos el docto médico François Rabelais y el maestro Alcofribas, de memoria pantagruélica? Incluso cuando los papeles interpretados alternativamente por un actor único parecen oponerse tan brutalmente como los personajes estereotipados de un melodrama, puede ocurrir que, bien mirado, esta antítesis sea solamente la máscara de una solidaridad más profunda. Se ha ridiculizado al elegíaco Florian, quien al parecer golpeaba a sus amantes; quizá derramaba tanta dulzura en sus versos para consolarse de no lograr tenerla en su conducta. Cuando el mercader medieval, después de haber violado, a lo largo de la jornada, los mandamientos de la Iglesia sobre la usura y el precio justo iba a arrodillarse beatamente ante la imagen de Nuestra Señora, y después, en el ocaso de su vida, acumulaba las piadosas y limosneras fundaciones; cuando el gran fabricante de los “tiempos difíciles” construía hospitales con el dinero ahorrado en los miserables salarios de niños desarrapados, ¿buscaban solamente, uno y otro, como se suele decir, contratar contra las iras celestes un seguro ruin, o bien, por estas explosiones de fe o de caridad, no satisfacían también, sin expresárselo demasiado, las necesidades secretas del corazón, que la dura práctica cotidiana les había obligado a reprimir? Hay contradicciones que se parecen mucho a

evasiones.

¿Pasamos de los individuos a la sociedad? Como esta, de cualquier manera que se la considere, no podrá ser, después de todo, más que, digamos, una suma —lo que sería, sin duda, decir demasiado poco —, o al menos un resultado de las conciencias individuales, no sorprenderá encontrarse el mismo juego constante de interacciones. Es un hecho cierto que, desde el siglo XII a la Reforma al menos, las comunidades de tejedores constituían uno de los terrenos privilegiados de las herejías. He aquí sin duda un bonito material para una ficha de historia religiosa. Guardemos, por tanto, cuidadosamente esa tarjeta en su fichero. En los casilleros contiguos, clasificados esta vez como "historia económica", introduzcamos un segundo montón de notas. ¿Creeremos haber terminado, por ello, con esas bulliciosas sociedades de la lanzadera? Todavía nos quedará por explicarlas, puesto que uno de sus rasgos fundamentales fue no el de hacer coexistir lo religioso con lo económico, sino de entrelazarlos. Sorprendido por "esta especie de certidumbre, de seguridad, de asidero moral" de la que ciertas generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra parecían haber gozado con asombrosa plenitud, Lucien Febvre descubre, por encima de todo, dos razones: el imperio intelectual que ejercía el sistema cosmológico de Laplace y la "anormal fijeza" del régimen monetario. Pocos hechos humanos hay de naturaleza en apariencia más opuesta que estos. Sin embargo, contribuyeron a dar la tonalidad característica a la actitud mental de un grupo. Sin duda, estas relaciones a escala colectiva no son sencillas, como tampoco lo son en el seno de cualquier conciencia personal. Hoy ya no nos atreveríamos a escribir, sin más, que la literatura es "la expresión de la sociedad". Al menos, desde luego no lo es en el sentido en que un espejo "expresa" el objeto reflejado. Puede traducir tanto reacciones defensivas como un acuerdo. De manera casi inevitable, arrastra un gran número de temas heredados, de mecanismos formales aprendidos en el taller, de antiguas convenciones estéticas, que son tantas causas de retrasos. "En la misma fecha", escribe con sagacidad H. Focillon, "lo político, lo económico, lo artístico no ocupan —yo preferiría decir, "no ocupan necesariamente"— las mismas posiciones en sus curvas respectivas". Pero es por estos desajustes que la vida social mantiene su ritmo casi siempre entrecortado. Del mismo modo, en la mayor parte de los individuos,

las diversas almas, por hablar del lenguaje pluralista de la antigua psicología, tienen rara vez una edad idéntica: ¡cuántos hombres maduros conservan aún resquicios de infancia!

Michelet explicaba en 1837 a Sainte-Beuve: “Si no hubiese hecho entrar en la narración la historia política, si no hubiese tenido en cuenta elementos diversos de la historia (religión, derecho, geografía, literatura, arte…), la apariencia sería completamente diferente. Pero era necesario un gran movimiento vital, porque todos esos elementos diversos gravitaban juntos en la unidad del relato”. En 1800[19], Fustel de Coulanges, a su vez, decía a su audiencia de la Sorbona: “Supongamos que cien especialistas se dividen, por lotes, el pasado de Francia. ¿Creeremos que finalmente han hecho la historia de Francia? Lo dudo mucho. Al menos les faltará el vínculo entre los hechos, ya que este vínculo es también una verdad histórica”. “Movimiento vital”, “vínculo”: la oposición de las imágenes es significativa. Michelet pensaba, sentía, bajo las especies de lo orgánico; hijo de una época en la que el universo newtoniano parecía ofrecer el modelo acabado de la ciencia, Fustel adoptaba sus metáforas del espacio. Su acuerdo fundamental no ofrece sino un sonido más completo. Estos dos historiadores eran demasiado grandes para ignorarlo: al igual que un individuo, una civilización no es más que un rompecabezas, mecánicamente ensamblado; el conocimiento de los fragmentos, estudiados sucesivamente, cada uno por sí mismo, no proporcionará nunca el del todo; ni siquiera proporcionará el de los fragmentos mismos.

Pero el trabajo de recomposición solo podría venir tras el análisis. Mejor dicho: no tiene su razón de ser sino como prolongación del análisis. En la imagen primitiva, contemplada más que observada, ¿cómo se han discernido los vínculos, ya que nada era distinto? Su trama delicada solo podía aparecer una vez que los hechos aparecieran clasificados por líneas específicas. Así, para ser fiel a la vida, en el constante entretejido de sus acciones y reacciones, no es en absoluto necesario pretender abarcarla por completo, mediante un esfuerzo por lo común demasiado vasto para las posibilidades de un solo científico. Nada más legítimo, nada a menudo más saludable que centrar el estudio de una sociedad en uno de sus aspectos particulares o, mejor aún, en uno de los problemas precisos que revela tal o cual aspecto: creencias, economía, estructura de

clases o de grupos… Mediante esta elección razonada, los problemas no solo estarán más firmemente planteados, sino que hasta los hechos de contacto o de intercambio emergerán con mayor claridad, simplemente a condición de querer descubrirlos. Esos grandes mercaderes de la Europa del Renacimiento, vendedores de paños o de especias, acaparadores de cobre, mercurio o alumbre, banqueros de emperadores y de reyes, ¿desearíamos conocerlos realmente por sus mercancías mismas? Recordemos que se hacían retratar por Holbein, que leían a Erasmo o a Lutero. Para comprender la actitud del vasallo medieval hacia su señor habrá también que informarse sobre su relación con Dios. El historiador nunca sale del tiempo; pero por una oscilación necesaria, que ya el debate sobre los orígenes ha puesto ante nuestros ojos, considera unas veces las grandes olas de fenómenos emparentados que atraviesan, de un lado a otro, la duración, en otras ocasiones el momento humano en el que esas corrientes se estrechan en el poderoso nudo de las conciencias.

III. La nomenclatura

Sin embargo, sería insuficiente limitarse a discernir en un hombre o en una sociedad los principales aspectos de su actividad. En el interior de cada uno de estos grandes grupos de hechos, se hace necesario un nuevo y más delicado esfuerzo de análisis. Es preciso distinguir las diferentes instituciones que componen un sistema político, las distintas creencias, prácticas, emociones de las que una religión está hecha. Es necesario, en cada una de estas piezas y en el conjunto mismo, caracterizar los rasgos que los aproximan o que los separan de las realidades del mismo orden… Problema de clasificación inseparable, en la experiencia, del problema fundamental de la nomenclatura.

Porque todo análisis necesita, antes que nada, un lenguaje apropiado como herramienta; un lenguaje capaz de dibujar con precisión el contorno de los hechos, y a la vez de conservar la flexibilidad necesaria para adaptarse progresivamente a los descubrimientos, un lenguaje sobre todo sin fluctuaciones ni equívocos. Es ahí donde los historiadores nos encontramos en desventaja. Un escritor de aguda inteligencia, que no nos aprecia demasiado, lo ha visto bien: “Ese momento capital de las definiciones y de las convenciones claras y especiales que vienen a reemplazar a los significados de origen confuso y estadístico no ha llegado a la historia”. Pero si es cierto que este momento de exactitud no ha llegado todavía, ¿es imposible que llegue algún día? Y, ante todo, ¿por qué tarda tanto en llegar?

La química se ha forjado sus propios signos. Incluso sus palabras. Gaz es, si no me equivoco, uno de los escasos vocablos auténticamente inventados que posee la lengua francesa. Y es que la química tiene la gran ventaja de dirigirse a realidades incapaces, por naturaleza, de nombrarse a sí mismas. El lenguaje de la percepción confusa, que rechazó, no era menos ajeno a las cosas y,

en este sentido, menos arbitrario que el de la observación clasificada y controlada con el que lo sustituyó: que se diga "vitriolo" o "ácido sulfúrico" no afecta en nada al cuerpo. Algo que funciona de una forma completamente diferente en las ciencias humanas. Para dar nombres a sus actos, a sus creencias y a los diversos aspectos de su vida en sociedad, los hombres no han esperado a verlos convertidos en una investigación desinteresada. Por tanto, la historia recibe su vocabulario, en gran medida, de la materia misma de su estudio. Lo acepta, ya cansado y deformado por un uso prolongado; además, suele ser ambiguo desde su origen, como todo sistema de expresiones que no es resultado del esfuerzo rigurosamente concertado de los técnicos.

Lo peor es que estos préstamos mismos carecen de unidad. Los documentos tienden a imponer su nomenclatura; el historiador, si los escucha, escribe bajo el dictado de una época cada vez diferente. Pero por otro lado piensa naturalmente según las categorías de su propio tiempo; por consiguiente, con las palabras de este. Cuando hablamos de patricios, un contemporáneo del viejo Catón nos habría comprendido; por el contrario, el autor que evoca el papel de la "burguesía" en las crisis del Imperio romano, ¿cómo podría traducir al latín el nombre o la idea? Así, dos orientaciones distintas se reparten, casi necesariamente, el lenguaje de la historia. Veámoslas paso a paso.

Reproducir o calcar la terminología del pasado puede parecer, en un primer momento, un procedimiento bastante seguro. Sin embargo, en la aplicación se topa con múltiples dificultades.

En primer lugar, porque los cambios de las cosas están lejos de producir cambios paralelos en sus nombres. Tal es el desarrollo natural del carácter tradicionalista inherente a todo lenguaje, como la falta de invención que padecen la mayor parte de los hombres.

La observación también es válida para las herramientas, que suelen estar sujetas a modificaciones muy definidas. Cuando mi vecino me dice: "Salgo en coche", ¿debo entender que habla de un vehículo con caballos o de un automóvil? Únicamente la experiencia que pueda tener de antemano de su caballeriza o de su garaje me

permitirá responder. Aratrum designaba, en principio, el instrumento de labranza sin ruedas; carruca, el que estaba provisto de ellas. Sin embargo, dado que el primero apareció antes que el segundo, ¿cómo podré estar seguro, si encuentro en un texto la antigua palabra, de que esta simplemente designa una nueva herramienta? A la inversa, Mathieu de Dombasle llamó charrue al instrumento que inventó y que, privado de ruedas, era en realidad un arado.

No obstante, esta fidelidad al nombre heredado resulta mucho más fuerte cuando se consideran realidades de un orden menos material. Y es que las transformaciones, en semejante caso, se producen casi siempre muy lentamente para ser percibidas por los mismos hombres a quienes afectan. No experimentan la necesidad de cambiar de etiqueta porque el cambio del contenido se les escapa. La palabra latina servus, que ha dado en francés serf [“siervo”], ha atravesado los siglos. Pero a costa de tantas alteraciones sucesivas en la condición así designada que, entre el servus de la antigua Roma y el serf de la Francia de San Luis, los contrastes prevalecían mucho más que las semejanzas. También los historiadores han preferido reservar “siervo” para la Edad Media. Si se trata de la Antigüedad, hablan de “esclavos”. Dicho de otra manera, en vez del calco prefieren en ese caso la equivalencia. No sin sacrificar a la exactitud intrínseca del lenguaje un poco de la armonía de sus colores; ya que el término, que trasplantan a un entorno romano, no nació sino en torno al año mil, en los mercados de carne humana donde los esclavos cautivos parecían proporcionar el modelo mismo de una completa sumisión, convirtiéndose en algo completamente extraño a los siervos indígenas de Occidente. El artificio es cómodo en tanto nos mantenemos en los extremos. En el intervalo, ¿en qué punto habrá de desaparecer el esclavo ante el siervo? Es el eterno sofisma del montón de trigo. De todas formas, nos vemos obligados, para hacer justicia a los hechos mismos, de sustituir su lenguaje por una nomenclatura, si no propiamente inventada, al menos modificada y desplazada.

De manera recíproca, ocurre también que los nombres varían, en el tiempo o en el espacio, independientemente de toda variación en las cosas.

Algunas veces, son las causas particulares de la evolución del lenguaje las que conllevan la desaparición de la palabra, sin que el objeto o el acto hayan sido en nada modificados. Ya que los hechos lingüísticos tienen su factor propio de resistencia o de ductilidad. Al constatar la desaparición en las lenguas románicas del verbo latino emere y su sustitución por otros verbos de orígenes muy diferentes —acheter, "comprar", etc.—, hace tiempo un erudito creyó poder extraer de esto las conclusiones más amplias e ingeniosas sobre las transformaciones del régimen de intercambios en las sociedades herederas de Roma. ¿Por qué nadie se había preguntado si este hecho indiscutible podía ser tratado como un hecho aislado? Nada fue más común, al contrario, en las lenguas derivadas del latín, que la desaparición de las palabras demasiado cortas; la anemia de las sílabas átonas las había hecho poco a poco casi indistintas. El fenómeno es de orden estrictamente fonético, y divierte el error de haber tomado un avatar de la pronunciación por un rasgo de la civilización económica.

Por otro lado, son las condiciones sociales las que se oponen al establecimiento o mantenimiento de un vocabulario uniforme. En sociedades muy fragmentadas, como las de nuestra Edad Media, era frecuente que las instituciones fundamentalmente idénticas fueran, según los lugares, designadas por términos muy diferentes. Todavía en nuestros días, los dialectos rurales se diferencian mucho entre ellos, hasta en las anotaciones de los nombres más comunes y las costumbres más universales. En la región del centro, donde escribo estas líneas, se llama village ["pueblo"] a lo que, en el norte, será denominado hameau ["aldea"]. El pueblo del norte es aquí un "burgo". Estas diferencias verbales presentan, en sí mismas, rasgos muy dignos de atención. Al conformarlo, sin embargo, a su propia terminología, el historiador no solo comprometía la inteligibilidad de su discurso; se privaba hasta del trabajo de clasificación, que figura entre sus primeros deberes.

Nuestra ciencia no dispone, como las matemáticas o la química, de un sistema de símbolos desvinculado de cualquier lengua nacional. El historiador habla únicamente con palabras; por lo tanto, con aquellas de su país. Si se encuentra en presencia de palabras que se

expresan en una lengua extranjera, sería necesario traducir. Ningún obstáculo serio, en la medida en que las palabras remiten a cosas o a acciones banales: esta moneda corriente del vocabulario se intercambia fácilmente a la par. Por el contrario, tan pronto como aparecen instituciones, creencias, costumbres que participan más profundamente en la vida propia de una sociedad, la transposición a otra lengua, hecha a la imagen de una sociedad diferente, se convierte en una empresa llena de peligros. Ya que elegir la equivalencia supone postular una similitud.

Por tanto, ¿nos resignaremos irremediablemente a conservar, aunque haya que explicarlo, el término original? Sin duda, será necesario algunas veces. Cuando se vio, en 1919, que la Constitución de Weimar mantenía para el Estado alemán el nombre de Reich, algunos de nuestros publicistas exclamaron: “Extraña república que persiste en llamarse imperio”. La verdad es que la palabra Reich no solo no evoca en sí misma la idea de un emperador; asociada a las imágenes de una historia política en perpetua oscilación entre el particularismo y la unidad, la palabra tiene un sentido tan específicamente alemán como para sufrir, en una lengua en la que se refleja un pasado nacional muy diferente, la menor tentativa de traducción.

Sin embargo, ¿cómo generalizar esta reproducción mecánica, verdadera solución del mínimo esfuerzo? Dejemos de lado incluso toda preocupación por la propiedad de una lengua: reconozcamos que sería molesto ver a los historiadores saturar sus frases de vocablos extranjeros, imitar a esos autores de novelas costumbristas que, a fuerza de expresarse en patois, derivan en una jerga en la que el campo no sería más reconocible que la ciudad. Al renunciar a todo intento de equivalencia, a menudo traicionaremos la realidad misma. Un uso que se remonta, creo, al siglo XVIII, hace que serf en francés o palabras con un sentido próximo en otras lenguas occidentales se empleen para designar el chriépostnoï de la antigua Rusia zarista. Una aproximación tan desafortunada sería difícil de imaginar. Allí, un régimen de sumisión de la gleba, poco a poco transformada en una verdadera esclavitud; aquí, una forma de dependencia personal que, a pesar de su dureza, estaba muy lejos de tratar al hombre como una cosa desprovista de todos sus derechos: la supuesta servidumbre rusa no tenía prácticamente nada

en común con nuestra servidumbre medieval. Sin embargo, decir simplemente chriépostnoï no nos hará avanzar nada. Puesto que en Rumanía, Hungría, Polonia y hasta en Alemania oriental existieron tipos de sujeción campesina estrechamente emparentadas con aquella que se estableció en Rusia, ¿habrá en cada caso que hablar rumano, húngaro, polaco, alemán o ruso? Una vez más se escaparía lo esencial, que es restituir los vínculos profundos de los hechos, expresándolos a través de una nomenclatura precisa.

La etiqueta ha sido mal elegida. Una etiqueta común, sobreimpuesta por consiguiente a los nombres nacionales, en lugar de copiarlos, no deja de ser menos necesaria. También en este caso la pasividad está prohibida.

Numerosas sociedades han ejercido lo que podríamos llamar un bilingüismo jerárquico. Se enfrentaban dos lenguas: una popular, la otra culta. Lo que se pensaba y se decía de manera corriente en la primera se escribía, exclusivamente o de preferencia, en la segunda. Así, en Abisinia, entre los siglos XI y XIII, se escribía el ge'ez y se hablaba el amhárico. Así los evangelios trasladaron al griego, que era entonces la gran lengua de la cultura de Oriente, palabras que hay que suponer intercambiadas en arameo. Así, más cerca de nosotros, en la Edad Media, durante mucho tiempo no se administró ni se relató a sí misma más que en latín. Heredadas de civilizaciones desaparecidas o tomadas prestadas a civilizaciones extranjeras, estas lenguas de letrados, de clérigos y de notarios debían necesariamente expresar muchas realidades para las cuales no estaban originalmente hechas en absoluto. Solo lo lograban con la ayuda de todo un sistema de transposiciones de una torpeza inevitable.

Ahora bien, es a través de sus escritos —dejando a un lado los testimonios materiales— que conocemos una sociedad. Por tanto, aquellas en las que triunfa un semejante dualismo lingüístico no se nos presentan, en muchas de sus características principales, más que a través de un velo de aproximaciones. A veces incluso se interpone una pantalla suplementaria. El gran catastro de Inglaterra que hizo establecer Guillermo el Conquistador, el famoso "libro del día del Juicio Final" (Domesday Book), fue obra de clérigos normandos o

de Le Mans. No solo describen en latín instituciones específicamente inglesas; sino que las habían repensado primero en francés. Cuando el historiador se topa con estas nomenclaturas por sustitución de términos, no tiene otro recurso que rehacer, hacia atrás, el trabajo. Si las correspondencias han sido convenientemente elegidas y, sobre todo, aplicadas de manera coherente, la tarea será relativamente fácil. No costará mucho esfuerzo reconocer, tras los "cónsules" de los cronistas, a los condes reales. Por desgracia, se encuentran casos menos favorables. ¿Quién era el colonus de nuestras cartas de los siglos XI y XIII? Una pregunta desprovista de sentido. En efecto, sin heredero en la lengua vulgar, porque había dejado de evocar algo vivo, la palabra no representaba sino un artificio de la traducción, empleado por los notarios para designar en cada caso, en un hermoso latín clásico, condiciones jurídicas o económicas muy diversas.

De igual modo, esta oposición entre dos lenguas necesariamente diferentes en realidad solo representa el caso límite de contrastes comunes en todas las sociedades. Incluso en las naciones más cohesionadas, como la nuestra, cada pequeña colectividad profesional, cada grupo caracterizado por la cultura o la fortuna, posee su sistema de expresión particular. Ahora bien, no todos los grupos escriben o escriben tanto, o tienen tantas posibilidades de hacer que sus escritos pasen a la posteridad. Todo el mundo lo sabe: es raro que el proceso verbal de un interrogatorio judicial reproduzca literalmente las palabras pronunciadas; el secretario judicial, casi de forma espontánea, ordena, clarifica, restablece la sintaxis, depura las palabras consideradas demasiado vulgares. Las civilizaciones del pasado tienen también sus secretarios judiciales; cronistas y juristas, sobre todo. Son aquellos cuya voz, antes que cualquier otra, nos ha sido transmitida. Tengamos cuidado de no olvidar que las palabras que usaban, las clasificaciones que proponían a través de esas palabras, eran el resultado de una elaboración culta, que solía estar influida, de manera desmedida, por la tradición. ¡Qué sorpresa nos llevaríamos si en lugar de complicarnos con la embrollada terminología —probablemente artificial— de los censos y las capitulares carolingias pudiéramos pasearnos por un pueblo de aquel tiempo y escuchar a los campesinos hablar entre sí sobre sus condiciones o a los señores sobre las de sus súbditos! Quizá esta descripción de la práctica

cotidiana tampoco daría cuenta por sí misma de toda la vida, ya que las tentativas de expresión y, por consiguiente, de interpretación, que vienen de hombres doctos o de leyes también constituyen fuerzas concretamente activas; pero al menos permitiría alcanzar una fibra profunda. ¡Qué enseñanza, trátese del dios de ayer o de hoy, si lográsemos percibir por boca de las gentes humildes su verdadera plegaria! Suponiendo, no obstante, que ellos mismos hubieran sabido traducir los anhelos de su corazón sin mutilarlos.

Ya que ahí se encuentra, en última instancia, el gran obstáculo. Nada resulta más difícil para un hombre que expresarse acerca de sí mismo. Pero no experimentamos menos dificultades al tratar de encontrar nombres, a la vez exentos de ambigüedad y de falso rigor, para las fluidas realidades sociales que son la trama de nuestra existencia. Los términos más frecuentes nunca son más que aproximaciones. Incluso los términos de la fe, que fácilmente supondríamos de sentido estricto. Al examinar el mapa religioso de Francia, veremos cuántas distinciones matizadas tiene que hacer hoy un erudito como Le Bras para sustituir la etiqueta demasiado simple de “católico”. He aquí algo sobre lo que conviene hacer reflexionar a los historiadores que, desde lo alto de su credulidad —a veces, y quizás con mayor frecuencia, de su incredulidad—, dictaminan rígidamente sobre el catolicismo de un Erasmo. Para otras realidades, muy vivas, nos ha faltado encontrar las palabras que necesitaban. En nuestra época, un obrero habla fácilmente de su conciencia de clase, por débil que esta sea. No creo que este sentimiento de solidaridad razonada y concertada se haya manifestado con más fuerza ni más claridad que entre los jornaleros de las zonas rurales del norte, hacia el final del Antiguo Régimen; diversas peticiones y algunos cuadernos de quejas de 1789 nos han dejado conmovedoras noticias de ello. El sentimiento, sin embargo, no podía nombrarse entonces, porque el término todavía no existía.

Por resumirlo todo en una palabra, el vocabulario de los documentos no es, en cierta manera, otra cosa que un testimonio. Valioso entre todos, sin duda, pero, como todos los testimonios, imperfecto; por tanto, sujeto a crítica. Cada término importante,

cada giro estilístico, se convierte en un verdadero elemento de conocimiento, pero solamente una vez que se lo confronta con su entorno, reubicado en el uso de la época, del medio o del autor; sobre todo bien defendido, cuando ha sobrevivido largo tiempo al peligro siempre presente del contrasentido por anacronismo. La unción real era, en el siglo XII, fácilmente tratada como sacramento; palabra llena de significación y sin embargo en esa época desprovista del enorme valor que hoy en día le atribuiría una teología rígida en sus definiciones y, por lo tanto, en su léxico. El advenimiento de un nombre es siempre un gran hecho, incluso si la cosa le había precedido, porque marca la etapa decisiva de la toma de conciencia. ¡Qué avance, el día en el que los adeptos de una nueva fe se llamaron a sí mismos cristianos! Algunos de nuestros antepasados, como Fustel de Coulanges, nos han dejado admirables modelos de este estudio de los significados, de esta "semántica histórica". A partir de su época, los progresos de la lingüística han perfeccionado aún más la herramienta. Ojalá que los jóvenes investigadores puedan seguir manejándola y, sobre todo, llevar su uso incluso hasta las épocas más próximas a la nuestra que son, con mucho, a este respecto, las peor exploradas.

Ciertamente, por muy incompleta que sea generalmente su adherencia, los nombres, a pesar de todo, se aferran de tal manera a las realidades que no es posible describir una sociedad sin un amplio uso de sus palabras, debidamente explicadas e interpretadas. No imitaremos a los eternos traductores de la Edad Media. Hablaremos de condes cuando se trate de condes, de cónsules si Roma entra en escena. Se produjo un gran avance en la comprensión de las religiones helénicas cuando, en boca de los eruditos, Júpiter se vio definitivamente destronado por Zeus. Pero esto se refiere sobre todo al detalle de las instituciones, de las herramientas y de las creencias. Considerar que la nomenclatura de los documentos pueda bastar para fijar completamente la nuestra supondría admitir, en definitiva, que nos aportan directamente el análisis. La historia, en este caso, no tendría gran cosa que hacer. Afortunadamente, para nuestra satisfacción, no es así en absoluto. Por ello nos vemos obligados a buscar en otra parte nuestras grandes líneas de clasificación.

Para establecerlas, se nos ofrece todo un léxico, cuya generalidad pretende ser superior a las resonancias de una época determinada. Elaborado, sin un plan preestablecido, por los retoques sucesivos de varias generaciones de historiadores, reúne elementos de fecha y de procedencia muy diversas. “Feudal”, “feudalismo”, son términos judiciales extraídos de la Basoche[20] en el siglo XVIII por Boulainvilliers, luego por Montesquieu, que se han convertido en etiquetas bastante torpes de un tipo de estructura social bastante mal definida a su vez. “Capital”, palabra de usurero y de contable, cuya significación extendieron pronto los primeros economistas. “Capitalista”, residuo lejano de la jerga de los especuladores en las primeras bolsas europeas. Pero “capitalismo”, que ocupa hoy, en nuestros clásicos, un lugar mucho más importante, es muy reciente: lleva su desinencia como una marca de origen (Kapitalismus). “Revolución” ha permutado sus antiguas asociaciones astrológicas por un sentido muy humano; en el cielo era, y es aún, un movimiento regular que vuelve constantemente sobre sí mismo; en la Tierra, hoy por hoy, una repentina crisis que se extiende hacia delante. “Proletario” se viste a la antigua, como los hombres del 89 que, siguiendo a Rousseau, hicieron su fortuna: pero Marx, después de Babeuf, lo marcó para siempre con su impronta. Incluso América ha dado “tótem” y Oceanía “tabú”: préstamos de los etnógrafos ante los cuales aún vacila el clasicismo de algunos historiadores…

Ni esta variedad de orígenes ni estas desviaciones de sentido son una dificultad. Una palabra vale mucho menos por su etimología que por el uso que se hace de ella. Si “capitalismo”, incluso en sus aplicaciones más amplias, está lejos de abarcar todos los regímenes económicos en el que el capital de los prestamistas de dinero desempeñó un papel, si feudal sirve para caracterizar en general a las sociedades en las que el feudo no fue en realidad el rasgo más significativo, no hay aquí nada que contradiga la práctica universal de todas las ciencias, obligadas —desde el momento en que no se conforman con los puros símbolos algebraicos— a valerse del vocabulario confuso de la vida cotidiana. ¿Acaso nos escandalizaremos si el físico persiste hoy en llamar “átomo”, es decir, indivisible, al objeto de sus disecciones más audaces?

Por el contrario, son mucho más peligrosos los efluvios emocionales de los que nos llegan cargadas tantas palabras. La fuerza de los

sentimientos rara vez favorece la precisión en el lenguaje.

El uso, incluso en los historiadores, tiende a confundir, de la manera más desafortunada, las dos expresiones de “régimen feudal” y de “régimen señorial”. Se asimila así, arbitrariamente, a la red de vínculos de dependencia característica de una aristocracia guerrera un tipo de sujeción campesina que, además de tener una naturaleza muy diferente, nació mucho antes, duró mucho más tiempo y se extendió mucho más por todo el mundo.

El malentendido se remonta al siglo XVIII. El vasallaje y el feudo seguían aún existiendo, pero como meras formas jurídicas, tras varios siglos casi vacíos de contenido. El señorío, al contrario, procedente de este mismo pasado, continuaba estando muy vivo. Los escritores políticos no supieron hacer distinciones en esta herencia. No era solo que lo comprendiesen mal. En su mayoría, no lo consideraban fríamente. Detestaban a su vez los arcaísmos presentes en él y, sobre todo, las fuerzas opresivas que se obstinaba en contener. Una condena común lo envolvía todo. Más tarde la Revolución abolió, simultáneamente y bajo un nombre único, el señorío junto con las instituciones propiamente feudales. Solo subsistía un recuerdo, aunque tenaz, que la imagen de las luchas recientes teñía con intensos colores. A partir de ahí reinó la confusión. Nacida de la pasión, estaba preparada para extenderse aún más, bajo el influjo de nuevas pasiones. Incluso hoy, cuando evocamos indiscriminadamente los “feudalismos” industriales o bancarios, se hace con toda la calma del mundo. Detrás siempre hay, en el fondo, un reflejo de la quema de castillos durante el ardiente verano del 89.

Sin embargo, este es desgraciadamente el destino de muchas de nuestras palabras. Siguen viviendo a nuestro lado, con la agitada vida de una plaza pública. No es el historiador el que nos conmina hoy con sus arengas a identificar capitalismo y comunismo. Estos coeficientes de afectividad, con signos a menudo variables según los medios y los momentos, solo engendran más equívocos. Ante la palabra revolución, los ultras de 1815 ocultaban el rostro; los de 1940 se sirven de ella para camuflar su golpe de Estado.

Supongamos, sin embargo, que nuestro vocabulario se haya vuelto definitivamente impasible. Las lenguas más intelectuales también tienen sus trampas. Ciertamente no sentimos la más mínima tentación de repetir las "bromas nominalistas" de las que François Simiand se sorprendía en otro tiempo que se reservase a las ciencias humanas el "singular privilegio". ¿Con qué derecho podemos negarnos las facilidades del lenguaje, imprescindibles para todo conocimiento racional? ¿Hablamos, por ejemplo, de maquinismo? Con ello en absoluto se crea una entidad. Bajo un nombre expresivo se agrupan a voluntad hechos muy concretos, cuya similitud, que el nombre tiene por objeto propiamente significar, es también una realidad. En sí mismas, estas rúbricas no tienen por tanto nada de ilegítimo. Su verdadero peligro viene de su propia comodidad. Mal elegido o aplicado de un modo demasiado mecánico, el símbolo, que solo estaba ahí para ayudar al análisis, termina por prescindir de él. Por ello, fomenta el anacronismo que es, entre todos los pecados, el más imperdonable para una ciencia del tiempo.

Las sociedades medievales distinguían dos grandes condiciones humanas: los hombres libres y los no considerados como tales. Pero la libertad es una de esas nociones que cada época maneja a su conveniencia. Por ello, algunos historiadores han juzgado en nuestra época que, atendiendo al sentido supuestamente normal de la palabra —es decir, el suyo—, los no libres de la Edad Media habían sido mal nombrados. No eran, según ellos, sino "semilibres". Palabra inventada sin ninguna base en los textos, este término intruso es en cualquier caso fastidioso. Por desgracia, no es solo eso. Por una consecuencia más o menos inevitable, el falso rigor que daba al lenguaje pareció volver superflua cualquier investigación verdaderamente profunda sobre la frontera entre la libertad y la servidumbre, tal y como aquellas civilizaciones concebían su imagen: límite a menudo incierto, variable según los prejuicios del momento o del grupo, pero uno de cuyos rasgos esenciales fue, justamente, el no haber sufrido nunca esa zona marginal que sugiere, con una desafortunada insistencia, el nombre de semilibertad. Una nomenclatura impuesta al pasado estará abocada a distorsionarlo si tiene como objetivo o como mero resultado reducir sus categorías a las nuestras, elevadas a lo eterno para la ocasión. Con respecto a estas etiquetas solo cabe de modo razonable eliminarlas.

“Capitalismo” ha sido una palabra útil. Sin duda, volverá a serlo cuando hayamos conseguido desprenderla de todos los equívocos de los que, a medida que se abría paso en el uso corriente, se cargaba cada vez más. Por el momento, transportada sin cuidado a través de las más diversas civilizaciones, ha acabado, casi fatalmente, por enmascarar sus rasgos originales. ¿Era “capitalista” el régimen económico del siglo XVI? Puede ser. Consideremos, sin embargo, esta suerte de descubrimiento universal de la ganancia de dinero, que se extendió desde la cima hasta la base de la sociedad, abarcando al mercader o al notario del pueblo al igual que al gran banquero de Augsburgo o de Lyon; veamos cómo se pone el acento sobre el préstamo o la especulación comercial antes que sobre la organización de la producción. En su contextura humana, este “capitalismo” del Renacimiento era, por tanto, diferente del sistema manufacturero, mucho más jerarquizado, del sistema sansimoniano de la época de la Revolución Industrial, que a su vez… Una observación muy sencilla bastará como advertencia. ¿En qué época fijar la aparición del capitalismo, no ya de una época determinada, sino el capitalismo en sí, el capitalismo con C mayúscula? ¿En la Italia del siglo XII? ¿En el Flandes del siglo XIII? ¿En la época de los Fúcar y de la Bolsa de Amberes? ¿En el siglo XVIII o quizá en el XIX? Hay tantos historiadores como actas de nacimiento. Casi tan numerosas, de hecho, como las de la burguesía cuyo ascenso al poder se celebra en los manuales escolares, según los periodos sucesivamente propuestos a las meditaciones de nuestros niños, a veces bajo Felipe el Hermoso, o bajo Luis XIV, a menos que fuera en 1789 o 1830. ¿Quizás, después de todo, no se trata exactamente de la misma burguesía? Como tampoco del mismo capitalismo…

Creo que es aquí donde tocamos el fondo del asunto. Nos acordamos de la hermosa frase de Fontenelle: “Leibniz propone definiciones exactas, que le privan de la agradable libertad de abusar de términos según la ocasión”. Agradable, no lo sé; pero peligrosa, sin duda. Es una libertad que no puede sernos sino muy familiar. El historiador raras veces define. En efecto, podría juzgar este esfuerzo superfluo si se basase en un uso con un sentido estricto en sí mismo. Como este no es el caso, no tiene, hasta en el empleo de sus palabras clave, otra guía que su instinto personal.

Extiende, restringe, distorsiona despóticamente los significados sin advertir al lector, sin ser él mismo siempre plenamente consciente de ello. ¿Cuántos "feudalismos" hay en el mundo entero, desde China hasta la Grecia de los aqueos de hermosas cnémidas? La mayoría de ellos no tienen nada en común. Y es que cada historiador comprende el nombre a su manera.

¿Definimos, sin embargo, al azar? A menudo, lo hacemos para nosotros mismos. No hay un caso más significativo que el de un analista de economía tan penetrante como John Maynard Keynes. Apenas hay un libro suyo en el que no se le vea apropiarse de términos que, salvo excepción, han sido bastante bien fijados, para otorgarles significados nuevos, que incluso cambian de obra en obra; en todo caso, alejados deliberadamente de la práctica común. ¡Curiosas excentricidades de las ciencias humanas, que tras haber figurado durante largo tiempo entre las "bellas letras", parecen conservar algo del impenitente individualismo del arte! ¿Acaso concebimos a un químico que diga: "Son necesarios dos cuerpos para formar una molécula de agua: uno aporta dos átomos, el otro uno solo: en mi vocabulario el primero se denominará oxígeno y el segundo hidrógeno"? Por más rigurosos que se supongan, los lenguajes de los historiadores, alineados uno junto al otro, nunca constituirán el lenguaje de la historia.

A decir verdad, se han hecho algunos intentos mejor concertados aquí y allá por grupos de especialistas a quienes la juventud relativa de sus disciplinas pone a resguardo de sus peores rutinas corporativas (lingüistas, etnógrafos, geógrafos); para la historia en su conjunto, por el Centro de Síntesis, siempre atento a prestar servicios y dar ejemplos. Cabe esperar mucho de ello. Pero menos aún, quizás, que el progreso de una difusa buena voluntad. Llegará un día, sin duda, en el que una serie de acuerdos permitirán precisar la nomenclatura y luego, de etapa en etapa, afinarla. Incluso entonces la iniciativa del investigador conservará tradicionalmente las articulaciones de su relato, al menos cuando no se contente, convirtiéndose en anales, con dar traspiés entre año y año.

Destruyéndose una a la otra, las dominaciones de los pueblos conquistadores marcaron las grandes épocas. La memoria colectiva

de la Edad Media vivió casi por completo del mito bíblico de los cuatro imperios: asirio, persa, griego y romano. Molde incómodo, si es que alguna vez lo hubo. No solo obligaba, por sumisión al texto sagrado, a prolongar hasta hoy el milagro de una ficticia unidad romana. Por una extraña paradoja, en una sociedad de cristianos —como debe serlo hoy a ojos de cualquier historiador— la Pasión parecía, en el curso de la humanidad, un hito menos notable que las victorias de los ilustres saqueadores de provincias. En cuanto a las divisiones más pequeñas, la sucesión monárquica, en cada nación, les asignaba sus límites.

Estas costumbres se han demostrado maravillosamente tenaces. Fiel espejo de la escuela francesa, alrededor de 1900, la Historia de Francia sigue avanzando a trompicones de reinado en reinado; a cada muerte de un príncipe, contada con el detalle que se asocia a los grandes acontecimientos, señala un alto. ¿No hay más reyes? Los sistemas de gobierno, afortunadamente, son también mortales: sus revoluciones sirven por tanto como jalones. Más cerca de nosotros, a través de "preponderancias" nacionales —equivalentes adulterados de los imperios de otros tiempos—, una importante colección de manuales se complace en segmentar el curso de la historia moderna. Las hegemonías española, francesa, inglesa, alemana son, si hace falta decirlo, de naturaleza diplomática y militar. Lo demás se ordena como puede.

Sin embargo, hace tiempo que el siglo XVIII hizo oír su protesta. "Parece", escribía Voltaire, "que desde hace catorce siglos no ha habido en las Galias más que reyes, ministros y generales". Poco a poco, por tanto, aparecieron nuevas divisiones que, ajenas a la obsesión imperialista o monárquica, intentaban sincronizarse con fenómenos más profundos. "Feudalismo", como nombre de un periodo al igual que de un sistema social y político, data, lo hemos visto, de esta época. Pero entre todas, la suerte de la expresión "Edad Media" es instructivo.

Según su origen remoto, el término era medieval. Pertenecía al vocabulario de ese profetismo semiherético que, sobre todo desde el siglo XIII, había seducido a tantas almas inquietas. La Encarnación había puesto fin a la Antigua Ley; no había establecido el Reino de

Dios. Volcado en la esperanza de ese día bendito, el presente no era por tanto más que una época intermedia, un medium aevum. Después, a partir de los primeros humanistas, a los que esta lengua mística seguí siendo familiar, parece que esta imagen se desvió hacia realidades más profanas. En un sentido, el reino del Espíritu había advenido. Era esta "restauración" de las humanidades y del pensamiento, cuya conciencia, en los mejores, se hacía entonces tan viva: Rabelais y Ronsard fueron testigos de ello. La Edad Media había terminado; entre la fecunda Antigüedad y su nueva Revelación, no había habido más que una larga espera. Así entendida, la expresión, durante varias generaciones, vivió en la oscuridad, limitada sin duda a algunos círculos eruditos. Creemos que fue precisamente a finales del siglo XVII cuando por primera vez un alemán, un modesto autor de manuales, Christophe Keller, pensó en denominar, en una obra de historia general, "Edad Media" a todo el periodo, mucho más que milenario, que va desde las invasiones bárbaras hasta el Renacimiento. El uso introducido, no se sabe muy bien por qué canales, obtuvo su carta de naturaleza en la historiografía europea y, sobre todo, francesa, en la época de Guizot y de Michelet.

Voltaire lo había ignorado. "Queréis superar el desagrado que os causa la Historia moderna, desde la decadencia del Imperio romano": reconocemos la primera frase del Ensayo sobre las costumbres. Sin embargo, no cabe duda de que fue el espíritu del Ensayo, tan influyente en las siguientes generaciones, el que impuso la denominación "Edad Media". Como, por otro lado, de su contraparte casi necesaria, "Renacimiento". Utilizado durante mucho tiempo en el vocabulario de la historia del gusto, pero como sustantivo común y con la adición obligatoria de un complemento —"el renacimiento de las artes o de las humanidades bajo León X o bajo Francisco I", se decía—, no conquistó hasta Michelet, junto con la mayúscula, el honor de servir como única designación del periodo entero. En ambos casos, la idea es la misma. En el pasado, las batallas, la política cortesana, la ascensión o la caída de las grandes dinastías proporcionaban el contexto. Bajo sus estandartes, el arte, la literatura, las ciencias se ordenaban mal que bien. En adelante, será preciso invertir esta relación. En las diferentes épocas de la humanidad, las manifestaciones más refinadas del espíritu humano son las que, por sus variables progresos, marcan la pauta.

No hay ninguna idea que, más claramente que esta, lleve el sello volteriano.

Sin embargo, una gran falla viciaba estas clasificaciones: su rasgo distintivo era, al mismo tiempo, un juicio. “Europa, comprimida entre la tiranía sacerdotal y el despotismo militar espera entre sangre y lágrimas el momento en el que nuevas luces le permitirán renacer a la libertad, a la humanidad y a la virtud”. Así describía Condorcet la época en la que un consenso unánime iba pronto a consagrar el nombre de “Edad Media”. Desde el momento en que dejamos de creer en esa “noche”, que hemos renunciado a retratar como un desierto estéril siglos que, en el ámbito de las invenciones técnicas, del arte, del sentimiento, de la reflexión religiosa, fueron tan ricos, en los que se ve el primer apogeo de la expansión económica europea, y que, en definitiva, nos han dado nuestras patrias, ¿qué razón podría todavía subsistir para confundir, bajo una rúbrica falazmente común, la Galia de Clodoveo y la Francia de Felipe el Hermoso, Alcuino con Santo Tomás u Ockham, el estilo animalista de las joyas “bárbaras” y las esculturas de Chartres, las pequeñas y angostas ciudades de la época carolingia y las resplandecientes burguesías de Génova, de Brujas, de Lübeck? En realidad, la Edad Media no vive más que una humilde vida pedagógica, la discutible conveniencia de programas; designación, sobre todo, de técnicas eruditas, cuyo campo, por otro lado, se encuentra muy mal delimitado por las fechas tradicionales. El medievalista es el hombre que sabe leer las antiguas escrituras, criticar una carta y entender el francés antiguo. Algo importante, sin duda. Pero indudablemente no lo suficiente para satisfacer, en la búsqueda de las divisiones exactas, una ciencia de lo real.

En el desorden de nuestras clasificaciones cronológicas, se ha colado en mi opinión una moda bastante reciente, tan invasiva como poco razonada en cualquier caso: nuestra tendencia a contar por siglos.

Durante mucho tiempo ajena a cualquier enumeración exacta de años, la palabra tenía también originariamente sus resonancias místicas: acentos de la IV Égloga o del Dies Irae. Tal vez no estaban del todo amortiguadas en la época en la que, sin preocuparse

demasiado por la precisión numérica, la historia se detenía, complacientemente, en el "siglo de Pericles" o en el de "Luis XIV". Pero nuestro lenguaje se ha vuelto más estrictamente matemático. Ya no nombramos los siglos por sus héroes. Los numeramos en fila, muy sabiamente, de cien en cien años, desde un punto de partida fijado una vez por todas en el año uno de nuestra era. El arte del siglo XIII, la filosofía del XVIII, el "estúpido XIX": estas figuras con apariencia aritmética plagan las páginas de nuestros libros. ¿Quién de nosotros podrá presumir de haber escapado siempre a las seducciones de su aparente conveniencia?

Por desgracia, ninguna ley de la historia dicta que los números cuya milésima termina por la cifra 1 coincidan con los puntos críticos de la evolución humana. De ahí los extraños cambios de significado. "Es de sobra conocido que el siglo XVIII comienza en 1715 y se termina en 1789". Hace tiempo leí esta frase en el trabajo de un estudiante. ¿Candor o malicia? No lo sé. En todo caso, ponía en evidencia ciertas peculiaridades del uso. Pero si se trata del siglo XVIII filosófico, podríamos sin duda decir con mayor exactitud que empieza bastante antes de 1701: la Historia de los oráculos es de 1687 y el Diccionario de Bayle de 1697. Lo peor es que el nombre, como siempre, arrastra consigo la idea y estas falsas etiquetas terminan por engañar sobre la mercancía. Los medievalistas hablan del "renacimiento del siglo XII". Gran movimiento intelectual, sin duda. Sin embargo, al inscribirlo bajo esta rúbrica, nos lleva muy fácilmente a olvidar que comienza, en realidad, hacia 1060, perdiéndose muchas conexiones esenciales. En una palabra, parece que distribuimos, según un riguroso ritmo pendular, arbitrariamente elegido, realidades a las que esta regularidad es completamente ajena. Es un desafío al que naturalmente no sabemos enfrentarnos muy bien. Debemos buscar algo mejor.

Mientras nos atenemos al estudio, en el tiempo, de las cadenas de fenómenos emparentados, el problema es, en definitiva, sencillo. Hay que preguntar a esos fenómenos por sus propios periodos. ¿Una historia religiosa del reinado de Felipe Augusto? ¿Una historia económica del reinado de Luis XV? ¿Por qué no "Diario de lo que ocurrió en mi laboratorio bajo la segunda presidencia de Grévy",

por Louis Pasteur? ¿O, al contrario, “Historia diplomática de Europa, desde Newton hasta Einstein”?

Sin duda, se ve bien cómo han podido resultar atractivas las divisiones extraídas uniformemente de la sucesión de los imperios, de los reyes o de los regímenes políticos. No solo tenían el prestigio que una larga tradición ha asociado al ejercicio del poder, “a esas acciones”, decía Maquiavelo, “que tienen el aire de grandeza propio de los actos del gobierno o del Estado”. Un ascenso al poder, una revolución, tienen fijado su lugar en el tiempo a un año, incluso a un día. Ahora bien, como se dice, al erudito le gusta “datar con precisión”. Encuentra, con el apaciguamiento de un horror instintivo por la vaguedad, una gran tranquilidad de conciencia. Desea haberlo leído todo, haber consultado todo lo que concierne a su tema. ¡Cuánto más a gusto se sentiría si, frente a cada legajo de archivos, pudiera, calendario en mano, dividir el antes, el durante y el después!

Evitemos, sin embargo, sacrificar todo al ídolo de la falsa exactitud. La división más exacta no es necesariamente la que apela a la unidad de tiempo más pequeña —en cuyo caso no solo habría que preferir el año a la década, sino el segundo al día—, sino la mejor adaptada a la naturaleza de las cosas. No obstante, cada tipo de fenómenos tiene su medida particular y, por así decir, su decimal específico. Las transformaciones de la estructura social, de la economía, de las creencias, del comportamiento mental no podrían plegarse a un cronometraje demasiado ajustado sin deformarse. Cuando escribo que una transformación demasiado profunda de la economía occidental, marcada a la vez por las primeras importaciones masivas de cereales exóticos y por el primer gran esplendor de las industrias alemanas y americanas, se produce aproximadamente entre 1875 y 1885, utilizo la única aproximación que autoriza este tipo de hechos. Una fecha supuestamente más precisa traicionaría la verdad. Igualmente, en estadística, una media decenal no es en sí más inexacta que una media anual o semanal. Simplemente, expresa otro aspecto de la realidad.

Por otro lado, no es en absoluto imposible, a priori, que en la experiencia se superpongan las fases naturales de fenómenos de orden en apariencia muy diferente. ¿Es cierto que el advenimiento

del Segundo Imperio introdujo un nuevo periodo en la economía francesa? ¿Tenía razón Sombart al identificar la expansión del capitalismo con el del espíritu protestante? ¿Acierta el señor Thierry Maulnier al descubrir en la democracia la "expresión política" de este mismo capitalismo —no exactamente el mismo, como en realidad me temo—? No tenemos el derecho de rechazar como sesgadas estas coincidencias, por muy dudosas que puedan parecernos. Pero no aparecerán, si ha lugar a ello, más que con una condición: que no se postulen de antemano. Ciertamente, las mareas están relacionadas con las fases lunares. Sin embargo, para llegar a saberlo, ha sido necesario en primer lugar determinar, por separado, las fases de la corriente y las de la luna.

Por el contrario, al abordar la evolución social en su integridad, ¿qué sucede si tratamos de caracterizar sus etapas sucesivas? Es un problema de la nota dominante. Aquí no podemos sino sugerir las vías por las que, en principio, debería establecerse la clasificación. La historia, no lo olvidemos, es todavía una ciencia en construcción.

Los hombres nacidos en un mismo ambiente social, y en fechas próximas, reciben necesariamente influencias análogas, en particular durante su periodo de formación. La experiencia demuestra que su comportamiento presenta, en comparación con los grupos sensiblemente más viejos o más jóvenes, rasgos distintivos por lo común muy definidos. Y ello hasta en sus desacuerdos, que pueden ser muy agudos. Apasionarse por un mismo debate, aunque sea en sentido opuesto, es todavía asemejarse. Esta comunidad de improntas, viniendo de una comunidad de edad, conforma una generación.

En realidad, una sociedad es rara vez uniforme. Se descompone en medios diferentes. En cada uno de ellos, las generaciones no siempre se superponen: las fuerzas que actúan en un joven obrero ¿se ejercen irremediablemente, o al menos con una intensidad semejante, en el joven campesino? Hay que añadir, incluso en las civilizaciones más cohesionadas, la lentitud de propagación de ciertas corrientes. Mi padre, nacido en Estrasburgo en 1848, me decía: "Durante mi adolescencia éramos románticos en las provincias, mientras que en París habían dejado de serlo". Además,

muchas veces, como en este caso, la oposición se reduce sobre todo a un desfase temporal. Cuando hablamos de tal o cual generación francesa, por ejemplo, evocamos una imagen compleja y, a veces, no carente de discordancia, pero de la que es natural retener ante todo los elementos realmente directores.

En cuanto a la periodicidad de las generaciones, es evidente que, a pesar de las ensoñaciones pitagóricas de ciertos autores, no hay nada en ella de regular. Según la cadencia más o menos viva del movimiento social, los límites se estrechan o se amplían. En historia, hay generaciones largas y generaciones cortas. Únicamente la observación permite captar los puntos donde la curva cambia de orientación. He pertenecido a una escuela donde las fechas de entrada facilitan las referencias. Rápidamente, me reconocí bajo muchos aspectos más próximo a las promociones que me habían precedido que a las que me siguieron casi inmediatamente. Mis colegas y yo nos situamos en el extremo último de lo que podemos llamar, creo, la generación del caso Dreyfus. La experiencia de la vida no ha desmentido esta impresión.

Finalmente ocurre que las generaciones se interpenetran necesariamente, ya que los individuos no reaccionan siempre de manera similar a las mismas influencias. Entre los niños es hoy bastante fácil discernir, en general, según las edades, las generaciones de la guerra de la que será únicamente la de la posguerra. Pero con una reserva: en las edades en las que todavía no han alcanzado una adolescencia madura, pero que han sobrepasado la primera infancia, la sensibilidad a los acontecimientos del presente varía mucho con los temperamentos personales; los más precoces realmente serán “de la guerra”; los otros permanecerán en el lado opuesto.

La noción de generación es por tanto muy flexible, como todo concepto que procure expresar, sin deformarlos, los asuntos humanos. Pero responde también a realidades que sentimos muy concretas. Desde hace mucho tiempo, hemos visto cómo ha sido usada, casi instintivamente, por disciplinas cuya naturaleza llevaba a rechazar, antes que cualquier otra, las viejas divisiones por reinados o por gobiernos: tal es la historia del pensamiento o de las corrientes artísticas. Parece destinada a proporcionar, cada vez más,

a un análisis razonado de las vicisitudes humanas, su primer jalonamiento.

Pero una generación solo representa una fase relativamente corta. Las fases más largas se denominan civilizaciones.

Gracias a Lucien Febvre, conocemos bien la historia de la palabra, inseparable, por supuesto, de la de la idea. Solo lentamente se ha liberado del juicio de valor. Más exactamente, se ha producido una disociación. Todavía hablamos —aunque con menos confianza, por desgracia, que nuestros antepasados— de la civilización en sí, que es un ideal, y del difícil ascenso de la humanidad hacia sus nobles bondades; pero también de civilizaciones, en plural, que son simplemente realidades. Desde hace un tiempo admitimos que existen, si se me permite decirlo, civilizaciones de no civilizados. Porque hemos reconocido que, en una sociedad, sea cual fuere, todo se relaciona y se ordena mutuamente: la estructura política y social, la economía, las creencias, las manifestaciones más elementales y más sutiles de la mentalidad. A este complejo "en el seno del cual", escribía ya Guizot, "vienen a reunirse todos los elementos de la vida de un pueblo, todas las fuerzas de su existencia", ¿cómo llamarlo? Creado en el siglo XVIII para expresar un bien absoluto, el término civilización, a medida que las ciencias humanas se volvían más relativistas, se plegó, naturalmente, sin perder su sentido antiguo, a este nuevo sentido de hecho. Conserva únicamente, de lo que fue en otro tiempo su significación única, una resonancia de simpatía humana, cuyo valor no es despreciable.

Las oposiciones entre civilizaciones aparecen claramente desde que, en el espacio, el contraste es exótico. ¿Cuestionaremos hoy que hay una civilización china que difiere mucho de la europea? Pero también en los mismos lugares, el acento principal del complejo social puede modificarse, más o menos lenta o bruscamente. Cuando la transformación se ha producido, decimos que una civilización sucede a otra. A veces, se produce una sacudida procedente del exterior y que suele venir acompañada de la inserción de elementos humanos nuevos, como ocurre entre el Imperio romano y las sociedades de la Alta Edad Media. A veces, al contrario, se trata de un simple cambio interior: la civilización del

Renacimiento, por ejemplo, de la que hemos heredado tanto, cualquiera estará de acuerdo en pensar, sin embargo, que ya no es la nuestra. Estas tonalidades diversas son sin duda difíciles de expresar. No podrían serlo mediante etiquetas demasiado sumarias. La convención de las palabras terminadas en –ismo (Typismus, Konventionalismus) ha arruinado el intento de descripción evolutiva, por muy inteligente que fuera, acometido en otro tiempo por Karl Lamprecht en su Historia de Alemania. Era ya el error de Taine, de quien hoy nos sorprende mucho la especie de realidad personal que limita con la "concepción dominante". Sin embargo, que algunos esfuerzos hayan podido fracasar no justifica la renuncia. Corresponde a la investigación introducir en sus distinciones una precisión y una sutileza crecientes.

El tiempo humano, en resumen, se rebelará siempre contra la implacable uniformidad y la rígida división del tiempo del reloj. Necesita medidas acordes con la variabilidad de su ritmo y que acepten a menudo no reconocerse como límites, porque la realidad así lo quiere, sino zonas marginales. Solo al precio de esta plasticidad cabe esperar que la historia adapte sus clasificaciones a las "líneas mismas de lo real", según la expresión de Bergson: lo que, propiamente, es el fin último de toda ciencia.

Capítulo V

El positivismo pretendió en vano eliminar de la ciencia la idea de causa. En mayor o menor medida, cualquier físico, cualquier biólogo, piensa mediante preguntas y respuestas causales. A esta común ley del espíritu los historiadores no pueden escaparse. Algunos, como Michelet, encadenan todo en un gran "movimiento vital", en vez de explicar en forma lógica; otros despliegan su aparato de inducciones y de hipótesis; por todas partes está presente el vínculo genético. Pero del establecimiento de relaciones de causa y efecto, que constituye una necesidad instintiva de nuestro entendimiento, no se sigue que su investigación pueda abandonarse al instinto. Si la metafísica de la causalidad está aquí fuera de nuestro horizonte, el uso de la relación causal, como instrumento del conocimiento histórico, exige adoptar una conciencia crítica de forma inapelable.

Supongamos que un hombre camina por un sendero de montaña. Tropieza y cae por un precipicio. Ha sido necesario, para que este accidente sucediese, la concurrencia de un gran número de elementos determinantes, tales como, entre otros, la existencia de la gravedad; la presencia de un desnivel, resultado él mismo de largas vicisitudes geológicas; el trazado de un camino, destinado, por ejemplo, a conectar un pueblo con sus pastizales de verano. Será, por tanto, perfectamente legítimo decir que, si las leyes de la mecánica celeste fueran diferentes, si la evolución de la Tierra hubiese sido otra, si la economía alpestre no se fundase en la trashumancia estacional, la caída no hubiese tenido lugar. Sin embargo, si preguntamos cuál fue la causa, cualquiera responderá: el paso en falso. No es que este antecedente fuera el más necesario para el acontecimiento. Otros muchos lo eran en el mismo grado. Pero, entre todos, se distingue por diversas características muy sorprendentes: fue el último, era el menos permanente, el más excepcional en el orden general del mundo; finalmente, en razón incluso de esta generalidad menor, su intervención parece ser aquella que hubiera podido más fácilmente evitarse. Por estas

razones, parece tener una relación más directa con el efecto y difícilmente podemos evitar la impresión de que fue el único que verdaderamente lo provocó. A ojos del sentido común, que, al abordar la causa, siempre le cuesta deshacerse de un cierto antropomorfismo, este componente del último minuto, este componente particular e inopinado, viene a ser un poco como un artista, quien da forma a una materia plástica ya completamente preparada.

El razonamiento histórico, en su práctica habitual, no procede de otra manera. Los antecedentes más constantes y generales siempre quedan sobreentendidos, por muy necesarios que sean. ¿A qué historiador militar se le ocurriría incluir entre las razones de una victoria a la fuerza de gravedad que explica las trayectorias de los obuses o las disposiciones psicológicas del cuerpo humano, sin las cuales los proyectiles no producirían ataques mortales? Los antecedentes ya más particulares, pero dotados todavía de una cierta permanencia, conforman lo que se ha convenido en llamar las condiciones. El más especial, aquel que, en el conjunto de fuerzas generadoras, representa en cierto sentido el elemento diferencial, recibe de modo preferente el nombre de causa. Se dirá, por ejemplo, que la inflación del tiempo de Law fue la causa de la subida global de los precios. La existencia de un medio económico francés ya homogéneo y bien cohesionado será solamente una condición. Porque esas facilidades de circulación, que permitieron el alza al expandir billetes por todas partes, eran anteriores a la inflación y le sobrevivieron.

No podemos dudar que en esta discriminación reside un principio fértil de investigación. ¿Qué sentido tiene insistir en los antecedentes casi universales? Son comunes a demasiados fenómenos como para merecer figurar en la genealogía de alguno de ellos en particular. Sé, de antemano, que no habría incendios si el aire no contuviese oxígeno; lo que me interesa, lo que apela a, y justifica, un esfuerzo de investigación es determinar cómo prendió el fuego. Las leyes de las trayectorias valen tanto para la derrota como para la victoria; explican ambas; son por tanto inservibles para la explicación específica de la una o de la otra.

Pero no podríamos sin peligro elevar al absoluto una clasificación jerárquica que es, en realidad, una conveniencia del espíritu. La realidad nos ofrece una cantidad casi infinita de líneas de fuerza que convergen todas hacia un mismo fenómeno. La elección que hacemos entre ellas puede muy bien fundarse sobre características, en la práctica, muy dignas de atención; no es más que una elección. Hay mucho de arbitrario sobre todo en la idea de una causa por excelencia, opuesta a las simples "condiciones". Incluso Simiand, tan apasionado del rigor y que había llevado a cabo en primer lugar un intento —en vano, creo— de definiciones más estrictas, parece haber terminado por reconocer el carácter totalmente relativo de esta distinción. "Una epidemia", escribió, "tendrá como causa, para el médico, la propagación de un microbio y, como condición, la falta de higiene, la mala salud, producidas por el pauperismo; para el sociólogo y el filántropo, el pauperismo será la causa y los factores biológicos la condición". Es admitir, de buena fe, la subordinación de la perspectiva al ángulo propio de la investigación.

Guardémonos, por otro lado, de esto: la superstición de la causa única, en historia, no es más que demasiado a menudo la forma insidiosa de la búsqueda del responsable: en consecuencia, del juicio de valor. "¿De quién es la culpa, o el mérito?", dice el juez. El erudito se contenta con preguntar "¿por qué?" y acepta que la respuesta no sea sencilla. Prejuicio del sentido común, postulado del lógico o tic del magistrado instructor, el monismo de la causa no será para la explicación histórica más que un estorbo. Busca cadenas causales y no se asusta, puesto que la vida así los muestra, de hallarlos múltiples.

Los hechos históricos son, por esencia, hechos psicológicos. Por tanto, es en otros hechos psicológicos que encuentran normalmente sus antecedentes. Sin duda, los destinos humanos forman parte del mundo físico y sufren su peso. Sin embargo, allí incluso donde la intrusión de estas fuerzas exteriores parece más brutal, su acción solo se ejerce orientada por el hombre y su espíritu. El virus de la peste negra fue la causa primera del despoblamiento de Europa. Pero si la epidemia se propagó tan rápidamente fue en razón de

ciertas condiciones sociales —por tanto, en su naturaleza profunda, mentales— y sus efectos morales se explican únicamente por las predisposiciones particulares de la sensibilidad colectiva.

Sin embargo, no solo hay psicología de la conciencia clara. Al leer ciertos libros de historia, se creería que la humanidad se compone únicamente de voluntades lógicas, en la que las razones de sus actos no tendrían el más mínimo secreto. Frente al estado actual de las investigaciones sobre la vida mental y sus oscuras profundidades, es una prueba más de la eterna dificultad que experimentan las ciencias para seguir siendo exactamente contemporáneas unas de otras. Es también repetir, amplificándolo, el error, sin embargo muchas veces denunciado, de la vieja teoría económica. Su homo oeconomicus no era únicamente una sombra vana porque se le suponía exclusivamente ocupado de sus intereses: la peor ilusión consistía en imaginar que pudiera hacerse de estos intereses una idea tan clara. “No hay nada más extraño que un propósito”, decía ya Napoleón. La pesada atmósfera moral en la que nos encontramos inmersos en este momento, ¿consideraremos que señala solamente en nosotros al hombre de decisiones razonadas? Tergiversaríamos gravemente el problema de las causas, en historia, si lo redujésemos siempre, y para todo, a un problema de motivos.

Por otro lado, ¡qué curiosa antinomia en las actitudes sucesivas de tantos historiadores! ¿Se trata de verificar si un acto humano tuvo realmente lugar? No podrían llevar esta investigación con suficientes escrúpulos. ¿Pasan a las razones de este acto? La mínima apariencia les satisface: fundada por lo común en uno de estos apotegmas de psicología trivial, que no son ni más ni menos verdaderos que sus contrarios.

Dos críticos de formación filosófica, George Simmel en Alemania, François Simiand en Francia, se han entretenido poniendo al descubierto algunas de estas peticiones de principio. Los hebertistas, escribe un historiador alemán, estuvieron al principio perfectamente de acuerdo con Robespierre, porque se plegaba a todos sus deseos; después se separaron de él, porque lo juzgaron demasiado poderoso. Se sobreentienden, observa en sustancia Simmel, las dos proposiciones siguientes: un beneficio provoca el

reconocimiento; nadie quiere ser dominado. Ahora bien, sin duda estas dos proposiciones no son necesariamente falsas. Pero tampoco necesariamente ciertas. Ya que podríamos sostener, con una verosimilitud similar, que una sumisión demasiado rápida a las voluntades de un partido provoca en él más desprecio que gratitud por esta debilidad; ¿acaso no hemos visto, por otro lado, a un dictador, por el temor que inspira su poder, asfixiar hasta el mínimo conato de resistencia? Un escolástico decía de la autoridad que tiene "una nariz de cera, que se pliega indiferentemente a derecha o izquierda". Al igual que las pretendidas verdades psicológicas del sentido común.

El error, en el fondo, es análogo a aquel en el que se inspiraba el seudodeterminismo geográfico, hoy definitivamente extinto. Que sea en presencia de un fenómeno del mundo físico o de un hecho social, las reacciones humanas no son asimilables a un movimiento de relojería, que siempre se inicia en el mismo sentido. El desierto, a pesar de lo que haya dicho Renan, no es necesariamente "monoteísta", porque no todos los pueblos que lo habitan aportan a estos espectáculos la misma alma. El pequeño número de fuentes implicaría, en todos los lugares, la agrupación del hábitat natural y su abundancia su dispersión, únicamente si fuese cierto que los campesinos dieran prioridad, antes que cualquier otra preocupación, a la proximidad de fuentes, de pozos o de charcas. En realidad, ocurre que prefieren reunirse por razones de seguridad o de ayuda mutua, incluso por un simple espíritu gregario, en cualquier lugar que tenga una fuente; o que al contrario —como en ciertas regiones de Cerdeña—, cualquiera que establezca su morada en el centro de su pequeño dominio acepta, como precio de esta dispersión —de gran importancia para ellos—, largos desplazamientos hacia el agua escasa. En la naturaleza, ¿acaso no es el hombre la gran variable?

No nos confundamos, sin embargo. El error no está, en un caso semejante, en la explicación misma. Reside completamente en su apriorismo. A pesar de que los ejemplos, hasta aquí, no parecen muy frecuentes, puede ocurrir que, en condiciones sociales determinadas, el reparto de los recursos acuíferos determine, antes

que cualquier otra causa, el hábitat. Lo que es seguro, es que no lo determina necesariamente. No es en absoluto imposible que los hebertistas hayan obedecido realmente a los motivos que les ofrecía el historiador. El error ha sido considerar esta hipótesis como admitida de antemano. Era necesario demostrarla. Luego, una vez proporcionada esta demostración —que no tenemos el derecho de considerar, por prejuicio, como impracticable—, quedaba todavía, profundizando más en el análisis, preguntarse por qué, entre todas las actitudes psicológicas concebibles, estas se impusieron al grupo. Ya que, desde el momento en que una reacción de la inteligencia o de la sensibilidad no es evidente, exige a su vez, de producirse, que uno se esfuerce en descubrir las razones. Por decirlo en pocas palabras, las causas, en historia no más que en cualquier otro ámbito, no se postulan. Se buscan…

Apéndice

Cómo aparecían los manuscritos de esta obra

Preparar para la publicación un manuscrito no terminado, al que su autor no ha podido dar el último retoque y cuyas partes, que ya había entregado para mecanografiar, habrían sido objeto seguramente de una última revisión antes de ser enviadas a la imprenta, es una tarea delicada y propia para suscitar muchos escrúpulos. ¿Pero qué pueden pesar estos escrúpulos al lado de la satisfacción que procura la revelación de una hermosa obra, aun mutilada? Marc Bloch, como yo mismo, pensaba desde hace mucho poner en claro sus ideas acerca de la historia. Muchas veces me he dicho con amargura que, mientras todavía era tiempo, debimos asociarnos para dar a los jóvenes un Langlois y un Seignobos que hubiera sido el manifiesto de otra generación y la traducción de un espíritu muy distinto. Es ya demasiado tarde. Al menos Marc Bloch, cuando los acontecimientos le desviaron de su ruta, intentó realizar un proyecto que habíamos discutido juntos. En otro lugar he contado cómo, movilizado en un Estado Mayor en Alsacia, y soportando de mala gana la ociosidad de la drôle de guerre, entró un día en la primera tienda que encontró, en Molsheim, y se proveyó de un cuaderno escolar, semejante, sin duda, al que Henri Pirenne, deportado en otro pueblo, muy en el interior de Alemania, utilizó para escribir la Historia de Europa. En la primera página, Bloch escribió un título: Historia de la sociedad francesa en el marco de la civilización europea. Tras lo cual escribió la dedicatoria: “A la memoria de Henri Pirenne que, en la época en que su país combatía al lado del mío por el derecho y la civilización, escribió en el cautiverio una historia de Europa”. Después redactó, según su costumbre, una introducción: “Reflexiones para un lector interesado en el método”, a la que siguieron cierto número de páginas que se conservan manuscritas y que componen un capítulo titulado: “Nacimiento de Francia y de Europa”.

Los acontecimientos que Bloch relató en su Extraña derrota interrumpieron ese trabajo. Y cuando, de vuelta en Francia, después del trágico circuito Dunkerque-Londres-Bretaña, Bloch se puso de nuevo a trabajar, fue para componer su Apología de la historia.

¿Desde cuándo exactamente? No puedo decirlo con precisión. Dispongo de una primera fecha: se lee al pie de la conmovedora página que Bloch compuso en recuerdo mío. “Fougères, Creuse, 10 de mayo de 1941”. Y en una hoja suelta inserta en uno de los legajos se lee lo que sigue:

Estado del trabajo: 11 de mayo de 1942

1. Por escribir, para acabar IV, generalidades, civilizaciones y releerlo.

2. Pasar a V (cambio, experiencia).

10 de mayo, 11 de marzo del 42.

Después de esta fecha, Bloch tuvo tiempo, en efecto, para acabar el capítulo IV y empezar el capítulo V, al que no dio título definitivo. Y eso fue todo.

¿Cómo habría terminado Bloch su libro? Entre los papeles que me fueron remitidos no encontré ningún plan del libro proyectado puesto al día. O, mejor dicho, sí. Descubrí uno, pero anterior al trabajo de realización y que difiere notablemente del plan finalmente seguido por Marc Bloch. Se prevén en él siete capítulos, que titula respectivamente:

I. El conocimiento histórico: pasado y presente.

II. La observación histórica.

III. El análisis histórico.

IV. El tiempo y la historia.

V. La experiencia histórica.

VI. La explicación en la historia.

VII. El problema de la previsión.

Como conclusión, Bloch proyectaba escribir un estudio acerca del papel de la historia en la ciudad y en la enseñanza. Y pensaba consagrar un apéndice a la enseñanza de la historia. Las diferencias que presenta este programa con el que finalmente ejecutó el historiador no necesitan ser subrayadas. Si, en general, la materia prevista para los cinco primeros capítulos se vuelve a encontrar en los cuatro primeros capítulos acabados de la Apología, es evidente que Bloch debía tratar todavía del azar, del problema del individuo, del problema de los "actos y hechos determinantes" y, por último, de ese problema de la "previsión" al que debía consagrar todo un capítulo. En suma, podemos ver, según todos estos datos, que poseemos más de las dos terceras partes de la obra que quedó inconclusa. Tal vez no sea inútil transcribir aquí este fin de programa no ejecutado:

VI. La explicación en la historia.

A manera de introducción: la generación de los escépticos (y científicos).

1. La noción de causa. Destrucción de la causa y del motivo (el inconsciente). El romanticismo y lo espontáneo.

2. La noción del azar.

3. El problema del individuo y de su valor diferencial. Accesoriamente, las épocas documentalmente sin individuos. ¿Es la historia solamente una ciencia de los hombres en sociedad? La historia-masa y las minorías.

4. El problema de los actos o hechos "determinantes".

VII. El problema de previsión

1. La previsión, necesidad mental.

2. Los errores ordinarios de la previsión: la conjetura económica, la historia militar.

3. La antinomia de la previsión en materia humana: la previsión que se destruye por la previsión; el papel de la toma de conciencia.

4. Previsión a breve plazo.

5. Las regularidades.

6. Esperanzas e incertidumbres.

Hay que lamentar profundamente la ausencia de notas más precisas y más detalladas de Bloch acerca de las últimas partes de su libro. Hubiesen sido originalísimas. Aunque yo conocía bien su pensamiento —que es el mío— acerca de las cuestiones planteadas por el capítulo VII, me parece que, en cambio, nunca hablamos acerca de ese problema de la previsión que, con mucho sentido y originalidad, Bloch se proponía tratar al final de su obra, y que tal vez hubiera sido lo más estrictamente personal de todo el conjunto. He tenido a la vista, para fijar el texto que se acaba de leer impreso, tres gruesas carpetas, cada una de las cuales comprendía un ejemplar casi completo del texto que había de publicarse. Estos ejemplares constan en gran parte de hojas mecanografiadas entre las cuales se insertan otras escritas de puño y letra de Marc Bloch, la mayoría de las veces al dorso de un primer texto tachado por él. Mi trabajo de preparador del original consistió, esencialmente, en componer con estos tres ejemplares uno básico y completo con todas las correcciones manuscritas hechas por el propio Marc Bloch. Ninguna adición, ninguna corrección, ni siquiera de pura forma, se ha hecho al texto de Bloch; en este Cuaderno se hallará impreso el texto íntegro y puro. La obra debía llevar referencias. No hemos encontrado más que algunas notas, de puño y letra de nuestro amigo. Se hallarán a continuación[21]. No creímos deber llenar esta laguna. El trabajo, enorme y de un gran interés, hubiese presentado

problemas insolubles a cada paso.

Tengo que agregar que los tres ejemplares a que me he referido acaban todos de la misma manera y con la misma frase: “Las causas, en la historia, no más que en cualquier otro ámbito, no se postulan. Se buscan…”.

No me incumbe estudiar el pensamiento de Bloch acerca de la historia —por las razones que expresa tan afectuosa y puedo decir que tan excelentemente en la página que me dedicó al principio de su libro—. No haré más que una observación: ni una sola vez, salvo error, aparece en el libro la palabra evolución[22].

Y, en fin, ya que se trata de dedicatoria, de píos recuerdos, no puedo menos que decir esto.

Hay alguien a quien Marc Bloch con toda seguridad hubiese dedicado, antes de desaparecer, una de las grandes obras que todavía esperábamos de él. Una mujer que rodeó a Marc Bloch y a sus hijos de gran ternura y le sirvió como secretaria y auxiliar en sus trabajos con extraordinaria abnegación. Siento como una obligación a la que nada —ni tan siquiera ese sentimiento de pudor sentimental que tan fuerte era en Marc Bloch— puede impedirme obedecer; siento como un deber la necesidad de escribir aquí el nombre de la señora Marc Bloch[23], muerta por la misma causa que su marido y en la misma fe francesa que él.

Lucien Febvre

Apología de la historia o el oficio de historiador

terminó de imprimirse en los talleres

de Artes Gráficas Coyve

en abril de 2022.

NOTAS

1 . En lo cual me opongo, desde el principio, y sin haberlo buscado, a la Introducción a los estudios históricos de Langlois y Seignobos. El pasaje que acabamos de leer llevaba ya mucho tiempo escrito, cuando apareció ante mis ojos, en la "Advertencia" de esta obra (p. XII), una lista de "preguntas ociosas", donde figura textualmente esta "¿Para qué sirve la historia?". Sin duda, este problema es como casi todos los que tienen que ver con las razones de ser de nuestros actos y de nuestros pensamientos: las mentes que permanecen indiferentes a ellos por naturaleza o que voluntariamente lo han decidido así tienen siempre muchas dificultades para comprender que otras mentalidades encuentren en ellos el objeto de reflexiones apasionantes. Sin embargo, ya que la ocasión así se me ofrece, creo que más vale dejar clara desde ya mi posición respecto a un libro justamente notorio —que el mío, por otro lado, construido sobre otro plano y en algunas de sus partes mucho menos desarrollado, no pretende en absoluto reemplazar—. He sido alumno de estos dos autores y, en particular, del señor Seignobos. Ambos me han dado preciosas muestras de su benevolencia. Mi primera educación debe mucho a su enseñanza y a su obra. Pero uno y otro no solo nos han enseñado que el historiador tiene como primer deber ser sincero; no ocultaban que el progreso mismo de nuestros estudios está hecho de la contradicción necesaria entre las generaciones de investigadores. Permaneceré fiel a sus lecciones criticándolas, allí donde lo juzgue útil, muy libremente; como deseo que un día mis alumnos, a su vez, me critiquen a mí.

2 . Fragmento de esta nota en una hoja suelta: el comienzo se ha perdido [… como lo ha mostrado] Lucien Febvre, es la propia historia la que, al ser interrogada sobre la línea que el desarrollo de la humanidad no ha dejado de seguir, se encarga de desmentirlo de un modo flagrante. No solo cada ciencia, tomada de forma

independiente, suele encontrar en los tránsfugas de las disciplinas próximas a los mejores artífices de sus logros. Pasteur, que renovó la biología, no era biólogo —y bien se lo hicieron ver durante su vida—, al igual que Durkheim y Vidal de la Blache, que han dejado en los estudios históricos una huella incomparablemente más profunda que la de cualquier otro especialista, siendo el primero un filósofo que se pasó a la sociología, y el segundo un geógrafo, y ni uno ni otro se encontraban entre los historiadores diplomados.

3 . Marc Bloch utiliza a lo largo de todo el libro la palabra charte sin especificar el tipo de documento del que se trata (fuero, carta puebla, carta real, carta magna, etc.). Hemos optado por mantener carta a lo largo de todo el texto. [N. de T.]

4 . El francés antihistoriador: Cournot, Recuerdos, p. 43, sobre el tema de la ausencia de cualquier sentimiento monárquico al final del Segundo Imperio: "… Para la explicación del hecho singular que nos ocupa, creo que también hay que tener en cuenta la escasa popularidad de nuestra historia y el débil desarrollo que ha tenido entre nosotros, el sentimiento de la tradición histórica en las clases bajas, como consecuencia de causas que sería demasiado largo analizar".

5 . Fustel de Coulanges, "Lección inaugural del curso 1862", en la Revue de Synthèse Historique, t. II, 1901, p. 243; Michelet, curso de la Escuela Normal Superior, 1829, citado por G. Monod, La Vie et la Pensée de Jules Michelet, t. I, p. 127: "Nos ocuparemos al mismo tiempo del estudio del hombre individual, que corresponderá a la filosofía, y del estudio del hombre social, que corresponderá a la historia". Conviene añadir una formulación posterior de Fustel, más sucinta y más completa, con respecto a la cual el desarrollo que acabamos de leer no es, en definitiva, más que un comentario: "La historia no es la acumulación de acontecimientos de todo tipo ocurridos en el pasado. Es la ciencia de las sociedades humanas". Pero quizás es reducir en exceso la parte del individuo en la

historia; el hombre en sociedad y las sociedades no son dos nociones exactamente equivalentes.

6 . “Pero no el hombre una vez más, nunca el hombre. Las sociedades humanas, los grupos humanos”, Lucien Febvre, La Terre et l’évolution humaine, p. 201.

7 . Histoire des origines du christianisme, obra de Ernest Renan (1823-1892) publicada en ocho volúmenes entre 1863 y 1883. [N. de T.]

8 . Origines de la France contemporaine, obra de Hippolyte Taine (1828-1893), redactada entre 1870 y 1893. [N. de T.]

9 . Prefacio a Accessiones Historicae (1700), Opera, ed. Dutens, t. IV, p. 53: “Tria sunt quae expetimus in Historia : primum, voluptatem nos cendi res singulares ; deinde, utilia in primis vitae praecepta ; ac denique origines praesentium a praeteritis repetitas, cum omnia optime ex causis nos cantur”.

10 . Así en el original; el autor en realidad fue su hermano Auguste Molinier (1851-1904). [N. de T.]

11 . Antigua expresión francesa que en origen significa “antes” o “anteriormente” y que durante la Revolución francesa, que hizo extensivo su uso, sirvió para designar a los antiguos nobles (también a los lugares o edificios) que habían sido despojados de sus títulos y de su condición aristocrática. [N. de T.]

12 . Bloch se refiere a un acontecimiento que tuvo lugar en esta villa alemana en junio de 1791, cuando los condes de Artois y Provenza (hermanos de Luis XVI) reunieron en el lugar a diversos miembros de la nobleza francesa con el objetivo de restablecer la monarquía en Francia. Con estos nobles exiliados incluso llegaron a formar una especie de ejército o policía “legitimista”. [N. de T.]

13 . Concursos oposición, establecidos desde Luis XV, que habilitan para el acceso a la enseñanza secundaria y superior en Francia. [N. de T.]

14 . Bremen (Brême) y Braisne tienen una pronunciación similar en francés. [N. de T.]

15 . En mi juventud, escuché a un muy ilustre académico, que fue director de la École des Chartes, decirnos con bastante orgullo: “Dato sin error la letra de un manuscrito con veinte años de diferencia”. Solo olvidaba una cosa: muchos hombres, escribas, viven más de cuarenta años, y si a veces la letra se modifica al envejecer, rara vez es para adaptarse a las letras del momento. Debió de haber, en torno al 1200, escribas que, sexagenarios, escribían aún como les habían enseñado a hacerlo hacia 1150. De hecho, la historia de la escritura va extrañamente por detrás de la del lenguaje. Está esperando a su Diez o su Meillet.

16 . Errata en el original, ya que seguramente Marc Bloch se refiere al historiador Henry Charles Lea (1825-1909). [N. de T.]

17 . Suponiendo que las probabilidades de mortalidad de cada uno en los días del año sean iguales. Algo que no es exacto (hay una curva anual de la mortalidad); pero puede, sin inconvenientes, postularse aquí.

18 . Desde la muerte de Juan Colombini hasta nuestros días, 65 papas han gobernado la Iglesia (incluida la doble y triple serie de la época del Gran Cisma); 38 sucedieron desde la muerte de Ignacio. La primera lista ofrece 55 homónimos con la segunda, donde estos mismos nombres se repiten exactamente 38 veces (como sabemos, los papas tenían la costumbre de adoptar nombres honorables por el uso). La probabilidad de que los jesuates fueran suprimidos por uno de estos papas homónimos era por tanto de 55/65 o de 11/13; para los jesuitas, aumentaba hasta 38/38 o 1; dicho de otra manera, se convertía en una certeza. La probabilidad combinada era de 11/13 x 1 o de 11/13. Finalmente, 1/3652 o 1/133,225 x 11/13 da 11/1731,925, o sea, un poco más de 1/157,447. Para que sea completamente exacto, hay que tener en cuenta las duraciones respectivas de los pontificados. Pero la naturaleza de este divertimento matemático, cuyo único objeto es arrojar luz sobre un orden de magnitud, me ha autorizado a simplificar los cálculos.

19 . Errata en el original, ya que Fustel de Coulanges nació en 1830 y murió en 1889. [N. de T.]

20 . Corporaciones de escribanos, pasantes de abogados, escribientes y procuradores de París y algunas ciudades de provincias desde la Baja Edad Media hasta la Revolución francesa. [N. de T.]

21. En esta edición, las notas de Marc Bloch se reproducen a pie de página. [N. de T.]

22 . En realidad, en el texto original y, por tanto en la traducción, sí aparece varias veces esta palabra. [N. de T.]

23 . Simone Vidal (1894-1944). [N. de T.]

Índice

PRÓLOGO por Elena Hernández Sandoica

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I. LA HISTORIA, LOS HOMBRES Y EL TIEMPO

I. La elección del historiador

II. La historia y los hombres

III. El tiempo histórico

IV. El ídolo de los orígenes

V. Los límites de lo actual y lo inactual

VI. Comprender el presente por el pasado

VII. Comprender el pasado por el presente

CAPÍTULO II. LA OBSERVACIÓN HISTÓRICA

I. Características generales de la observación histórica

II. Los testimonios

III. La transmisión de los testimonios

CAPÍTULO III. LA CRÍTICA

I. Esbozo de una historia del método crítico

II. Persiguiendo la mentira y el error

III. Ensayo de una lógica del método crítico

CAPÍTULO IV. EL ANÁLISIS HISTÓRICO

I. ¿Juzgar o comprender?

II. De la diversidad de los hechos humanos a la unidad de las conciencias

III. La nomenclatura

CAPÍTULO V.

APÉNDICE. CÓMO APARECÍAN LOS MANUSCRITOS DE ESTA OBRA, por Lucien Febvre

NOTAS